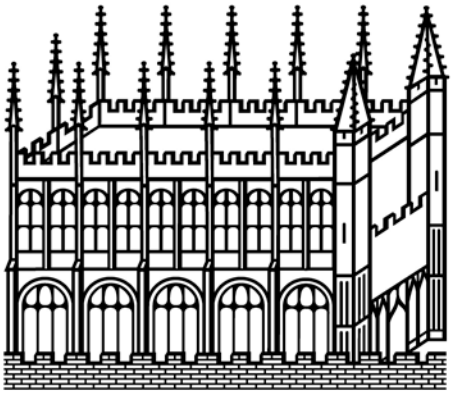


Bodleian Libraries

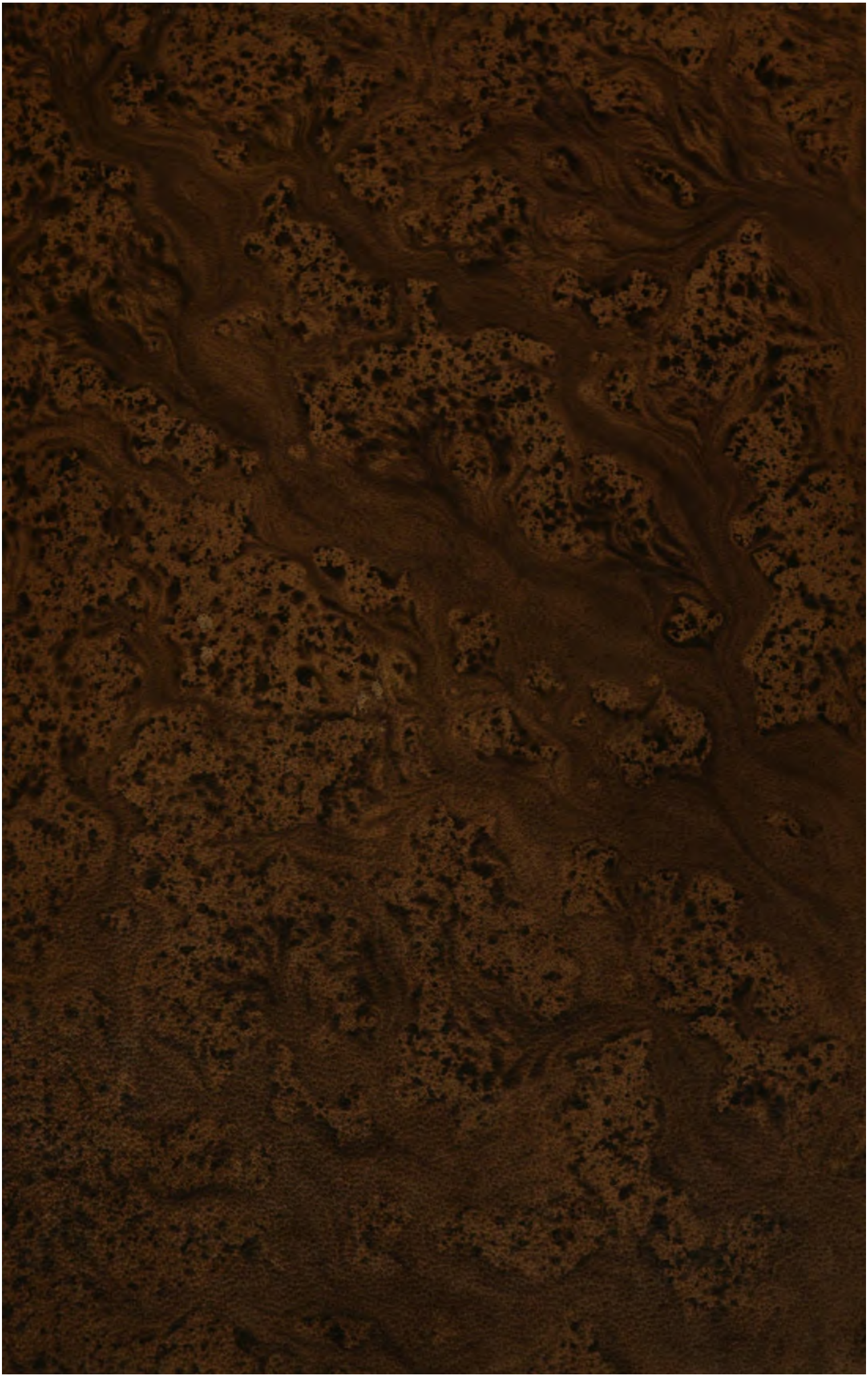
UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

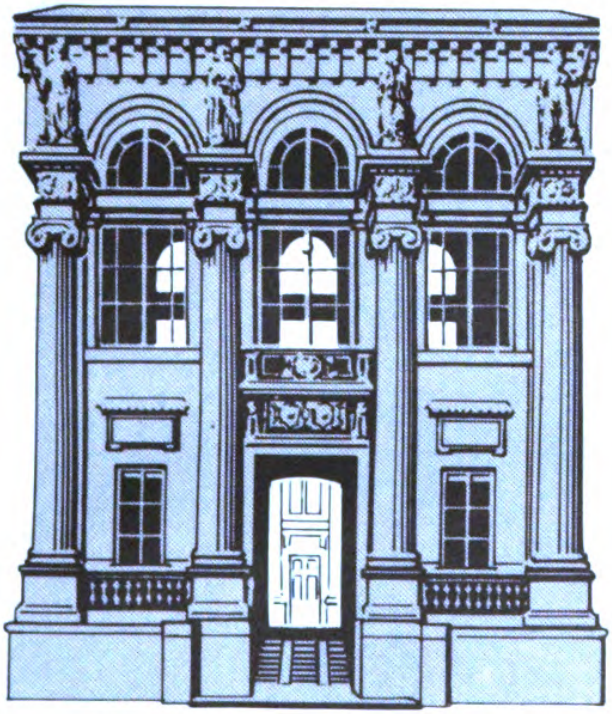
For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD

Vet. Span. III A. 183

Figaro.

FÍGARO.

COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES,

publicados

en los años 1832, 1833 y 1834 en el Pobrecito Hablador, la Revista Española y el Observador,

POR

D. Mariano José de Larra.

SEGUNDA EDICION.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.
IMPRENTA DE DON JOSÉ M. REPULLÉS. 1837.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
31 MAY 1989
OXFORD
LIBRARY

. . . . . On me dit qu'il s'est établí dans Madrid un sistême de liberté, qui s'étend même à la presse; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose; je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux où trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un ecrit. . . . .

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro.* 1784.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO SEGUNDO.

Representacion de la Mogigata. . . . Pág. 1
Id. Si de las Niñas. 5
Los tres no son mas que dos. 9
El Siglo en blanco. 19
Ventaja de las cosas á medio hacer. 24
Hernan Perez del Pulgar. 29
Un novio para la niña. 33
El hombre pone, y Dios dispone. 38
Vida de españoles célebres. 42
La niña en casa, y la madre en la máscara. 48
Espagne poetique &c. 56
La Conjuracion de Venecia. 64
Las palabras. 73
Numancia. 77
Jardines públicos. 80
Tanto vales cuanto tienes. 85
Carta de Fígaro. 93
Segunda id. 100
Modas. 105
La gran verdad descubierta. 108
El Ministerial. 110

Segunda carta de un liberal. 117
Primera contestacion &c. 122
La Cuestion transparente. 127
¿Entre qué gentes estamos? 129
Dos liberales: primer articulo. 139
Dos liberales: segundo id. 146
La vida de Madrid. 151
Bailes de Máscaras.—Billetes por embargo. 158

ARTÍCULOS INÉDITOS.

La calamidad europea. 163
Tercera carta de un liberal &c. 169
Lo que no se puede decir, no se debe decir. 175
Revista del año 1834. 179

R. E.-Número 152.-2 de Febrero.-1834.

REPRESENTACION

DE LA MOGIGATA,

COMEDIA

DE D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

NADA mas temible en las conmociones políticas que las reacciones: ellas hacen desandar á los partidos por lo comun mucho mas camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar. La literatura no es la que menos se ha resentido en nuestro pais y en varias épocas recientes de esta lastimosa verdad. Un nombre solo de un hombre, envuelto en la ruina de su partido, suele bastar á proscribir una obra inocente; al paso que la suspicacia del vencedor, recelándose de su misma sombra, suele hallar en las frases mas indiferentes alusiones peligrosas capaces de comprometer su seguridad. Hé aqui la razon por qué se ha escrito con mas libertad é independencia en épocas ciertamente mucho mas atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado.

La mayor parte de las obras de nuestros autores que han corrido y corren en manos de todos constantemente, no hubieran visto jamas la luz pública si hubieran debido sujetarse por pri-

mera vez á la censura parcial y opresora con que un partido caviloso y débil ha tenido en nuestros tiempos cerradas las puertas del saber. Y decimos débil, porque sabido es que tanto mas tiránico es un partido, cuanto menos fuerza moral, cuantos menos recursos físicos tiene de que disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va á buscarlas en las agenas conciencias, y teme la palabra. Solo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinion puede arrostrar la verdad, y aun buscarla: inseparable compañero de ella, no teme la espresion de las ideas, porque indaga las mejores y las mas sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

¡El teatro es acaso el ramo que mas se ha resentido de estas funestas verdades: por ellas hemos visto interceptadas malamente comedias que respiran la mas pura moral, entre ellas *La Mogigata*. Al verla representar de nuevo en el dia, no sabemos si sea mas de alabar la ilustrada providencia de un gobierno reparador que la ofrece de nuevo á la pública espectacion, que de admirar la crasa ignorancia que la envolvió por tantos años en la ruina de una causa momentáneamente caida. ¿Tan hipócrita es el partido que tiene por enseña el fanatismo, que se creyó atacado en *La Mogigata?* ¡Tanto le ofende la fiel representacion de los estravíos humanos: tan ligada se halla con ellos su existencia!

La Mogigata era conocida, y sabida ya de memoria de todo el mundo: por lo tanto, si bien es indudable que tiene mérito suficiente para llamar al teatro numerosa concurrencia, eslo tambien para nosotros que ha debido á su lar-

ga prohibicion la mayor parte de la importancia que en esta ocasion se le ha dado: esto es tanto mas cierto, cuanto que estamos acostumbrados á ver sin entrada otras composiciones del mismo Moratin escapadas de la comun prohibicion. Para hablar literalmente de *La Mogigata*, necesitariamos estar mas seguros de nuestras propias fuerzas: seríanos indispensable ademas dedicar á su examen un artículo mas estenso de lo que las actuales circunstancias nos permiten; porque en el caso de que nos atreviésemos, como pudiéramos atrevernos tal vez, á hallar en ella lunares, de que no hay obra humana exenta, ¿qué de razones no necesitariamos acumular para contrarestar la opinion pública tan esclusiva cuando llega á cobijar bajo su proteccion un nombre, una vez proclamado célebre. El mérito de Moratin, por otra parte, es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasion en la ampliacion de sus bellezas; y con respecto á sus defectos, solo diremos que la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la medianía, es que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de esta por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas. Esto es todo lo que nos parece que se puede decir con respecto á Moratin en parangon con los que despues de él han escrito comedias del mismo género en nuestro pais. Agréguese á esto una consideracion: en todos los paises el primero que se ha elevado, el primer reformador ha llevado y ha debido llevar la mejor parte de reputacion, porque es preciso proceder siempre por comparacion; apenas

hay en el mundo otra manera de raciocinar.

Por lo que hace á comparar á Moratin con Moliere, como han pretendido algunos hacerlo, bueno y justo es que se diga que Moratin es el Moliere español: esto sin embargo, creemos, segun nuestras cortas luces, que *La Mogigata* no podrá sostener nunca la comparacion al lado del *Hipócrita* de Moliere, que es la comedia de éste con quien tiene mas relacion; si esceptuamos el desenlace, que es infinitamente superior en *La Mogigata*, porque pocas veces anduvo feliz Moliere en desenlaces. El mérito principal de Moratin parécenos estribar mas en la pintura local de las costumbres de su época, y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazon humano; sin que por esto queramos decir que fuese ignorante de él Moratin: la gracia de Moliere es mas candorosamente cómica, y se trasluce menos al poeta; presenta las situaciones solas; y esto basta en él para hacer reir. Moratin ayuda á la situacion con una sátira mas decidida: no se contenta con esponer el cuadro ridículo sencillamente á la vista del espectador: echa ademas en la balanza para inclinarla á su favor el peso de su propia opinion; sus gracias toman muchas veces gran parte de realce de su mordacidad. Sea hecho este paralelo de paso con el respeto debido á ambos ingenios peregrinos, y para decir que por las espuestas razones, Moliere es mas universal que Moratin, éste es mas local; su fama por consiguiente mas perecedera é insegura.

R. E.—Número 155.—9 *de Febrero.*—1834.

REPRESENTACION

DE

EL SÍ DE LAS NIÑAS,

COMEDIA

DE D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

En el dia podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educacion que no podian menos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado, y aun de principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religion mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habian llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, asi como la marcha del gobierno, era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no discurrir, á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permitian discurrir ni sentir á sus hijos. La educacion escolástica de la universidad era la única que recibian los hombres: y si una niña salia del convento á los 20 años para dar su mano á aquel que le designaba el interes paternal, se

decia que estaba bien criada; era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razon de estado, si abrigaba un corazon franco y sensible; si por desgracia habia osado ver mas allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella y habia de elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba ó que no la llamaba á sí por lo menos. Moratin quiso censurar este abuso, y asunto tan digno de él no podia menos de inspirarle una gran composicion. De estas breves reflexiones se puede inferir que *El si de las Niñas* no es una de aquellas comedias de carácter, destinada como el *Avaro* ó el *Hipócrita*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y paises un espejo en que vea y reconozca su estravío ó su ridícula pásion; es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender es la obra maestra de Moratin y la que mas títulos le grangea á la inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada mas ingenioso y acertado que valerse para convencer al tio de la contraposicion de su mismo sobrino. Asi no fuera este teniente coronel, porque por mucha que fuese en aquel tiempo la sumision de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos, ó las tres onzas para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga mas chocante esta observacion en nuestros dias, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que solo con mucho miedo y desconfianza,

osámos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso don Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de esposicion, porque toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas, y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasion de hacer una observacion esencial. Moratin ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores solo habian querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratin, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sabias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Moliere. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratin escoge ciertos personages para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo: pero parece dar otra importancia para sus espectadores mas delicados á las situaciones de sus héroes. Convence por una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra el corazon, presentándole al mismo tiempo los resultados del estravío; parece que se complace con amargura en poner á la boca del precipicio á su protagonista, como en *El si de las Niñas* y en el *Baron;* ó en hundirle en él cruelmente, como en el *Viejo y la Niña*, y en el *Café*. Un escritor romántico creeria encontrar en esta manera de escribir alguna relacion con

Victor Hugo, y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamarán blasfemia. En nuestro entender este es el punto mas alto á que puede llegar el maestro: en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin otra en el hombre; y nada es por consiguiente mas desgarrador ni de mas efecto que hacernos regar con llanto la misma impresion del placer. Esto es juzgar con el corazon del espectador, es hacerse dueño de él completamente, es no dejarle defensa ni escape alguno. *El si de las Niñas* ha sido oido con aplauso, con indecible entusiasmo, y no solo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado tambien, y hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratin, que habian querido secar y marchitar la ignorancia y la opresion. ¿Es posible que se haya creido necesario conservar en esta comedia algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutiladores de las comedias del hombre de talento! La indignacion del público ha recaido sobre ellos, y tanto en *La Mogigata* como en *El si de las Niñas*, los espectadores han restablecido el testo por lo bajo: felizmente la memoria no se puede prohibir.

R. E. – *Número* 159. – 18 *de Febrero.* – 1834.

LOS TRES NO SON MAS QUE DOS,

Y EL QUE NO ES NADA VALE POR TRES.

MASCARADA POLÍTICA.

Mil veces les habrá sucedido á mis lectores, y aun á los que no me leen, oir una campana y quedarles una prolongada vibracion en los oidos despues de haber sonado; les habrá sucedido tambien viajando, durarles gran rato despues de apeados ya del carruage, la sensacion del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. Hé aqui precisamente lo que á mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas máscaras. Voy por la calle y se me antojan aun caretas las caras, y disfraces los trages y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas, y, acostumbrado á tanta cosa vieja y á tanta broma, se me figura aun que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensacion y será preciso creer á todo el mundo; pero mientras pasa ó no pasa, mientras creo ó no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora á ver de conocer al que me habla, que no es poco. Con tal rumor en los oidos, con tal prevencion en la vista, salia yo la última noche del pasado carnabal de Abrantes,

donde habia codeado á la aristocracia, y del teatro, donde me habia codeado á mí la democracia. Llena la cabeza de estas dos ideas, que no podia amalgamar nunca, y que asi se separaban al tocarse cómo se separan dos bolas de villar al chocar una con otra, se me antojó que entraba en un salon adornado por el orden antico-moderno; toda la parte alta gótica, góticas las paredes y ventanas; el mueblaje y adorno bajo del último gusto. Tres comparsas le llenaban, á lo que entonces me pareció. La menos numerosa era compuesta toda de viejos, ¡rara aprension! pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iban derramando su dinero con tanto sigilo, como si fuese mal adquirido y peor conservado; pero á cada moneda que daban ¡cosa rara! perdian carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hácia atras, mas como quien huye que como quien anda; para lo cual traian la cabeza y los pies vueltos del reves, que hacian rara figura. Andaban desbandados á causa de hallarse su gefe á diligencias propias; pero en cambio presumian serlo todos. Seguia á esta comparsa una porcion de pobres, rotos, y mal parados, con una venda en los ojos como pintan á la fé, creyendo á pies juntillas cuanto aquellos les decian, y tomando varios diges de poco valor en cambio de sus servicios. De cuando en cuando dábanles los magnates de la comparsa un palo, y unos respondian *¡viva!* y otros respondian *¡gracias!* Raros trages se veian entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII. Retazos de manteos, cruces y veneras, papel de Italia, espadines de Toledo; tal cual estrella en la frente, látigo en la

mano, calzon, peluquin y hebillas. Color general blanco como la leche. Conversacion poca; chispa ninguna.

La segunda traía gefe, ó por mejor decir representante; gente nueva, y la más, barbilampiña: flaca aun como muchacho que está creciendo: conocíase á legua que no habian tenido tantas ocasiones de comer como los otros. No andaban, sino corrian: todo eran piernas. Bailaban todos á una, y hacian los mismos pasos: encogíanse los altos, empinábanse los bajos: todo su prurito era andar iguales: al menor desnivel habia gira y algazara. Pedian la palabra, y tomaban lo demas. Venian vestidos de telas de institucion, color de garantía: el disfraz era lo mejor que traían; si bien á muchos se los traslucian por debajo juboncillos de ambicion con tal cual cenefilla de empleo, y se conocia que no estaban hechos á usarlos, porque á los mas les venian anchos. Estos no repartian dinero, sino periódicos; dábanlos con audacia y á venga lo que venga: si alguno se perdia ó se interceptaba malamente, otro al puesto, como quien tenia el molde en casa. Por el contrario de los otros, á cada periódico que daban, ganaban carnes y razon. Las caretas eran discursos históricos de sucesion. Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podia; pero el salon estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendian mas de prisa que se apagaban. Seguia á estos una turba desigual hambrienta de felicidad: verdad es, que nunca la habian catado. Unos eran gordos, otros flacos: unos tenian tres piernas, otros una: uno tres

ojos, otro medio; quién era gigante, quién lilipuciano. *Se os igualará*, les iban diciendo los magnates, *nada mas facil*, y lo creían sin mirarse despacio unos á otros, el tonto y el discreto, el tullido y el sano, el pobre y el rico. Estos creían en la felicidad de este mundo: los primeros en la del otro. Su conversacion buena, su chispa mucha, y mayor el ruido que metian. Color general negro.

Era el resto de la concurrencia la mayoría; pero se conservaba á cierta distancia del que parecia su gefe. Era el color de éste un atornasolado claro, que visto de distintos puntos lejanos parecia siempre un color diferente, pero en llegando á él, no se le podia llamar color. Este y los suyos no andaban, aunque lo parecia, porque marcaban el paso: conociendo que no habia para qué, unos no traían pies, y otros los traían de plomo. De medio cuerpo arriba venia vestido á la antigua española, de medio cuerpo abajo á la moderna francesa, y en él no era disfraz, sino su trage propio y natural. Ni era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; sutil como cuerpo glorioso, y máscara, en fin, racional, si las hubo nunca. No traía careta, sino que enseñaba una cara de risa que á todos queria dar contento. Era su comparsa gente pasiva y estacionaria, de esta que tiene y no quiere perder, que no tiene por qué moverse, miedosa, que teme pernique-brarse á cada paso, escarmentada ya y paralítica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida á todo, ó despreocupada, que se rie de los hombres y sus partidos. Estos no decian nada; ni aplaudian, ni censuraban; traían caretas de ye-

so, miraban á una comparsa, miraban á otra, y ora temblaban, y ora reían. En realidad no hacian cuenta con su gefe: éste era el que contaba con ellos; es decir, con su inercia.

En una palabra, parecian tres las comparsas y no eran mas que dos. Cuando yo entré en el baile acababan de separarse; hasta entonces habian bailado mezclados, porque hasta entonces no habia faltado bastonero que los habia hecho bailar á todos á un mismo son.

Apenas tuve tiempo de reconocer lo que llevo descrito, cuando se dirigieron á mí varios de la primera comparsa. – ¡Ah, Fígaro maldito! aqui está. "*¡Nadie pase sin hablar al portero!*" "*¡La planta nueva!*" ¿Sabes que nos has hecho mas daño que un cañon? – Mala entrada es esta, dije yo para mí. – Mira, prosiguieron, tú debes ser tonto. ¿Qué provecho has sacado de tus artículos? – El gusto de escribir lo que pienso, y me sobra. – Eso por un lado, y por otro el que te ahorquemos, si... ¡desigual es el partido! – Ya me pondre á distancia respetable. – Vente con nosotros. – Gracias. – Te irá mejor: no hallarás rivales, porque no escribimos; te daremos una prebenda. – Soy casado. – Te daremos un empleo en Correos y podrás interceptar las cartas. – No soy curioso. – Andarás por esas breñas. – No soy peregrino. – Dormirás al sereno. – Mas quiero dormir sereno. – Tendrás inquisicion y rey absoluto. – Lo agradezco, pero es tarde. – ¡Matarle! ¡Matarle!

– ¡Ea, dejad á Fígaro! dijeron los de la segunda comparsa, sacándome de entre ellos; este es nuestro, enteramente nuestro. ¿No es verdad,

Fígaro? – ¡De corazon! – ¡Bravo! Tú tambien eres igual. – Y sino soy igual, me es igual todo. – ¡Ya! Por eso te descuidas, y haces á veces artículos tan largos y tan pesados, y con tantas digresiones y atrevimiento: no teniendo respeto á nadie, facil es hacer reir... – No hay para qué hablar mas, que ya me habeis conocido, dije yo apresurándome á interrumpir á los mios, que me iban tratando peor que los contrarios.

Mientras esto me pasaba en un rincon de la sala, andábanse embromando los principales personages de las dos comparsas. Estas bromas pararán en veras, dije yo para mí, y acerquéme á oir. – Andad, decian unos, hipócritas; á nosotros no nos embromareis, porque os conocemos: ahora andais con careta del pretendiente, pero es mentira: vosotros existiais antes que él. Vosotros triunfásteis malamente en Villalar en nombre de otro Cárlos V: desde entonces no dejó de crecer un punto vuestra audacia: vosotros fuisteis los que el año 14 engañasteis á un rey y perdisteis á un pueblo; vosotros los que el año 23... – ¡Silencio! respondieron los otros; ¿qué nos echais en cara? Echaos la culpa á vosotros mismos; que dos veces fuisteis los amos, y dos veces... – Sí, pero no tengais cuidado; á la tercera... – Veremos. – Sí; vosotros lo que quereis es embaucar al pueblo con vuestros sortilegios, cubrirle los ojos y taparle la boca para beber su sangre que os engorda: el favoritismo, el absolutismo, el oscurantismo, el fanatismo, el egoismo... esas son vuestras virtudes... ese es el Cárlos V que proclamais; y lo demas es farsa y mascarada. Quitaos esas caretas de ley de Feli-

pe V, que ya os hemos conocido. – ¡Miren! con testaban los ofendidos; ¿y qué quereis vosotros? ¿Quereis hacer felices á los pueblos? Broma y mas broma. Igualdad, para tener todos derecho á todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos haceis oficio de leer y escribir, y pensais que hablando... y los empleos, en fin, que por tantos años tuvimos nosotros, y las rentas que nos comemos y... – Y bien, y bien; ¿y hay nada mas justo? Nosotros haremos el bien público, haciendo el nuestro, aun sin querer hacerlo... – ¡Careta! ¡pretesto! – Pretesto, sí; pero mas noble que el vuestro. En nosotros tendrá la sucesion directa... – ¡Fuera, fuera la careta! ¡También os conocemos! – ¡Holgazanes! – ¡Ambiciosos!

Al llegar aquí la broma, exasperáronse unas y otras máscaras, y ¡oh! ¡qué noche de horror y de confusion! – ¡A ellos, á ellos! gritaron unos, y otros desenvainando sus armas. Un paquete de *Boletines de Comercio* atrasados, lanzado por un brazo vigoroso y jóven, vino á estrellarse sobre un grupo de peluquines: seis cayeron del golpe. Diez y nueve *Siglos*, llenos de reconvenciones, se alzaron á una contra la pandilla blanca; y ¿quién les pudiera resistir? Tampoco se descuidaban los acometidos: volaban *Estrellas* por todas partes, pero daban en el aire con los *Siglos* y los *Boletines* que iban; y caían desvaneciéndose como los fuegos fátuos del verano. Un discurso parlamentario encontraba en el aire una exhortacion carlista y arrollábala al punto. ¡Qué furor! Volaban *Tiempos* y *Cinifes*, lanzábanse *Ateneos* y *Minervas;* enemigo herido de ellos, enemigo dor-

mido y fuera por consiguiente de combate. Hasta hubo quien sacó *Correos*, *Crónicas*, y *Auroras*, armas prohibidas, porque suelen dispararse contra el mismo que las carga. ¿Quién diria el destrozo y la mortandad? ¿Y quién el fin de tan sangrienta lucha, si el gefe de la inerte comparsa no se apareciese con una sonrisa en la boca y una *Revista* en la mano? Interpúsola el atornasolado como pudiera Mercurio su Caduceo, y cedieron los combatientes al arma mas pesada. Todos quedaron aplanados. ¡Ay de aquel á quien le cayó encima una noticia diversa! ¡Ay del que tuvo que sufrir el peso de la crónica de provincias! ¡Mísero el que sintió sobre sí la cámara de los diputados! Quiso la buena suerte que esto cayese todo sobre la comparsa blanca, y nadie de ella pudo ya levantar cabeza. Roncaban unos, y otros se quejaban amargamente. En la comparsa nueva cayó un artículo de entrada, y ¡oh prodigio! como el maná, súpole á cada uno al manjar mas de su gusto; á nadie empero levantó chichon ni cardenal.

¡Hola! ¿quién es este? ¿Es vuestro? preguntaron los jóvenes á sus contrarios. – ¿Qué ha de ser nuestro? ¡ay míseros! contestaron los vencidos. – ¡Ah! ¡ya! repusieron los primeros. ¿Quién diablos te habia de conocer? Vaya, pase, pase por nuestro; mira, júzganos.

– ¿Yo juzgar? dijo el mediador. No lo permita el cielo. Si fuera conciliar...

– Mira que si no quieres ser nuestro juez, serás su reo. ¡Esos hipócritas!...

– ¡Oh! no hipócritas precisamente, no... seductores... dijo el mediador.

–¡Revolucionario! gritaron los viejos.

–Revolucionarios, precisamente... no... fautores de asonadas... interrumpió el justo medio.

–¡Fanáticos! gritaron los jóvenes.

–No, fanáticos, no... ilusos, incautos...

–¡Ignorantes!

–¡Incrédulos!

–Señores, todos tienen ustedes razon; la union, la cultura, un justo medio... ni uno ni otro... las dos cosas...

–¡Nosotros queremos todo nuevo!

–No, nuevo no, dijo el justo medio.

–¡Nosotros todo viejo!

–No, viejo no, repuso el atornasolado.

–¡Nosotros lo negro!

–¡Nosotros lo blanco!

–Todo, bien, todo; si se puede todo: está entendido; daremos un blanco que tire á negro, y un negro que tire á blanco.

–¿Con que sí?

–No digo que sí, precisamente;... mas...

–¿Con que no?

–No digo que no, precisamente;... pero...

–Eso, eso es ponerse en la razon, dijo á este punto levantándose pausadamente la mayoría hasta entonces inmóvil: nosotros estamos por ese señor de la antigua española y moderna francesa. No somos partido, pero somos los mas. Venga cualquiera cosa, llámenlo como quieran, y vamos viviendo. De cualquier modo hemos vivido hasta ahora, de cualquier modo moriremos.

–La verdadera diversion, señores, si me atrevo á llamarlo asi, dijo entonces animado con su inmensa fuerza el atornasolado de no conocido

TAYLOR INST. OXFORD

color, es tomar, permítaseme la frase, de los juegos venerandos antiguos lo preciso, modificándolo segun el humor de los que han de divertirse. Y á propósito de esto diré para convencer á ustedes lo siguiente: *las necesidades y las reformas, las instituciones y garantías, asi como la antigua monarquía de las ideas nuevas, la discordia, la hidra de las revoluciones, y la bondad de arriba abajo, y no de abajo arriba, la legitimidad, los malévolos seducidos, un campo de horror y dulce fraternidad, los sucesos retrógrados y las masas progresivas*...—Otras cosas podria decir;... pero... ¡Cuán dulce es la paz, señores! Y por fin el talento es mio, mia la esperiencia, el tacto mio, y la nacion mia, porque no es de nadie; porque es pasiva: al que se oponga á mi justa conciliacion, añadió riéndose con la mas amable y cariñosa sonrisa, al que no quiera ser feliz, como yo entiendo la felicidad, harásele feliz, mal que le pese.

Un prolongado clamor de la multitud inmensa, tan callada toda la noche, pero un clamor no de entusiasmo pasagero, sino tranquilo, sereno, como la voz del poder que no ha menester esforzarse para hacerse oir, aplaudió sordamente la alocucion ambilátera, que traducida al lenguaje inteligible, queria decir á unos: *ya es tarde;* y á otros: *es temprano todavia.*

Restablecida la paz y el silencio, desapareció á mis ojos el baile y ambos partidos con él: halléme en medio de Madrid repitiendo para mí: *Los tres no son mas que dos, y el que no es nada vale por tres.*

R. E.—Número 167.—9 de Marzo.—1834.

EL SIGLO EN BLANCO. (1)

No sé qué profeta ha dicho que el gran talento no consiste precisamente en saber lo que se ha de decir, sino en saber lo que se ha de callar; porque en esto de profetas no soy muy fuerte, segun la espresion de aquel que miraba detenidamente al Neptuno de la fuente del Prado, y añadia de buena fé enseñándosele á un amigo suyo: aquí tiene usted á Jonás conforme salió del vientre de la ballena.—¿Hombre, á Jonás? le replicó el amigo: si este es Neptuno.—O Neptuno, como usted quiera, replicó el *cicerone*, que en esto de profetas no soy muy fuerte.—El hecho es que la cosa se ha dicho, y haya sido padre de la iglesia, filósofo, ó Dios del paganismo, no es menos cierta ni verosímil, ni mas digna tampoco de ser averiguada en tiempos en que dice cada cual sus cosas y las agenas cómo y cuando puede.

Platon, que era hombre que sabia dónde le apretaba el zapato, si bien no los gastaba, y que sabia asimismo cuánto tenia adelantado para hablar el que no ha hablado nada todavía, habia

(1) Antes de ayer apareció en esta corte el número 14 del periódico *El Siglo* con varios artículos en blanco, cuyos epígrafes eran: *De la amnistía*; *Política interior*; *Carta de don Miguel y don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo*; *sobre Cortes*, y *Cancion á la muerte de don Joaquin de Pablo Chapalangarra*. Posteriormente hemos sabido que se ha suprimido la publicacion de este periódico.

adoptado por sistema enseñar á sus discípulos á callar antes de pasar á enseñarles materias mas hondas, y en esa enseñanza invertia cinco años, lo cual prueba evidentemente dos cosas; primera, que Platon estaba, como nuestras universidades, por los estudios largos: segunda, que no es cosa tan facil como parece enseñar á callar al hombre; el cual nació para hablar, segun han creido erróneamente algunos autores mal informados, dejándose deslumbrar sin duda por las apariencias de verosimilitud que le da á esta opinion el don de la palabra, que nos diferencia tan funestamente de los mas seres que crió de suyo callados y taciturnos la sabia naturaleza.

De cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con solo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platon que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33 inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedia precisamente lo mismo que en la cátedra de Platon, á saber, que solo hablaba el maestro, y eso para enseñar á callar á los demas, y perdónenos el filósofo griego la comparacion. Esto con respecto á dar una idea de lo mucho que se puede callar en cinco ó en diez años; ahora bien, con respecto á lo que se puede callar en un solo dia, basta para formar una idea leer, si es posible, el *Siglo*, periódico que no se ofenderá si aseguramos de él, que trae cosas que no estan escritas; periódico enteramente platónico, pero que no puede haber sacado tanto provecho como honra de su ciencia en el callar.

Confesemos sin embargo que lo que hay que leer es un artículo que no está escrito. Leer palabras y mas palabras lo hace cualquiera, y toda la dificultad, si puede cifrarse en alguna cosa, se cifra evidentemente en leer un papel blanco.

Un artículo en blanco es susceptible de las interpretaciones mas favorables: un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos: es cera blanda, á la cual puede darse á voluntad la forma mas adaptada al gusto de cada uno. Un artículo en blanco es ademas picante, porque escita la curiosidad hasta un punto dificil de pintar. ¿Qué dirá? ¿Qué no dirá? En un mundo como este de ilusion y fantasmagoría, donde no se goza sino en cuanto se espera, es indudable que el hacer esperar es hacer gozar. Las cosas una vez tocadas y poseidas pierden su mérito; desvanécese el prestigio, rómpese el velo con que nuestra imaginacion las embellecia, y esclama el hombre desengañado: *¿Es esto lo que anhelaba?* Este sistema de hacer gozar haciendo esperar, del cual pudiéramos citar en el dia algun sectario famoso, es evidente, y por él nunca podrá entrar en competencia con un artículo en blanco, un artículo en negro. Este ya sabemos lo que puede querer decir, aunque no sea mas que haciendo deducciones del color.

De esta facilidad con que puede leerse un artículo en blanco se deduce un principio que desgraciadamente ha sido fin para *El Siglo*: á saber, que se pueden comparar con las cosas escritas en tinta simpática y con esas pantallas elegantes que toman mas ó menos color segun se acercan mas ó menos á la lumbre, leidos en un

gabinete ministerial naturalmente resguardado de toda intemperie y en que suele estar alto el termómetro, toman un calorcito subido que ofende la vista; y leidos al aire libre se revisten de una tinta suave que da gozo á la multitud. Pero siempre hacen fortuna, porque en el primer caso, y cuando dan con un lector amigo del silencio, suelen dar por el gusto al periodista, y en tal caso se da un privilegio esclusivo al autor de un artículo en blanco, para que puedan tambien quedar en blanco los números sucesivos.

Bien conocerá el lector, aun sin haber leido *El Siglo*, como probablemente no le habrá leido por aficionado que sea á leer, que no es mi intencion defender ni acriminar los artículos en blanco, ni mucho menos á los gobiernos, que temo á Dios gracias.

Es únicamente mi objeto apuntar unas cuantas ideas acerca de la teoría de los artículos en blanco, género nuevo en nuestro pais, y para el cual debió decir Malherbe aquellos versos:

Et rose, elle a vecu ce que vivent les roses
l'espace d'un matin.

Quod scripsi scripsi, dijo un antiguo y famoso magistrado. Hé aqui otra de las ventajas de un artículo en blanco, y si hay quien culpe todavía de poco carácter á la *Revista*, desafiamos por esta vez al *Siglo* á que tenga mas que nosotros. No dirá por esta vez *quod scripsi scripsi*. En tiempo en que es tan de primera necesidad no contradecirse nunca, hé aqui otra ventaja de los escritores en blanco. Ni se crea que es fac-

tampoco sobresalir en este género: yo confieso en verdad que si es cierto aquello de que *principio quieren las cosas*, al ponerme á escribir un artículo en blanco, no sabria por dónde empezar, y en cuanto á lo de prohibirlos, confieso que me habia de ver mas apurado todavía.

El Siglo es mas grande que los hombres; hé aquí una verdad que ha echado por tierra el tiempo. Nosotros en realidad, al condolernos sinceramente de la suerte de nuestro colega, inferimos: ó es el siglo mas chico de lo que habiamos pensado, ó no es este siglo que alcanzamos el que habiamos menester.

Inferimos que no está bastante ilustrado el pais para leer artículos en blanco, y que es mas acertado meter las cosas con cuchara, como lo entiende el *Boletin*: adoptamos el agüero que nos ofrece nuestro silencioso cofrade. A catorce *Siglos* nos ha dejado este periódico, es decir, en la edad media; confesemos francamente que no podemos pasar de aquí, y quedémonos en blanco enhorabuena. Muchos son efectivamente los puntos que ha dejado en blanco nuestro buen *Siglo* en punto á Amnistía, en punto á Política interior, en punto á honor y patriotismo, de no sé qué hazaña, y en punto, en fin, á Cortes; pero mas creemos que hubieran sido aun los puntos en blanco, si conforme era el 14 el siglo, hubiera sido el 19. Y por último, deducimos de todo lo dicho y de la muerte que alcanza á nuestro buen *Siglo*, á pesar de toda su ilustracion y grandeza, que el siglo es chico como son los hombres, y que en tiempos como estos los hombres prudentes no deben hablar, ni mucho menos callar.

R. E. – *Número* 170. – 16 *de Marzo.* – 1834.

VENTAJAS
DE LAS COSAS A MEDIO HACER.

Suele decirse que nadie tiene mas edad que la que representa, y esta es una de las muchas mentiras que corren acreditadas y recibidas en el mundo con cierto agradable barniz de verdad, y que entran en el círculo de todo aquello que sin ser *vero*, es sin embargo *ben trovato*. Si una mentira pudiese probar algo, esta probaria una verdad; á saber, que no hay nada positivo, que no hay nada tal cual es, sino tal cual parece. Por el mismo estilo podria decirse que ciertos pueblos no envejecen, porque para envejecer es preciso vivir. Hé aqui la razon por qué siempre que yo me paro á mirar con reflexion nuestra España (que Dios guarde, de sí misma sobre todo) suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: *¡ Hombre, por usted no pasan dias!* Por nuestra patria efectivamente no pasan dias; bien es es verdad que por ella no pasa nada: ella es por el contrario la que suele pasar por todo. Asi es que despues de sus años mil, vésela de temporada en temporada aparecer jóven y rozagante, como quien empieza á vivir de nuevo. Si la hubiésemos de comparar con algo, la compararíamos con esas viejas verdes que unos dias se tiñen las canas y otros no; ó con esos seres que

pasan el invierno entre dos piedras en una aparente muerte, y que necesitan todo el sol del mes de Julio para empezar á rebullirse; ó con la comparsa del célebre Robinson, silbado años pasados en esta corte, que andaba dos pasos adelante y uno atras; ó con la casta Penélope, que deshacia de noche la tela que tramaba por el dia; ó con los gatos, en fin, de los cuales se dice que tienen mil vidas; si bien con una notable diferencia: estos siempre caen de pies, y de la España no nos atreveriamos á decir claramente cómo cae siempre. En una palabra, se la puede comparar con todo, y exactamente con nada.

No es esto que queramos hablar mal de España: mala ocasion escogeríamos, sobre todo cuando está casualmente en el dia en que se tiñe las canas, en que se despereza y se rebulle, en que da el paso adelante, en que teje la tela, y en que se levanta renqueando de la última caida. Dios nos libre de semejante intencion, como de un manifiesto; nuestro objeto es retratarla, y aun hacerla favor, si cabe. Es el mal que se escapa á la observacion como el agua á la presion: piensa usted cogerla por un lado, deslízase por otro: como esos calidescopios fantasmagóricos que á cada movimiento presentan una figura distinta á la vista divertida, asi nuestra patria ofrece unas veces encima unos colores y otras veces otros.

El año 8, segun decia su gobierno, no podia ser feliz sino bajo la ilustrada dominacion del dispensador supremo de la dicha de los pueblos. Poco despues, toda su bien andanza debia consistir en manejarse por sí sola, rechazando la

citada ilustrada dominacion. El año 14 era indudable que solo su legítimo rey y su legítima libertad la podian conducir á la dicha estable y duradera. A mitades del mismo año pendia su salvacion de su legítimo rey, pero sin auxilio ya de la tal libertad, ni maldita la ayuda de vecino. Hecha ya la casa, abajo los andamios. Hasta el año 19 inclusive, el orden y la paz, la gloria y la ventura solo podian apoyarse en la santa inquisicion. El año 20 ya se averiguó que aquella dicha de que habia gozado por tan santo medio no era la verdadera: la verdadera era la que iba á tener, fundada en la igualdad, y en la libertad: entonces se supo á ciencia cierta que iba á ser venturosa. El año 23 sin embargo se vió felizmente restituida á la felicidad verdadera; entonces solo podia esperarla de aquellos mismos franceses, los únicos que el año de 8 podian hacerla feliz, y que el año 9 solo podian hacerla desgraciada. En aquel año 23, recibió, pues, su verdadera dicha del absolutismo, único gobierno capaz de llevar á un pueblo á su esplendor con mano fuerte: entonces abrió los ojos por cuarta vez, y vió palpablemente cómo habia de ser feliz. Y por fin, el año 34, abre los ojos por quinta vez, y se convence de una manera irrecusable, como siempre, de que su felicidad solo puede depender de la representacion nacional, y de que un gobierno absoluto no es la piedra filosofal. Escarmentada, como siempre, de sus pasados errores, ya no volverá á caer en el lazo que le tienden los malévolos y los ilusos, y todos esos bribonazos que andan siempre engañando y estraviando pueblos; en el año 34 se

convence definitivamente de que la verdadera felicidad es la de ahora: todas las demas han sido felicidades de poco momento. Confesemos que ésta su conviccion de ahora es la mas fuerte, aunque no sea mas que por haber estado ya otras veces convencida de lo mismo.

Hay quien cree que la felicidad es una de las muchas mentiras, *ben trovatas*, como llevamos dicho, para nuestro consuelo: ya nos guardaremos nosotros de creer esto: y si en ninguna parte la vemos mas que escrita, no será sin duda porque no exista, sino porque no se ha sabido dar con ella hasta la presente. Siempre resulta de lo dicho que por la España no pasan dias: nuestra patria siempre la misma; siempre jugando á la gallina ciega con su felicidad: empeñada en atraparla, por el estilo de aquel loco, maniático por atraparse con la mano izquierda el dedo pulgar de la misma mano que tenia cogido con la derecha; y siempre mas convencido la última vez que todas las anteriores.

Intrincado y oscuro laberinto le pareceria á cualquiera nuestra felicidad. Habrá quien diga que de no haber hecho nunca las cosas claras y terminantes le viene el mal de haberse de contradecir... Pero réstanos saber si es un mal el contradecirse; esto no está averiguado: decir siempre la verdad nos obligaria á decir siempre una misma cosa; esto sobre ser una pesadez insufrible nos conduciria á decirlo todo de una vez. ¿Y despues? No diriamos nada. Figúrese el lector qué vacío en una larga existencia. Decimos por el contrario una cosa hoy y otra mañana. ¡Figúrese el lector qué variedad! Hay tela

cortada para toda la vida. Igual consecuencia sacamos respecto á hacer las cosas claras y terminantes. Nosotros estamos por las cosas oscuras: hablamos seriamente. En primer lugar nadie nos negará una inmensa ventaja que sobre las cosas claras llevan las oscuras; á saber, que estas se pueden aclarar. Hágalo usted todo de una vez; el dia 1.° del año por ejemplo. ¿Y los 364 restantes qué hace usted? Holgar. Dios nos libre: la ociosidad es madre de todos los vicios. Si este es de todos los males el peor, vale mas hacer mal y deshacer bien, que no hacer nada.

Para concluir, figurémonos por un momento que lo que vamos á hacer el año 34, porque yo creo que vamos á hacer algo, lo hubiéramos hecho de primeras el año 9, ó el 14, ó el 20. ¿Qué hariamos el 34? ¿Ser felices? ¡Brava ocupacion! Hubiéramos vivido de entonces acá, hubiéramos envejecido en esa felicidad que vamos á atrapar precisamente ahora; en una palabra, hubieran pasado los dias y las cosas por nosotros, en vez de pasar nosotros por los dias y las cosas, y no estariamos como estamos, en los principios. ¡Espantosa perspectiva! Mas sabios, por el contrario, nosotros dejamos siempre algo que hacer, algo oscuro que aclarar, para mañana. ¡Ay de aquel dia en que no haya nada que hacer, en que no haya nada que aclarar!

R. E. – *Número* 176. – 30 *de Marzo.* – 1834.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR,

EL DE LAS HAZAÑAS.

Bosquejo histórico, *por don Francisco Martinez de la Rosa.*

Entre los muchos y graves compromisos que rodean por todas partes al periodista, y al lado del riesgo de escribir, sin querer, lo que no piensa, ó de no pensar bastantemente lo que escribe; á la par del percance de ir mal espresadas ó de ser mal entendidas é interpretadas sus frases, de ser responsable de lo que otros escriben, y de verse esclavo de la libertad de sus conciudadanos, que él mismo acaso fundara y constituyera, pudiera campear como grande entre los mayores el compromiso de haber de criticar imparcial y concienzudamente la obra literaria de un ministro. No porque no pueda un ministro escribir una obra buena, sino precisamente por lo mismo que puede escribirla; el elogio que dirigido á un particular, aparece imparcial y generoso en la boca del crítico, encaminado á una excelencia toma para con la opinion pública casi siempre el sabor de lisonja, y adulacion, por justo y merecido que en el fondo sea. Es preciso, pues, que el periodista tenga la grandeza de ánimo suficiente para arrostrar la tacha de adulador, cuan-

do quiere su mala suerte que se reunan en un hombre solo el poder y el mérito. Esto felizmente no sucede todos los dias. Andarse desenterrando, por otra parte defectos, ó muy leves ó imaginados, solo para grangearse opinion de fuerte y de arriscado, sería una pequeñez indigna de quien abrigase un corazon noble y generoso. Puestos nosotros en tan duro trance, tomamos el único partido que parece señalarnos nuestro carácter independiente; y nos limitamos á asegurar con franqueza que si pudiera pesarnos alguna vez de que el señor don Francisco Martinez de la Rosa ocupase el alto puesto en que le han colocado las esperanzas de los españoles, sería en esta ocasion en que quisiéramos tributar nuestra alabanza y respeto al hombre de letras con toda independencia del hombre de estado.

Tiempo hacia ya que esperábamos algun fruto de la pluma del señor Martinez de la Rosa los que de esperar vivimos, y los que ya hemos tomado sabor á los partos de su buen ingenio. La obra que publica en el dia no es acaso la mas importante que de él podiamos esperar; es un simple bosquejo histórico de la vida de Hernan Perez del Pulgar, uno de los héroes con que se honra España, segun la misma espresion del autor; es empero en su género un apreciabilísimo trabajo. Gran servicio hace á su patria indudablemente el hombre estudioso que desenterrando en las antiguas crónicas y leyendas los grandes hechos con que la ilustraron sus hijos, los ofrece como modelos á la generacion presente y á las venideras. Don Francisco Martinez de la Rosa, tan justamente aficionado á las cosas de

Granada, no podia menos de investigar con diligencia los hechos de Pulgar, por su naturaleza enlazados con la historia de aquella ciudad. La claridad, el orden y gradacion de los hechos, la narracion sencilla, elegante, y no pocas veces florida, y aquellas reflexiones políticas ó morales que suelen nacer tan naturalmente á veces de la misma relacion de los hechos bajo la pluma del historiador, colocan este bosquejo histórico entre lo mejor que poseemos en este género. No luce en él la enérgica concision de Tácito ni la profunda filosofia de Plutarco, pero puede rivalizar su estilo con lo mejor de nuestro siglo de oro. Tan cierta es esta proposicion, que al leer Hernan Perez del Pulgar, hemos creido mas de una vez tener entre manos un libro desenterrado de aquella época. No faltará quien tachará este cuidado, esta esmerada imitacion del lenguaje de Solis y de Mariana, como una estremada afectacion de purismo; no faltará quien llame á la obra entera un arcaismo; no faltará quien crea, acaso con razon, que se descubre el artificio que en tan escrupuloso remedo ha debido emplear su autor; nosotros nos contentaremos con indicar que, á nuestro débil entender, las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; que pensar fijarlas en un punto dado á fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; que es imposible hablar en el dia el lenguaje de Cervantes, y que todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, solo podrá perjudicar á la marcha y al efecto general de la obra que se escriba.

De aqui nazca acaso que el señor Martinez,

en quien por otros escritos conocemos una alma inclinada de suyo al entusiasmo y una imaginacion poética, no se deja arrebatar de un arranque solo de calor y patriotismo, él tan ardiente y patriótico al describir los hechos grandiosos y hazañas singulares de su héroe: ni aquella misma Granada de él tan querida y privilegiada, basta á inflamar su acompasado y monótono estilo anticuado. La traba que en su manera de escribir se habia impuesto, ha sido ocasion tal vez de que se halle en la obra este vicio. El bosquejo histórico parecerá en nuestra biblioteca moderna lo que Pompeya y Herculano en la Italia del dia.

Por lo demas échase bien de ver cuánta sea la erudicion del señor Martinez, al advertir que llenan dos terceras partes del tomo las notas y apéndices con que ha creido deber autorizar las increibles hazañas de Pulgar.

En este punto fuerza es respetar la escrupulosa y esquisita erudicion de S. E. Nosotros no concluiremos este juicio crítico sin envidiársela, y sin darle el parabien por su bosquejo histórico, que alternará, en nuestro entender, dignamente con sus escritos anteriores. *Aut agere scribenda, aut legenda scribere*, decia un célebre romano: *ó hacer cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leidas.* Ya que no podemos ser Hernando del Pulgar, quisiéramos ser su historiador.

R. E.-Número 177.-1.° de Abril.-1834.

REPRESENTACION

DE

UN NOVIO PARA LA NIÑA,

Ó LA CASA DE HUÉSPEDES:

comedia nueva original, escrita en diversos metros.

Despues de largos años de asedio, por fin ha tomado una empresa posesion de los teatros de esta corte. No queremos decir con esto que el ayuntamiento, que primero los ha dirigido, no sacase de ellos el partido posible, ni que... nosotros nunca queremos decir mas de lo que decimos; antes si por algo pecamos, es precisamente por decir lo que queremos. En este particular nos bastará contar un caso, que alude á la circunstancia de haber tenido primero los teatros la municipalidad y de tenerlos despues una empresa particular, y le contaremos sin perjuicio del respeto que tenemos al excelentísimo ayuntamiento.

Habia en Barcelona, no podemos decir en qué época, un corregidor celoso del bien público, si los ha habido nunca: y debia haber al

mismo tiempo que corregidor bailes de máscaras, porque se acercaba el carnaval. Sabido es que en Barcelona nunca han sido cosa mala las máscaras como en Madrid. Era el tal corregidor hombre sagaz, y habia notado en el año precedente, primero de su corregimiento, que el primer baile de máscaras no habia sido concurrido ni brillante. Llevado, pues, del deseo de que la cosa empezase bien, publicó en un bando la siguiente cláusula:

"Habiendo notado la autoridad en el año anterior que el primer baile que en la Lonja de esta ciudad se dió no fue brillante ni concurrido, y no habiendo podido averiguar la causa de esta estrañeza, ha dispuesto que este año se empiece por el segundo baile."

Hé aqui precisamente lo que encontramos nosotros aplicable al presente caso. Nada hubiera quedado que desear en materia de teatros, si se hubiera empezado hace muchos años por el segundo baile, es decir, por tener una empresa particular los teatros de esta corte.

Antes de ayer se dió principio á la nueva temporada cómica: es fuerza confesar que es grande el celo de la nueva empresa. Dejando aparte la compañía de ópera que nos tiene preparada, acerca de la cual guardaremos silencio hasta que la esperiencia, confirmando nuestras buenas esperanzas, autorice nuestros elogios, diremos desde luego que empezar dando al público en el primer dia tres novedades dramáticas en solo dos teatros, es empezar con muy buenos auspicios.

El autor de la novedad del Príncipe ha callado en los anuncios su nombre, y nosotros no

nos creemos con derecho á revelarle. Parécenos sin embargo modestia inútil y escusada diligencia, porque su facil versificacion y el género á que pertenece, y el sello que lleva delatan al autor aun á los menos inteligentes, á los menos versados y peritos en el arte, con solo que hayan oido otra produccion del mismo ingenio.

El título nos anunciaba un argumento nuevo original, interesante. El amor mal entendido de una madre que establece una casa de huéspedes con el interesado objeto de hallar un novio para su hija, esponiéndola á los riesgos y humillaciones de tan falsa posicion, bien merecia una comedia, y una comedia buena sobre todo. Don Donato, hombre original, viejo y achacoso, pero rico y pagado, no de su persona precisamente, sino de su dinero, es uno de los huéspedes de doña Liboria y de los amantes de su hija Concha. Hombre intolerable, porque tiene dinero, que insulta, porque paga, y que reconvenido de grosero, responde: "Hago bien, tengo dinero." Este rasgo maestro es la mejor definicion que se puede hacer de su carácter. Don Fulgencio, fátuo, con sus puntas de caballero de industria, es otro huésped y otro amante; es la manía de éste la de rozarse con grandes, la de vender proteccion, la de comer en todas partes. En una palabra, el convidado de piedra. Don Manuel, pasante de abogado, pobre, pero honrado, á pesar de Cervantes que dice en cierta parte: *Si es que el pobre puede ser honrado*, es el tercer huésped y pretendiente: éste es modesto, vive de dar lecciones, y tan corto de genio como de recursos metálicos, que lo uno suele ir en el mundo

con lo otro. Concha es una niña á quien el viejo rico fastidia, á quien el fátuo incomoda, y que solo del pasante se enamora. Doña Liboria es una madre coriñosa, viuda, con pocos recursos, que llora la ausencia de un hijo, de quien no tiene noticia: busca novio para su niña, y en esto está dicho todo, y aun disculpado su carácter. El primer acto, es un acto por consiguiente de esposicion en que harto tenia que hacer el poeta con presentar al público la galería de caractéres sobre que gira su obra, y en honor de la verdad no podemos menos de decir que estan esos caractéres pintados con pincel maestro. Este es el género de este autor, y es dificil en él aventajarle. En el segundo acto, la niña, ostigada por doña Liboria, se ve precisada á elegir, y anduviera mal su amor y el de don Manuel si no llegara un nuevo huésped jóven, rico, que viene de América despues de largos años de espatriacion. Tiene su familia en Madrid; pero no dando con ella se ve precisado á tomar habitacion en una casa de huéspedes hasta encontrarla. Facilmente conoce el que haya visto comedias que el recien llegado don Diego es el hijo de doña Liboria: ha hecho fortuna en América, lo cual es de tradicion: sabedor del estado de su familia, él se encarga de despedir á los recien pretendientes: consíguelo en el tercer acto desengañando á doña Liboria acerca de la fatuidad de don Fulgencio, de la loca pretension del viejo, y de los riesgos á que ha espuesto á su hija. El honrado y modesto don Manuel es finalmente el premiado con la mano de Conchita, despues de haberse atrevido los dos enamorados á declararse su tierno pen-

samiento en unas endechas, harto mas poéticas de lo que la verosimilitud exigia.

Por este sucinto analisis habrá comprendido el lector el argumento y plan de la comedia. Con respecto al juicio crítico de ella, confesamos ingenuamente que cuando la amistad nos une con el autor de una comedia, tememos que este sentimiento nos ofusque, y asi nos oculte los defectos como nos abulte las bellezas. Solo diremos, con respecto á *Un novio para la niña*, que tanto las bellezas como los defectos que pudiera encontrar en ella el crítico severo, son los mismos que en las mas obras de su autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si aconsejásemos al autor que meditase algun tanto mas sus planes? Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio. El autor se deja llevar de su facilidad: en esta no le conocemos rival, asi como tampoco en el chiste y la agudeza: sus descripciones, asi de los bailes como de las casas de huéspedes, son un espejo fiel de las costumbres: su diálogo está lleno de gracias y de viveza. Su versificacion es un modelo; pero donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circunstancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes, repitiéndose á sí mismo. Una jóven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caractéres forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho sin embargo con él tres dramas diferentes.

R. E. – *Número* 180. – 4 *de Abril.* – 1834.

EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE,

ó

LO QUE HA DE SER EL PERIODISTA.

Gran cosa dijo el primero que anunció este proverbio, hoy tan trillado. Si hay proverbios que envejecen y caducan, este toma por el contrario mas fuerza cada dia. Yo por mi parte confieso que á haber tenido la desgracia de nacer pagano, sería ese proverbio una de las cosas que mas me retraerian de adoptar la existencia de muchos dioses; porque soy de mio tan indómito é independiente, que me asustaria la idea de proponer yo, y de que dispusiesen de mis propósitos millares de dioses, ya que desdichadamente ha de ser hombre un periodista, y lo que es peor hombre débil y quebradizo. Ello no se puede negar que un periodista es un ser muy bien criado, si se atiende á que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar tambien de calidades de los mas de los seres existentes: ha menester si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces foso y mal seguro; y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y cami-

nar la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un dia en que Dios disponga lo qué él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera, y el ladrar á los pobres; y ha de saber dónde hace presa, y dónde quiere Dios que hinque el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince para conocer en la cara del que ha de disponer, lo que él debe poner; el oido del javalí, para barruntar el run run de la asonada; se ha de hacer como el topo, el mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar cuando va delante con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que mas espante que el ver andar al periodista; ha de saber como el cangrejo desandar lo andado, cuando lo ha andado demas, y como de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas á guisa de serpiente; ha de mudar camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la muger; ha de estar en contínua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela á recibir el tijeretazo del mismo á quien salva la vida; ha de ser como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto mas que escriba con trabajo; y á todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal parécese el periodista á las plantas en acabar con ellas un huracan sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente: como la caña ha de doblar la cer-

viz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar cómo y cuando Dios disponga, y tomar la direccion que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en dias oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistilos como la flor del azafran; ha de tomar color segun le den los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que mas calienta como el girasol, y es planta muerta si no; semé-jase á las palmas en que mueren las compañeras empezando á morir una; asi ha de servir para comer como para quemar, á guisa de piña; ha de oler á rosa para los altos, y á espliego para los bajos; ha de matar halagando como la yedra.

Por lo que hace al mineral, parece el periodista á la piedra, en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo: ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien á todos; ha de ser frio como el mármol debajo del pie del magnate; ha de ser ductil como el oro: de plata no ha de tener ni aun el hablar en ella; ha de tener los pies de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener mas vetas que una mina, y mas virtudes que un agua termal. Y despues de tanto trabajo y de tantas calidades ha de saltar, por fin, como el acero en dando con cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un

imposible: no ha de contar sobre todo jamas con el dia de mañana: ¡dichoso el que puede contar con el de ayer! No debe por consiguiente decir nunca como El Universal: *este periódico sale todos los dias escepto los lunes;* sino decir: *de este periódico solo se sabe de cierto que no sale los lunes.* Porque el hombre pone y Dios dispone.

R. E. – *Número* 184. – 9 *de Abril.* – 1834.

VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES.

por don José Quintana, tomo 3.º – *Don Alvaro de Luna, condestable de Castilla, y fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa y protector de los indios.*

Triste es por cierto considerar que donde son tan pocas las obras que pueden llamar fundadamente la atencion de los literatos, se atraviesen aun los acontecimientos y las circunstancias á estorbar ó retardar la publicacion de tal cual libro científico, luminoso ó bien escrito. La obra que anunciamos fue comenzada ha muchos años por el señor don Manuel José Quintana, poeta y literato bien conocido y apreciado entre nosotros bajo un plan perfectamente concebido, y que llevado á cabo con la diligencia que el señor Quintana se prometia emplear en ella, hubiera dado gloria á su autor y lustre á su patria.

Desgraciadamente, los tristes acontecimientos y las revueltas políticas que vinieron poco despues de la publicacion de las cinco primeras vidas á conmover violentamente nuestra patria, y que envolvieron en su torbellino al autor, fueron causa de que se suspendiese este importante trabajo. Restituido á sus hogares, como él mismo dice en el prólogo de este su tercer tomo, lo primero á que atendió fue á revisar los estudios que en esta parte tenia hechos, y poner en orden

los mas adelantados para su publicacion. Fruto de estas tareas contínuas fueron las dos vidas de Vasco Nuñez de Balboa y de Francisco Pizarro, que se dieron á luz en el año de 30, y las dos que ahora publica de don Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas.

No es esta ocasion de hablar ni del primer tomo, ni del segundo de esta obra, que ya en distintas ocasiones han sido juzgados y apreciados justamente por los periódicos y por el público. La diversidad de épocas, empero, en que se han publicado los tomos de las vidas célebres, han debido dar un carácter particular á cada uno, ora por la influencia que ejercen siempre en el escritor las circunstancias que le rodean, ora por el sello que las diversas edades del autor no han podido menos de imprimir á trabajos interrumpidos por muchos lustros. Nótase consiguientemente en las primeras vidas, para servirnos de una espresion del mismo poeta que analizamos, el *hervir vividor* de la juventud, el entusiasmo, el encanto, el color de heroismo con que suele complacerse la primera edad del hombre en revestir todos los objetos que se presentan á su vista. La materia de ellas contribuía tambien en verdad á prestar una tinta mas poética á aquellos hombres cuya historia, perdiéndose en la oscuridad de los tiempos remotos, se clasifica naturalmente entre las tradiciones fabulosas que presiden á la formacion de las sociedades. Por el contrario, conforme se acerca la historia á los tiempos modernos, la multiplicidad de datos que se acumulan en comprobacion ó contradiccion de los hechos, y la mayor importancia que natural-

mente damos á los que por mas recientes se enlazan con los nuestros, ó han podido tener influencia en ellos, atan al historiador y tórnanle mas circunspecto, dejando á la par menos libertad á su imaginacion para campear libre y osadamente. Asi que, en el primer tomo leemos continuamente al poeta. En el segundo, y aun mas en el tercero, leemos al historiador, si menos galano, mas filósofo. Vamos al hombre que ha pasado por el tamiz de las revoluciones, que ha sufrido, que ha aprendido á conocer á los hombres. El primer tomo descubre en todas sus páginas la espresion noble y generosa de una alma jóven y poética, que no ve mas allá de la esterioridad aparente en las acciones. El tercero respira la amargura del desengaño, la triste verdad de la esperiencia. Las dos vidas que encierra este tomo ofrecian á su cronista mas que medianas dificultades, que ni ha desconocido, ni le han arredrado. Don Alvaro de Luna, juguete de los caprichos de la fortuna, víctima de su propia elevacion, y escarmiento de favoritos, es uno de los hombres que mas celebridad han obtenido en nuestra patria; de esa celebridad empero estéril, hija de una existencia tan improductiva como ruidosa. Triste es reflexionar que entre los muchos hombres que han inmortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia, es contado el número de los que han influido en su prosperidad. De aqui ha nacido sin duda que la nacion ha permanecido estancada, cuando sus hijos adelantaban su fama particularmente. Harto débiles para sobreponerse á su siglo y á su pais, en vez de prestarles su influencia, la han recibi-

do de ellos: han sucumbido á las circunstancias que los han rodeado, casi siempre, en vez de dominarlas. Considerados políticamente nuestros grandes hombres, han sido bien pequeños. En este número no puede menos de colocarse el condestable; su paso, semejante al de la tempestad, fue ruidoso, sí, pero nada fecundo. La reflexion política que parece deducirse de la narracion de la vida del condestable, es aquella que cita el mismo autor del Cronista Perez de Guzman, y en que nos asegura abundar gustosísimo: *La mi gruesa é material opinion es esta: que ni buenos temporales, ni salud son tan provechosos é necesarios al Reyno como justo é discreto Rey.*

Fray Bartolomé de las Casas, este hombre tan estraordinario, por las opiniones que osó, casi temerariamente, adoptar en unos tiempos en que creían sus compatriotas que el Hacedor supremo habia hecho á la raza india para uso particular de la Europa; y que no dudó en ver hombres donde solo veían siervos los demas; tan locamente encomiado por los estraños, como injustamente vilipendiado por los propios, es el objeto de la segunda parte del tercer tomo. La vida de fray Bartolomé pertenece mas bien á la humanidad entera que á la España sola. Las Casas no fue un hombre de un talento superior: fue sí un hombre estraordinario por su fanatismo filantrópico, digámoslo asi. Este es el juicio que de la lectura de su vida resulta. Arrebatado en sus opiniones esclusivas, si bien justas, su exaltacion inutilizó y malogró casi siempre la pureza de sus intenciones. No bastan estas empero para constituir grande al hombre: es preciso saberlas

llevar á cabo y hacerlas triunfar. Dirásenos que la fortuna pudo influir en el mal éxito de los afanes de las Casas: esta es una vulgaridad que nunca entenderemos: el hombre superior hace la fortuna: conocedor de las circunstancias que se oponen al logro de sus planes, las esquiva ó las dirige, y las domina. El que sucumbe á ellas es el hombre vulgar; por mas que haya vencimientos mas gloriosos que la misma victoria, nunca será grande el guerrero constantemente vencido. Todo el mérito, pues, que á las Casas podemos conceder es el de haberse adelantado á su siglo en la manera de considerar á los indios, el de un teson á prueba de todo desaire, el de un celo ejemplar, y el de haber tenido alguna influencia, si bien indirectísima é imperceptible casi, en mejorar la existencia de algunas tribus americanas. = El señor Quintana ha respondido victoriosamente en su prólogo á la acusacion que se le podia hacer de poco afecto al honor de su pais, cuando adopta tan francamente los sentimientos y principios del protector de los indios. "¿Se negará uno, dice en su prólogo, á las impresiones que recibe, y repelerá el fallo que dictan la humanidad y la justicia por no comprometer lo que se llama el honor de su pais? Pero el honor de un pais consiste en las acciones verdaderamente grandes, nobles y virtuosas de sus habitantes: no en dorar con justificaciones ó disculpas insuficientes las que ya por desgracia llevan en sí mismas el sello de inicuas é inhumanas." Si la noble independencia del señor Quintana, con la cual nosotros simpatizamos, hubiera menester defensa, ¿qué podriamos añadir á tan

enérgicos renglones? El escritor no es el hombre de una nacion: el filósofo pertenece á todos los paises: á sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios: la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

El señor Quintana, al continuar las vidas de los españoles célebres, hace un servicio señalado á su patria, á la literatura. Su narracion clara y elegante, su estilo conciso y fluido, su lenguaje castizo y correcto pueden presentarse en este género como modelos: y el criterio y la imparcialidad del historiador dan á su obra un lenguaje distinguido entre esta clase de libros. Es de desear que este Plutarco español continúe una obra, que redunda tanto en honor de su pluma, como en gloria de nuestra patria.

R. E. – *Número* 188. – 14 *de Abril.* – 1834.

REPRESENTACION

DE LA NIÑA EN CASA

Y LA MADRE EN LA MÁSCARA:

COMEDIA ORIGINAL

DE D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Uno es el objeto del poeta cómico: la correccion del vicio que se propone por asunto de su obra. Los medios que pueden conducirle á su único fin son, en nuestro entender, diversos, porque no creemos en la esclusion de género alguno. Si la ironía ó la parodia de las situaciones de la vida y de las manías del hombre le presentan el cuadro de su error y le conducen, avergonzándole de sí mismo, al convencimiento y la correccion, tambien la pintura fiel de las desgracias á que pueden arrastrarle sus vicios le llevan, moviendo su corazon, al mismo resultado. Moliere, jugando locamente con los estravíos, y presentándonos el lado ridículo de nuestras preocupaciones, puede haber corregido á los mas pundonorosos. Kotzebue, desarrollando á nuestra vista las circunstancias de las pasiones, y arrancando lágrimas al corazon, puede haber corregido á los mas sensibles. Si Reguard puede haber hecho son-

rojarse á un jugador, Ducange puede haberle hecho arrepentirse. Para esto basta con que el poeta (adopte el camino que quiera) presente siempre la verdad y no transija en punto con la inverosimilitud. Este principio general, que dicta la misma naturaleza, y que, sancionado por el simple sentido comun, mal puede ser recusado ni aun por el clásico mas rígido, parece haber sido reconocido hace ya tiempo por los poetas modernos; muchos de ellos le han llevado hasta un punto tal, que no han vacilado en adoptar á un tiempo ambos caminos: refundiendo en uno los dos géneros encontrados, dirigieron contra el vicio moral que se proponian corregir todos los recursos del arte. El primero que entre nosotros ha dado el ejemplo de esta novedad dramática ha sido el mismo Moratin, en quien encontramos esta diferencia esencial, si le comparamos con Moliere como creemos haber dicho ya en otra ocasion. En la comedia nueva aquel poeta no se contenta con hacer ver á los espectadores cuán ridículo es un don Eleuterio, sino que escarmienta crudamente á su protagonista, como desconfiando de que bastase el ridículo á corregirlo. En el *Viejo y la Niña* no se satisface con escarnecer la manía de un viejo que se cree capaz de hacer por fuerza la felicidad de una jóven: ésle necesario cebarse ademas en la desdicha de esta víctima inocente. En el *Si de las Niñas*, al paso que libra á la pública diversion el error de una madre que profesa á su hija un amor mal entendido, mueve el corazon con los lamentos de doña Paquita, y se complace en ponerla á dos dedos del precipicio, por si, no bas-

tando á las madres imprudentes la representacion de su ridiculez, han menester ademas que se les descorra el velo del funesto porvenir que preparan á sus hijas, violentadas por su indiscreto cariño. Entre los dramáticos que han sucedido á Moratin, con mas ó menos fortuna, unos han seguido la escuela de Moliere, otros la de Moratin. En la comedia que da motivo á este artículo, ha probado el señor Martinez de la Rosa, como ya se traslucía en otras obras suyas, que no es la *vis cómica* del primero su mérito principal. Los escritos de este autor descubren en él, por lo general, un fondo de sensibilidad que debia hacerle adoptar este género, que de buena gana llamariamos misto, si nos creyésemos con derecho y autoridad para poner nombres á las cosas. Admitida esta observacion, ¿cuál era el vicio ó el estravío que se proponia combatir el poeta cómico en *La Niña en casa y la Madre en la máscara*? No era una pasion en general, uno de esos vicios que tienen un nombre y un carácter circunscrito, y que suelen ser el mejor asunto de la comedia. El objeto es convencer á las madres locas, á las viejas verdes, del riesgo á que esponen á sus hijas cuando descuidan su educacion por el torbellino del mundo, de que no bastan á hacerlas prescindir ni su edad, ni su responsabilidad doméstica y social. Objeto era este profundamente moral. El refinamiento de la cultura y sociabilidad moderna no escluyen del mundo edad ni circunstancia alguna; pero si el mundo no arroja de sí á las madres, si no las encierra en sus casas, la moral y el interes de sus familias ponen ciertos cotos á

su disipacion. Para lograr su fin y presentarnos el cuadro del escarmiento, ya que no habia adoptado de todo punto el arma del ridículo, debia pintar á una niña inocente y candorosa: porque esta era la única á quien podia traer funestas consecuencias el abandono de su madre, y esas consecuencias del tal abandono debian ser tales que la misma madre se avergonzase de ellas y llorase lágrimas amargas de arrepentimiento. Esto es justamente lo que ha hecho el señor don Francisco Martinez de la Rosa: de suerte que fuera injusticia negarle que su plan está bien concebido. Teodoro, jóven de perdidas costumbres, solicita á un tiempo á la madre y á la hija: esto tiene la doble ventaja de probar, que cuando una niña sin esperiencia se halla sola en el mundo, es mas facil que haga una eleccion poco acertada, y de hacer ver á la madre que una vieja loca nunca puede ser sinceramente querida. Hasta aqui solo encontramos que admirar en la niña en casa. No nos sucede lo mismo con respecto á los personages accesorios del tio y de don Luis. El primero es uno de esos personages que, sin estar precisamente demas en el argumento, estan sin embargo poco enlazados con él: asi es, que en el tio no hay accion, no hay movimiento. De estos viejos, echados como un libro en una comedia para presentar el contraste, no con su carácter, sino con sus máximas, tiene Moratin algunos. Nosotros entendemos que la moral de una comedia no la ha de poner el autor en boca de este ó de aquel personage: ha de resultar entera de la misma accion, y la ha de deducir forzosa é insensiblemente el espectador

del propio desenlace. El tio no sirve en *La Niña en casa* sino para hacer la esposicion, que en este supuesto, resulta no ser muy ingeniosa ni muy nueva, y para el desenlace, que tambien en rigor pudiera haberse llevado á cabo sin él. Si es episódico el tio por no tener gran parte en la accion de la comedia, ¿qué diremos de don Luis? De este sentimos, no solo que está poco enlazado con el argumento, sino que está completamente demas, y que perjudica para el desenlace sobre todo. Es inútil, porque nada hace sino precisamente lo que no debiera ni pudiera hacer nadie. Es inverosimil que este hombre, testigo de la pasion de Inés, esté siempre dispuesto á tomarla por esposa. Con respecto al argumento, solo una observacion nos queda que hacer.

Es lástima por cierto que el señor Martinez de la Rosa, que maneja el amor y el sentimiento en toda la comedia con tal tino, que sorprende á la naturaleza y hace suyos los secretos de ella, suponga á Inés, que nos pinta tan jóven, tan inesperta, tan apasionada, desimpresionada solo porque encuentra á su amante en su casa. Esto á sus ojos, no teniendo otros antecedentes de su carácter, no puede ser nunca mas que una falta suficientemente disculpada por el amor. Era preciso que para desengañarse, Inés tuviese pruebas de la bajeza de Teodoro, que supiese de él lo que sabe el tio, y que se le hiciese conocer su doble y baja conducta. Y aun en este caso, si podia renunciar á él, no por eso podria tolerar siquiera en el momento del desengaño la perspectiva de otro hombre y otra boda. Ese mismo

escarmiento del hombre en quien mas habia confiado, debia llevarla á desconfiar doblemente de los otros que le hubiesen sido indiferentes. Esta es la naturaleza; por otra parte no era el objeto de la comedia casar á la niña, sino corregir á la madre; de suerte que desde el momento en que esta se desengaña queda concluida la comedia: *qui ne sait se borner, ne sut jamais écrire*, ha dicho un famoso crítico. Sin que queramos hacer una aplicacion exacta de este axioma al señor Martinez, confesamos que es sensible que se haya dejado llevar de la antigua tradicion de que han de acabar con boda todas las comedias.

La misma inculpacion pudiera hacerse con respecto á alguna escena harto prolongada: las pasiones tienen un límite, una espresion última, despues de la cual nada se puede escribir que no sea para descender. Por ejemplo, despues de haberse arrojado Inés á los pies de su amante, despues de hacerle locamente dueño de su albedrío, ¿qué les quedaba que hacer? ¿qué les quedaba que decir? aquella escena pudiera haberse cortado alli en obsequio del mayor efecto. En el desenlace se olvida el poeta de que tiene esperando á la puerta á la madre, y prolonga igualmente demasiado la escena del descubrimiento del amante y del desmayo de Inés.

Sensible nos es haber de encontrar defectos; pero en primer lugar es sabido que el crítico no puede dejarse alucinar como el espectador por las impresiones fugitivas: su deber es escudriñar; su primera obligacion la imparcialidad. En segundo lugar, si en esto puede haber algun riesgo para el escritor, no será seguramente cuan-

do recae en un hombre del talento y el buen juicio del señor Martinez. Solo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la desprecia cuando es injusta ó parcial, caso de que nos parece estar muy distantes; y sabe darle su valor, y aun apreciarle, cuando es sincera, noble y de buena fé.

Despues de esta breve indicacion de los lunares que, á nuestro modo de entender, oscurecen el mérito de *La Niña en casa*, y que apuntamos con harta desconfianza de nosotros mismos, entraremos con mas placer á encomiar lo mucho que en ella encontramos superior. El carácter de la madre es escelente y sostenido: el de Inés es delicado, tierno, profundo; está tocado con una maestría encantadora: el de Teodoro era el mas facil de escribir, y sin embargo, nosotros nos contentáramos con que el actor encargado de él le hubiese representado con igual tino que el autor le ha escrito. Los medios de seduccion empleados por el criado de Teodoro, y sobre todo, por la criada de Inés, son un modelo en su género. Del lenguaje nada diremos, porque el elogiarle como un mérito estraordinario en el señor Martinez, sería suponer que podia no haber sido escelente: esto sería hacer una ofensa á este poeta, uno de nuestros mejores hablistas, delante de quien hablaremos y escribiremos siempre, en este particular, con respeto y con envidia. La versificacion dificilmente pudiera ser mejor, y el diálogo, generalmente animado y cómico, está salpicado de chistes del mejor gusto. Presiden á él siempre la cultura y

el conocimiento de la fina sociedad. En toda la comedia se descubre al filósofo, al poeta cómico, al conocedor del hombre, en fin, á quien pocos pueden igualar en ese tino con que se apodera del corazon y le conmueve con una palabra sola á veces, con un solo ¡ay! El público, al aplaudir esta comedia, no hace mas que tributar una justicia de que ya habia dado pruebas en otras ocasiones.

TAYLOR INST. OXFORD

R. E. – *Número* 197. – 24 *de Abril.* – 1834.

ESPAGNE POETIQUE.

Choix de poésies castillanes depuis Charles-Quint, jusqu' à nos jours, mises en vers français; avec une dissertation comparée sur la langue et la versification espagnoles, une introduction en vers et des articles typografiques, historiques et litteraires. Por don Juan María Maury: Ouvrage orné de plusieurs portraits.

Hubo un tiempo feliz para nuestra patria, en que supo en armas, en política, en letras, dar la ley al mundo. Cuando es llegada para una nacion la hora de la gloria, parece que se complace el cielo en acumular lauros de todas especies sobre su generosa frente. Tocóle á la España esta época, y sublimóse á un grado de esplendor que ya dificilmente alcanzará ni ella ni pueblo alguno. En un mismo siglo espulsaba heróicamente de su profanado suelo los restos de la opresion dominadora que, por espacio de ocho largos siglos, la avasallara, y hacia ondear el estandarte de la cruz sobre las mezquitas de la media luna: estendia el poder de sus armas victoriosas por gran parte de la Europa: no contenta con tremolar el pabellon español en las tres partes del mundo conocido, vínole éste estrecho á su gloria, y lanzóse al vago inmenso del

Océano, buscando mundos nuevos que conquistar. Roma, Méjico, Lepanto inclinaron sucesivamente la cerviz humillada bajo su poderoso cetro: no le bastaba tampoco el dominio de la fuerza; no le satisfacia que el sol no se pusiese nunca en sus dilatados términos; era preciso que el ingenio español desplegase tambien su poderío, y concluyese la conquista de las armas. A la sombra de los ganados laureles nacieron y crecieron hombres que previnieron é inutilizaron para la patria los posibles rigores del olvido. Lope y Calderon no fueron efectivamente nuestras glorias menores. Si, cuando circunstancias de doloroso recuerdo hicieron degenerar despues á la España, quedaron sus grandes hechos consignados en la historia, para servir de eterna reconvencion á las degradadas generaciones posteriores, los escritos de nuestros grandes hombres permanecieron como blanco perpetuo de envidia para los que despues de ellos habian de venir.

Olvidada luego la antigua influencia nuestra, levantadas otras naciones á ocupar el puesto privilegiado que vergonzosamente les cediamos en el rango de los pueblos, la literatura no podia menos de resentirse de nuestra decadencia política y militar: callaron los cisnes de España: una nacion vecina, de quien atinadamente dice el señor Maury: "*Le gout naquit français*," creó una literatura nueva, que debia adolecer sin embargo de la influencia regularizadora, acompasada, filosófica del siglo en que aquella prosperaba. Millares de preceptistas creyeron leer en Horacio lo que nunca acaso habia pensado decir: Shakespeare y Lope fueron sacrificados en las

aras de la nueva escuela, y el gusto se asentó sobre las ruinas del genio: el corto número de sus apasionados hubo de contentarse con admirarlos en silencio: nadie osó alabarlos sin rubor. Entronizada la nueva escuela, que nada debia en verdad á la España, ésta debia quedar borrada del mundo literario, y un célebre crítico pudo decir de ella impunemente: *un rimeur sans péril delá des Pyrenées &c.*, y llamarla bárbara, sin que nadie se atreviese á sospechar que se podria volver por ella algun dia victoriosamente. Las épocas y los gustos se succeden sin embargo rápidamente, y el hombre debia volver á conocer que no habia nacido solo para un mundo de amarga y disecada realidad: escritores osados intentaron sacudir el yugo impuesto por los preceptistas: el mundo debia encontrar al fin, en política como en literatura, la libertad para que nació: la literatura española debia surgir desde este momento y aparecer mas radiante que nunca, como un inmenso fanal oscurecido largo tiempo por una espesa niebla. Los alemanes fueron los primeros que desenterraron nuestras bellezas, y Calderon vino á serles un objeto de culto. Habia falta sin embargo todavía de una obra que hiciese conocer á la nacion esclusiva, que los españoles son hombres tambien y poetas. Tan grande empresa debia arredrar al mas osado. No bastaba decir: "*aprendan ustedes á leer el castellano*:" esto hubiera sido acaso reproducir la Casandra de Troya, y era preciso decir: "*aprendan ustedes en francés á leer el castellano.*" Don Juan María Maury, nuestro compatriota, tomó sobre sí la arrojada empresa de convencer

al sordo que se negaba á oir, y si es cierto que *in magnis audisse sat est*, la idea sola del señor Maury constituye el mayor elogio de su obra.

Esta idea llevaba empero en sí misma un escollo inevitable: la índole de la lengua y de la poesía francesa, tan opuesta á la española, debia ser un obstáculo invencible. El intentar la perfeccion hubiera, pues, sido desatino: en acercarse á ella estaba la victoria; admitido este principio, creemos que la ha alcanzado muchas veces el señor Maury. El plan de su obra es el mas á propósito para el objeto que se propone: la coleccion de poesías escogidas hubiera sido incompleta sin una reseña histórica de nuestra literatura; este vacío ha tratado de llenar su introduccion. Convenimos con el *Monitor francés* que al analizar la España poética siente que el autor se haya dejado llevar de su inclinacion, y aun de tal cual parte de amor propio al escribirla en verso: amor propio disculpable en un español que ha podido desplegar tales fuerzas en el dificil empeño de poetizar en una lengua estraña. Este plan envuelve el inconveniente que abraza el punto mismo: una historia de literatura llena de fechas y nombres propios es argumento harto estéril para las musas: al quererlo tratar poéticamente le ha sido forzoso al autor embarazar su lectura con notas históricas, si bien importantes, prolijas, y á veces minuciosas. Una disculpa encontramos con todo á su introduccion poética. Acaso necesitaba el autor captarse la benevolencia de sus lectores creando en ellos hácia él una prevencion favorable de su suficiencia. Si tal fue su objeto, hále conseguido sobradamente. Las noticias

biográficas de nuestros poetas era otro punto importante que no podia olvidarse en semejante trabajo.

Con respecto al desempeño de la obra en general, varios críticos franceses se apresuraron á admitir en la literatura francesa al señor Maury, que se habia adquirido indudablemente no pocos títulos, á ocupar en ella un lugar distinguido.

"La espresion de don Juan Maury, dijo un periódico francés haciendo el juicio de esta obra siempre elegante, anuncia un estudio profundo de la lengua francesa." Tacháronle otros de una concision harto incorrecta, de licencias inútiles, y de haber españolizado demasiado la poesía francesa. Esto, á nuestro entender, sobre ser lo mas atrevido que ha podido hacer, nos parece un bien hecho á la lengua francesa, harto poco libre y desembarazada; y esta verdad la han confirmado escritores modernos de aquel pais, que despues del señor Maury han roto las antiguas cadenas de la sintáxis francesa. Despues de haber leido *Nôtre Dame de Paris*, obra que ha hecho indudablemente una revolucion en la lengua del Sena, la inculpacion hecha á Maury cae por sí sola.

Mas fundado nos parece el reproche que se le ha hecho de poca fidelidad al testo que traduce; abrevia y suprime á veces con notable perjuicio del original: ejemplo de esto puede ser la égloga de Garcilaso, *Salicio y Nemoroso*; otras amplifica, desliendo un pensamiento enérgico en mas versos franceses de los necesarios. Puédele obligar á lo primero el miedo de verter al fran-

cés ideas propiamente españolas, cuya osada energía no consiente la índole de la poesía francesa, y en el segundo, la precision de rimar y redondear los pensamientos en una poesía que apenas admite *les enjambements*. Hay en cambio traducciones bellísimas, y en algunas creemos que ha mejorado el original. Ejemplo de las primeras puede ser la fábula de *El caballo y la ardilla* de Iriarte. Lo mismo puede decirse de la oda *A las estrellas* de Melendez, de la *Rosa* de Rioja &c.

Interminable empeño sería el de presentar en un artículo de periódico, acaso ya demasiado largo, los muchos trozos que pueden servir de modelo á traductores, y en que ha sabido vencer el señor Maury la inmensa dificultad que le oponian la diversidad de índoles de las lenguas, de poesías, de giros, de locuciones &c. Contentémonos con que haya dado una idea ventajosa, si á veces incompleta, de nuestros poetas á los estrangeros, y reconozcamos francamente en honor de Maury que los mas de los defectos no son culpa del autor, y que las mas de las bellezas son propias suyas.

Garcilaso, Santa Teresa, Luis de Leon, Herrera, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, los Argensolas, Quevedo, Rioja, Villegas, Luzan, Cadalso, Iriarte, Melendez, Iglesias, Noroña, Cienfuegos, Moratin, Quintana y Arriaza son los poetas que el autor ha puesto á contribucion para formar esta coleccion escogida: no ha olvidado por eso que poseemos una inmensa riqueza literaria de autores desconocidos, en nuestros romanceros sobre todo: al coger de ellos los mejo-

res y mas afamados, ha creido deber dar una idea de este género puramente español, en que se hallan consignados los hechos principales de nuestra historia, y que es el verdadero depósito de la tradicion fabulosa é histórica de nuestros tiempos primitivos.

Alguna reconvencion pudiera hacerse al señor Maury acerca de la eleccion de algunas piezas; pero es dificil desnudarse de toda prevencion y parcialidad amistosa, sobre todo cuando ha de hablarse de poetas contemporáneos: desde la dedicatoria se observa una predileccion, que no llamaremos precisamente injusta, hácia las poesías del señor Arriaza; pero con la cual no convenimos del todo, sin que esto sea negar el sello de picante originalidad y de estro poético que casi siempre caracterizan á este escritor.

Generalmente hallamos mejor traducido el género heróico y el de las fábulas. Quevedo, por ejemplo, era intraducible, y el señor Maury en una sola composicion jocosa que de él escoge, lo ha probado. No habiéndole traducido él victoriosamente, creemos que puede cualquiera renunciar á este empeño. Rioja, Quintana, y los romances, son los que han encontrado mas simpatías en la índole de la lengua francesa: la tendencia filosófica de los primeros, y el vigor varonil y sabor anticuado de los segundos, pueden haber contribuido á esto.

Mucho sentimos no poder citar largamente los elogios que diversos periódicos franceses tributaron á la *España poética* á la sazon de su publicacion.

"Si don Juan Maury, dijo uno de ellos, es

español de nacimiento, diríasele francés por el talento con que escribe la lengua de Racine, ora en prosa, ora en verso, y cosmopolita por lo bien que sabe apreciar todas las lenguas de Europa." Nosotros diremos mas. Don Juan Maury ha sabido hacerse con dos patrias: ha conquistado con su *España poética* su naturalizacion en la literatura francesa: no sabemos cuál le debe mas, si esta que ha enriquecido con una noticia que no podia sin vergüenza ignorar, ó la española, cuyo mérito ha sabido hacer valer entre los estrangeros.

Sabemos que el señor Maury piensa en introducir y poner en venta en su patria esta obra impresa en París, que solo conocen hasta la presente los mas afectos á la literatura: deseamos ardientemente que la aprobacion de nuestros compatriotas confirme nuestro débil juicio y dé realce al voto que en su favor han emitido los diarios estrangeros. Entre tanto no podemos menos, como españoles, de felicitar al señor Maury por su importante trabajo y su acertado desempeño en general. Y la literatura española que habia tenido un intérprete para los italianos en Conti, y para los ingleses en la Antologia española de Mr. Wiffen y en el informe de lord Holland sobre Lope de Vega, debe igual servicio con respecto á los franceses al señor Maury. Sería, pues, imperdonable ingratitud en nosotros criticar con mas rigorosa severidad una obra á quien tanto debemos por todos respetos los literatos celosos de la gloria de las letras españolas.

R. E. – *Número* 198. – 25 *de Abril.* – 1834.

REPESENTACION

DE

LA CONJURACION DE VENECIA,

AÑO 1310:

drama histórico en cinco actos y en prosa de don Francisco Martinez de la Rosa.

No necesitamos remontarnos al origen del teatro para combatir la vana preocupacion de los preceptistas que han querido reducir á la tragedia, propiamente llamada asi, y á la comedia de costumbres ó de carácter el arte dramático. La razon natural puede guiarnos mejor. Con respecto á la comedia, sea en buen hora el espejo de la vida, la fiel representacion de los estravíos, de los vicios ridículos del hombre. Pero con respecto á todo lo que no es comedia, examinemos un momento cuál puede ser el objeto del teatro. En todos los pueblos conocidos debe éste su origen al orgullo nacional, que podriamos llamar el amor propio de los pueblos. La vida de sus antiguos héroes, y el recuerdo de sus hazañas, fue en Grecia el primer objeto del teatro. En un pueblo constituido como el griego, que se suponia hijo de dioses y semidioses, los primeros

dramas debieron participar de esta grandeza y sublimidad á que debian su origen. No eran los hombres, ni sus pasiones, ni los sucesos hijos de ellas, los representados: eran acciones sobrenaturales las que formaban el argumento; y el cielo y la fatalidad eran su máquina principal. ¿Qué mucho, pues, que los preceptistas, que de aquellos modolos deducian las reglas, fijasen para este género, no pudiendo concebir otro, la precisa condicion de que no hablasen en la tragedia sino héroes y príncipes casi divinos, y de que hablasen en aquel lenguaje, que solo á ellos podia convenir? Entiéndese esto facilmente. Pero, cuando destruidas las antiguas creencias, no se pudo ver en los reyes sino hombres entronizados, y no dioses caidos, no se comprende cómo pudo subsistir la tragedia heróica aristotélica. Para los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulacion literaria del poder. Por otra parte, ¿son por ventura los reyes y los príncipes los únicos capaces de pasiones? No solo es este un error, sino que limitando á tan corto círculo el dominio de la representacion teatral, frústrase su objeto principal. Los hombres no se afectan generalmente sino por simpatías: mal puede, pues, aprovechar el ejemplo y el escarmiento de la representacion el espectador que no puede suponerse nunca en las mismas circunstancias que el héroe de una tragedia. Estas verdades generalmente sentidas, sino confesadas, debieron dar lugar á un género nuevo para los preceptistas rutineros; pero que es en realidad el único género que está en la naturaleza. La historia debió ser la mina beneficiable para

los poetas, y debió nacer forzosamente el drama histórico. Nuestros poetas, que no sufrieron mas inspiraciones que las de su genio independiente, no hicieron mas que dos clases de dramas: ó comedias de costumbres y carácter, como el *Embustero* de Alarcon, y el *Desden* de Lope y Moreto, ó dramas históricos, como el *Rico hombre* y el *García*. A este género, fiel representacion de la vida, en que se hallan mezclados como en el mundo reyes y vasallos, grandes y pequeños, intereses públicos y privados, pertenece la *Conjuracion de Venecia*. Todo lo mas á que está obligado el poeta, es á hacer hablar á cada uno, segun su esfera, el lenguaje que le es propio, y resultará indudablemente doble efecto de esta natural variedad; tanto mas, cuanto que el lenguaje del corazon es el mismo en las clases todas, y que las pasiones igualan á los hombres que su posicion aparta y diversifica.

Venecia, ese fenómeno en política, esa escepcion rarísima entre los gobiernos, esa ciudad prodigiosa hasta en su existencia y construccion, que esclavizó por tantos años los mares, y que fue la primera esclava de sí misma, presenta un campo de larga y fecunda recoleccion para el historiador y el poeta. El imperio del terrorismo, por tantos años triunfante contra todas las leyes de la naturaleza, ofrece argumentos repetidos de singular efecto teatral, y el autor al escoger la célebre conjuracion de 1310, no hace sino dar una prueba del tino que le distingue. El gobierno aristocrático de Venecia, reducido á un corto número de familias patricias, debia dar lugar á conjuraciones contínuas: el pueblo oprimido no

podia menos de aspirar á reconquistar sus derechos usurpados; y el recelo y la desconfianza, inseparables compañeros de la injusticia y la tiranía, debian hacer cruel al poder. De aqui el atroz sistema inquisitorial, que ahogaba en el patíbulo, segun la espresion del señor Martinez, las mismas quejas. Razones de alta política impelieron al embajador de Génova á proteger aquella famosa conspiracion. Abrese la escena en su casa, donde se reunen los principales conjurados á convenir en los medios de derribar la tiranía oligárquica de Venecia, durante su famoso carnaval; la libertad y confusion de esta temporada de alegría y festividad parecen prestarse á las ocultas maquinaciones de los conjurados. El primer acto, pues, no es mas que la esposicion del drama, y en él se deja traslucir ya que ha de ser el protagonista el jóven Rugiero, huérfano, de padres y patria desconocidos, pero veneciano por posicion y afecto. En el segundo acto aparece el panteon de la familia Morosini, á cuya cabeza se hallan dos hermanos, Pedro, primer presidente del tribunal de los diez, y Juan, senador. Pedro conversa con sus espías acerca de una conjuracion que sabe trámarse contra la república, y Rugiero es uno de los conjurados acechados. Un rumor estraño interrumpe su conversacion; ocúltase, y sobreviene la jóven Laura, hija del senador Morosini: casada en secreto con Rugiero, viene á esperarle al panteon, donde le ve sigilosamente por tercera vez: en esta escena, Rugiero confia parte de la conjuracion á su amada; uno de los espías apaga la lámpara que los ilumina, y en medio de la oscuridad se apode-

ran los satélites del tribunal del jóven conjurado, cayendo privada de sentido la infeliz esposa. Laura se halla trasladada á su habitacion á principios del tercer acto sin saber por qué medio: dudosa de la suerte de su esposo, determina confiar el fatal secreto de su boda á Morosini en una escena llena de sentimiento y de interes: el cariñoso padre, despues de perdonar su estravío, le promete emplear su favor en salvar á Rugiero, proyecto que pone por obra con su implacable hermano, del cual solo consigue esta atroz respuesta: — *Dime solo una cosa*, pregunta Juan Morosini, *¿vive Rugiero? — Vive. — ¡Gracias á Dios! — ¡Pero no lo digas á tu hija! — ¿Por qué? — Porque tendria que llorarle dos veces.*

La plaza de San Marcos, centro de la pública diversion del carnaval, es el lugar de la escena del cuarto acto. Vénse varios conjurados disfrazados y repartidos entre la multitud, que esperan el momento de las doce. Nada mas ingenioso, ni mas dramático, que un acto entero transcurrido en la descripcion de la algazara del carnaval, cuando espera el espectador entre angustias mortales ver estallar de un momento á otro la revolucion y la muerte entre la misma alegría indolente y confiada de un pueblo enloquecido. Suenan las doce, y al grito de *Venecia y libertad*, grito que encontró grandes simpatías en nuestro público, estalla la conjuracion, lucen los aceros, y suceden gritos de muerte á los cantos de regocijo. La república ha tomado sin embargo medidas preventivas: Rugiero preso, no ha podido acudir con sus tropas, y triunfa el gobierno. *¡Al tribunal, al tribunal los que es-*

capen con vida! clama ferozmente el presidente Morosini, triunfante en la plaza de San Marcos y tendidos ya á sus pies, muertos ó heridos, varios conjurados.

El tribunal de los diez, juzgando á los reos, se presenta en el quinto acto. Tómanse declaraciones; Laura es interrogada, pero su razon está perturbada, y solo pregunta por su esposo; Rugiero es juzgado; y en su interrogatorio reconoce en él el presidente Morosini, que ha de condenarle, á su hijo. Privado de sentido á tan atroz reconocimiento, retírasele del tribunal: es condenado Rugiero: en el momento de ir al patíbulo, Laura se arroja á su encuentro. *¡Ya estás aqui!* esclama: frenética alegría se pinta en su semblante; sepáranla sin embargo de su esposo, y la infeliz *¿dónde te llevan?* esclama. De allí á un momento ve la desdichada el patíbulo: entonces sabe qué es de su esposo. *¡Jesus mil veces!!* grita despavorida, cae exánime, y baja el telon á ocultar tan espantoso desenlace.

El plan está superiormente concebido; el interes no decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables: insistimos en llamarlos indispensables, porque esta es la perfeccion del arte. No basta que los sucesos hayan podido suceder de tal modo; es forzoao, para que el espectador no se distraiga un momento del peligro, que no hayan podido suceder de otro modo, sentadas las primeras condiciones del argumento. La esposicion hecha por medio del embajador de Génova, que dicta una nota á su gobierno, es nueva é ingeniosa, de puro natural. Una conjuracion con-

tra la tiranía creará siempre en el teatro el mayor interes, por lo mismo que es dificil preveer su éxito, y que éste se desea feliz. Supone el mayor conocimiento dramático el hacer declarar á Rugiero su conjuracion cuando es oido de sus enemigos y en los brazos de su amada: quisiera uno hacerle callar: es terrible arrojar una escena de amor entre sepulcros: un diálogo de vida en un sitio de muerte, y complicar la mas tierna pasion con los riesgos de una conjuracion; es sublime lanzar la prision entre dos amantes felices que se ven solos por tercera vez. ¿Por qué ha prolongado tanto el señor Martinez la escena de Laura y Rugiero? ¿Por qué pueden hablar una hora sintiendo tanto? El poeta que hace decir á una muger: "*¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero! Deja, déjame: ya las enjugaré con mi mano,*" debiera conocer todo el valor de una escena corta, cuando reina en ella la pasion. Bella es la escena de Laura y su padre, y mas bella sería á nuestros ojos si no adoleciera del mismo empeño de desleir demasiado las ideas tiernas. El sentimiento es una flor delicada: manosearla es marchitarla. Tambien nos parece que podria suprimirse el monólogo del padre al fin del tercer acto, ó al menos cortarse: ni le creemos necesario ni del mayor efecto.

Donde reconocemos el mayor mérito de la composicion es en la disposicion y contraste singulares del acto cuarto y del final del drama: acaso por esa misma razon no ha sido lo mas aplaudido: el terror hace enmudecer: las manos no pueden reunirse y golpear cuando han de acudir á los ojos. Por otra parte, ¿quién se acuer-

da en aquellos momentos de que es una comedia, de que todo es un artificio del poeta y los actores? Las escenas del interrogatorio son de aquellas que por tener bulto parecen satisfacer mas al público y llevarse la palma. Sin embargo, el crítico no puede mirarlas bajo este punto de vista. Siempre que un poeta represente en la escena á el opresor y á el oprimido, éste interesará facilmente; el mayor número del público le forman desgraciados, porque ¿quién puede jactarse de no serlo? Simpatizan con el infeliz, y cualquier respuesta enérgica de un reo inocente á un juez duro será aplaudida en el teatro; no es esta la principal habilidad del señor Martinez; el elogiarle lo que cualquiera puede hacer sería elogiarle torpemente. Su mérito está en ese conocimiento del corazon humano con que prepara los efectos, con que se introduce furtivamente en el pecho del espectador, con que le lleva de sentimiento delicado en sentimiento delicado á enmudecer y llorar. Hay sin embargo pasages que no se esperan y sorprenden en el interrogatorio de Maffei y Rugiero. Nada mas sublime que esas respuestas. *¿Y por qué nombraste á esos, y no á otros? – Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres. – De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.* Y aquel: – *Concededme esa gracia y os perdono*, de Rugiero.

En la respuesta de Juan Morosini. – *Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas á comprenderme;* y en la de Rugiero: – *De cierto es mi padre, cuando no logro ni al morir el consuelo de verle*, se reconoce al punto al poeta sensible que ha bebido en el cáliz de

la desgracia, y que concluía una elegía:

Yo aqui no tengo para ornar tu tumba
ni una flor que enviarte, que las flores
no nacen entre el hielo, y si naciesen
solo al tocarlas yo se marchitáran.

No acabaremos este juicio sin hacer una reflexion ventajosísima para el autor: esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiracion de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un Estatuto Real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneracion de España, y un drama lleno de mérito; y esto lo hemos visto todo en una semana: no sabemos si aun fuera de España se ha repetido esta circunstancia particular.

R. E. – *Número* 209. – 8 *de Mayo.* – 1834.

LAS PALABRAS.

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros asi: el hombre es un infeliz, por mas que digan: un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demas, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos esteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Vaumare, me dijesen qué animal, por animal que sea, habla y escucha. Hé aqui precisamente la razon de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista: y hé aqui precisamente la de su inferioridad, segun pienso yo, que tengo mas de natural que de naturalista. Presente usted á un leon devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al leon), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva, que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el mas lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar, y apártese usted algun tanto, no sea que si lo entiende, le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele á usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramen-

te que el gamo no espera á oir sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razon. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razon: á la simple vista huye el segundo del primero, y este es el orden, el único orden posible. Désele el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa: necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar: necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demas, á quienes creen que importan: el leon mas fuerte subirá á un árbol y convencerá á la mas débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrio, sino para obedecerle á él: y no será lo peor que el leon lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio: el noble bruto que dormia tranquilamente las veinte y cuatro horas del dia, se desvelará ante la fantasma de una distincion; y al hermano á quien solo mataba para comer, matarále despues por una cinta blanca ó encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambicion; el igual al igual por rivalidad; el pobre

al rico por miedo y por envidia: querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo ¡vive Dios!: éstos se dejarán degollar porque los mande uno solo, aficion que nunca he podido entender; aquellos querrán mandar á uno solo, lo cual no me parece gran triunfo: aqui querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente: alli serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna: allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusion! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusion, los animales como no tienen el uso de la razon ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices: no pueden engañar ni ser engañados: no creen ni son creidos.

El hombre por el contrario: el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no asi como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la muger, cree en la opinion, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. – Dígale usted que tiene talento. – *¡Cierto!* esclama en su interior.– Dígale usted que es el primer ser del universo.– *Seguro*, contesta. – Dígale usted que le quiere.– *Gracias*, responde, de buena fé. – ¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígale: *te llevo á la gloria*: irá. – ¿Quiere usted mandarle? dígale usted sencillamente: yo

debo mandarte. – *Es indudable*, contestará.

Hé aqui todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. "*El hambre*, *ó lobos*, decidles, *se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre...* – *Mentira*, gritarán los lobos... *al redil, al redil; el hambre se quita con cordero...* – *La hidra de la discordia, ó ciudadanos*, dice por el contrario un periódico á los hombres, *yace derribada con mano fuerte: el orden de hoy mas, será la base del edificio social: ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte: el iris de paz* (que no significa paz) *luce despues de la tormenta* (que no se ha acabado): *de hoy mas la legalidad* (que es la cuadratura del círculo) *será el fundamento del procomun... &c. &c.* ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia, justicia, procomun, horizonte, iris y legalidad?* Ved en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. – ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Facil felicidad! Despues de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con solo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los dias, como echaba Enéas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusion: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

R. E.—*Número* 236.—9 *de Junio.*—1834.

REPRESENTACION
DE NUMANCIA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

Hé aqui una de las cosas esceptuadas en el *reglamento para la censura de periódicos*, y de que se puede hablar, si se quiere, por supuesto. Ni un solo artículo en que se prohiba hablar de Numancia. No se puede hablar de otras cosas, es verdad; pero todo no se ha de hablar en un dia. Por hoy, que es lo que mas urge, ¿quién le impide á usted estarse hablando de Numancia hasta que se pueda hablar de otra cosa? Tanto mas ventilada quedará la cuestion. Dado siempre el supuesto de que no ha de haber *borrones*, *pena de dos mil reales;* las cosas limpias: el periódico ha de ser impenitente y pertinaz, sin enmienda como carlista ó pasaporte. Un artículo de periódico ha de salir bien de primera vez, que al fin no es ningun *reglamento de milicia*. Dado tambien el supuesto de que no se deje usted *nada en blanco*, pena de los dichos dos mil reales. No, sino andarse dando á leer al público papelitos en blanco. ¡Sabe nadie lo que se puede aprender en un papel blanco! ¡Dado el supuesto ademas de que ha de poder usted ser *elector*, porque al fin gran talento tendrá el que

no ha sabido hacerse una rentita de seis mil reales!

Abundando en todos estos supuestos, diremos que el teatro estaba casi lleno en su representacion. Parécenos que en decir esto no hay peligro. Igualmente llena estaba la tragedia de alusiones patrióticas. Mucho nos gusta á los españoles la libertad, en las comedias sobre todo. Innumerables fueron los aplausos; tan completa la ilusion, y tantas las repeticiones de *libertad*, que se olvidaba uno de que estaba en una tragedia. Casi parecia verdad. ¡Tanta es la magia del teatro! – Otra cosa que tampoco esceptúa el reglamento, es el señor Luna; de este se puede hablar, en cuanto á actor, atendido que el señor Luna ni es *cosa de religion*, *ni prerogativa del trono*, *ni Estatuto Real*, ni su representacion es *fundamental*, ni tiene fundamento alguno, ni perturba tranquilidad, ni infringe ley, ni desobedece á autoridad legítima, ni se *disfraza con alusiones*, sino con muy malos trages antiguos; ni es licencioso y contrario á costumbre alguna, buena, ni mala; ni es *libelo*, ni *infamatorio*, ni le coge por ningun lado ningun *ni* de cuantos *nies* en el reglamento se incluyen; ni menos es *soberano*, ni *gobierno estrangero*. Y á nosotros, sí nos atañe, por el contrario, no dejar este punto de nuestro papel en blanco, sopena de la consabida de los *dos mil reales* á la primera, del duplo á la segunda, y de dar al traste la tercera, que va la vencida. Decimos esto, porque no nos ha gustado el señor Luna: triste cosa es, pero no lo podemos remediar. Hay, sí, en él, celo y buena intencion; pero esto, todos sabemos ahora

mas que nunca, que no basta siempre. Su declamacion en este papel es enfática y poco natural; sus transiciones son duras, mas duras y crueles que una censura. Sensible nos es haberle de decir nuestra opinion: empero tal es nuestro deber, y en eso no somos mas que los intérpretes del público mismo.

Por lo demas, la tragedia, que literariamente hablando no es de mérito sobresaliente, ha hecho el efecto que debia hacer una composicion, como ella, eminentemente patriótica. Cada cual se fue á su casa con la triste conviccion de que, en política como en tragedia, lo que mas le cuesta á un pueblo es conquistar su libertad. Es de esperar que tenga mejor fin la nuestra, por esta vez, que la de Numancia. A bien que de nosotros depende.

La decoracion última nos pareció muy regular, inclusos los comparsas y aquellas descabelladas doncellas, que chillaban á lo lejos, huyendo de los feroces romanos, y que parecian periódicos perseguidos por algun reglamento.

El telon al caer se detuvo á la mitad del camino á tomar un ligero descanso; no parecia sino que caminaba por la senda de los progresos, segun lo despacio que iba, y los tropiezos que encontraba. Tardó mas en bajar, que han tardado las pátrias libertades en levantarse.

R. E. – *Número* 246. – 20 *de Junio.* – 1834.

JARDINES PÚBLICOS.

Hé aqui una clase de establecimientos planteados varias veces en nuestro pais á imitacion de los estrangeros, y que sin embargo rara vez han prosperado. Los filósofos, moralistas, observadores, pudieran muy bien deducir estrañas consecuencias acerca de un pueblo que parece huir de toda pública diversion. ¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüence de abandonarse al regocijo cara á cara consigo mismo? Bien pudiera ser. ¿Nos sería lícito, á propósito de esto, hacer una observacion singular, que acaso podrá no ser cierta, si bien no faltará quien la halle *ben trovata*? Parece que en los climas ardientes de Mediodia el hombre vive todo dentro de sí: su imaginacion fogosa, emanacion del astro que le abrasa, le circunscribe á un estrecho círculo de goces y placeres mas profundos y mas sentidos: sus pasiones mas vehementes le hacen menos social: el italiano, sibarita, necesita aislarse con una careta en medio de la general alegría; al andaluz enamorado bástanle, no un libro y un amigo, como decia Rioja, sino unos ojos hermosos en que reflejar los suyos, y una guitarra que tañer; el árabe impetuoso es feliz arrebatando por el desierto el ídolo de su alma á las ancas de su corcel; el voluptuoso asiático para distraerse se

encierra en el haren. Los placeres grandes se ofenden de la publicidad, se deslien; parece que ante esta hay que repartir con los espectadores la sensacion que se disfruta. Nótese la índole de los bailes nacionales. En el Norte de Europa, y en los climas templados, se hallarán los bailes generales casi. Acerquémonos al Mediodia; veremos aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una ó dos parejas: no bailan para los demas, bailan uno para otro. Bajo este punto de vista, el teatro es apenas una pública diversion, supuesto que cada espectador de por sí no está en comunicacion con el resto del público, sino con el escenario. Cada uno puede individualmente figurarse qué para él, y para él solo se representa.

Otra causa puede contribuir, si esa no fuese bastante, á la dificultad que encuentran en prosperar entre nosotros semejantes establecimientos. La manía del buen tono ha invadido todas las clases de la sociedad: apenas tenemos una clase media, numerosa y resignada con su verdadera posicion; si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz &c.; aquí no hay mas que clase alta y clase baja: aquella, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huir de toda ocasion de rozarse con cierta gente: una señora tiene su jardin público, su sociedad, su todo, en su cajon de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados pies algunos minutos, vaya á confundirse en el

Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo: al pie de su carruage tiene una calle suya, estrecha, peculiar, aristocrática. La clase media, compuesta de empleados ó proletarios decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocrática por la confusion de clases, á la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX., se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitacion, solo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana á fuerza de elevarse en puntillas. Pero esta, mas afectada todavía, no hará cosa que deje de hacer la aristocracia que se propone por modelo. En la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que hayan variado, estan todavía muy distantes de los jardines públicos. Para esta es todavía monadas exóticas y estrangeriles, lo que es ya para aquella comun y demasiado poco estrangero. Hé aqui la razon por qué hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos.

Por otra parte, demasiado poco despreocupados aun, en realidad, nos da cierta vergüenza inesplicable de comer, de reir, de vivir en público: parece que se descompone y pierde su prestigio el que baila en un jardin al aire libre, á la vista de todos. No nos persuadimos de que basta indagar y conocer las causas de esta verdad para desvanecer sus efectos. Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¡Qué tiene este de particular en un pais, en que le ha formado tal una larga sucesion de siglos en que se creia que el hombre

vivia para hacer penitencia! ¡Qué, despues de tantos años de gobierno inquisistorial! despues de tan larga esclavitud es dificil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos á cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un dia, desgraciadamente, ni con un decreto; y mas desgraciadamente aun, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres, é identificada con ellas.

No era nuestro propósito ahondar tanto en materia tan delicada: volvamos, pues, al objeto de nuestro artículo. El establecimiento de los dos jardines públicos que acaban de abrirse en Madrid, indica de todos modos la tendencia enteramente nueva que comenzamos á tomar. El jardin de las Delicias, abierto ha mas de un mes en el paseo de Recoletos, presenta por su situacion topográfica un punto de recreo lleno de amenidad; es pequeño, pero bonito: un segundo jardin mas elevado, con un estanque y dos grutas á propósito para comer, y una huerta en el piso tercero, si nos es permitido decirlo asi, forman un establecimiento muy digno del público de Madrid. Para nada consideramos mas útil este jardin que para almorzar en las mañanas deliciosas de la estacion en que estamos, respirando el suave ambiente embalsamado por las flores, y distrayendo la vista por la bonita perspectiva que presenta, sobre todo, desde la gruta mas alta; y para pasear en él las noches de verano.

El jardin de Apolo, sito en el estremo de la calle de Fuencarral, no goza de una posicion tan ventajosa, pero una vez alli el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversion. Domina á todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber, y que parecen nichos de verdura ó verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid á que se halla colocado el jardin, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

En nuestro entender, cada uno de estos jardines merece una concurrencia sostenida; las reflexiones con que hemos encabezado este artículo deben probar á sus respectivos empresarios, que si hay algun medio de hacer prosperar sus establecimientos en Madrid es recurrir á todos los alicientes imaginables, á todas las mejoras posibles. De esta manera nos lisonjeamos de que el público tomará aficion á los jardines públicos, que tanta influencia pueden tener en la mayor civilizacion y sociabilidad del pais, y cuya conservacion y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra.

R. E.—*Número* 260.—6 *de Julio.*—1834.

REPRESENTACION

DE

TANTO VALES CUANTO TIENES:

comedia original en tres actos y en verso, de *don Angel Saavedra.*

Humilde y cabizbajo presentaba un ingenio novel á un gran poeta, mas gran desvergonzado aun que poeta, un manuscrito suyo, y pedíale su parecer. Llegó el maestro á un trozo mas oscuro que otros.—¿Qué ha querido usted decir aqui? le preguntó con sorna de hombre satisfecho de sí mismo.—Señor, respondió el novel, ahí quise decir tal cosa. A lo cual repuso el desvergonzado:—Pues si tal cosa quiso usted decir, ¿por qué no la dijo usted?

Si el señor Saavedra, autor conocido, que apreciamos, y en quien roconocemos dotes muy aventajadas, quiso hacer una comedia suya, ¿por qué no huyó al emprender su obra de toda coincidencia con comedias anteriores? Tanto mas sensible es esto, cuanto que habia encontrado un argumento enteramente nuevo; y procuraremos probar esta que parece paradoja.

Creemos que el señor Saavedra tenia fuerzas mas que suficientes para crear en el teatro un

argumento original: estamos muy seguros de que ni ha imitado, ni tratado de imitar; y asi juzgamos que el no haber desentrañado bastante la idea feliz, que concibió, ha sido causa de que su obra tenga puntos de contacto con otras de otros ingenios. Verdad es que ha cumplido con la máxima latina *non nova, sed nové;* si, habiéndose apartado desde un principio de la senda trillada, se ha visto enredado en un argumento tambien trillado, hálo presentado á lo menos con novedad. Para los que creen que en el siglo XIX todo está dicho en literatura, no le quedaba otra corona que alcanzar al señor Saavedra. Falta ahora considerar si aquel principio es absolutamente cierto. Las pasiones son las mismas en todos tiempos, es verdad, y los vicios y los estravíos; buscar, pues, caractéres nuevos fuera árdua empresa. Un avaro siempre apagará de dos luces una: un usurero siempre será cruel: un enamorado siempre será sublime en la tragedia, ridículo en la comedia; pero las preocupaciones sociales varían, porque siguen la marcha de los siglos, y cada siglo tiene sus preocupaciones, como cada hombre su cara, segun ya creemos haber dicho en otra ocasion. Un supersticioso, un fanático por religion podia ser un carácter cómico hace un siglo: en el dia apenas hay público que encierre modelos suficientes para encontrar el efecto: *Tanto vales cuanto tienes* no debia ser una comedia de carácter: lo era de costumbres. Ahora bien, en el siglo XIX; siglo harto matemático y positivo; siglo del vapor; siglo, en que los caminos de hierro pesan sobre la imaginacion, como un apagador sobre una luz, en que Ana-

creonte, con su barba bañada de perfumes, Petrarca con sus eternos suspiros, y aun Melendez con todas sus palomas, harian un triste papel, al lado, no de un Rotschild, ó un Aguado, pero aun de un mediano mecánico, que supiese añadir un resorte á cien resortes anteriores; en un siglo en que se avergüenza uno de no haber inventado algun utensilio de hierro, en que no se puede hacer alarde de una pasion caballeresca, ó de una vida poética y contemplativa, sin ser señalado como un ser de otra especie por cien dedos especuladores; en un siglo para el cual el amor es un negocio, como otro cualquiera, de conveniencia, y acomodo; en un siglo en que no se puede amar sin hacer reir; en que la ciencia está reducida á periódicos, la guerra á protocolos, el valor á disciplina, el talento á manufacturas, la literatura á declamaciones políticas, el teatro á decoraciones y *fioriture*, no se nos diga que no hay argumentos nuevos para comedias. Moliere no podia haber agotado estos asuntos. Un filarmónico ocupado todo el dia en casar armonías y en combinar puntos; un diplomático redactando notas ambiguas; un periodista haciendo párrafos y colocando frases; un mecánico moviendo ruedas, son seres tan ridículos por lo menos como un poeta apareando consonantes que tiren de una idea, cual un juego de caballos de un carruage. En este siglo, pues, *Tanto vales cuanto tienes* prometia una inmensa originalidad. Que el hombre es interesado, ciertamente ya estaba dicho: añadir que cuando tiene dinero todos le hacen buena cara, y cuando es pobre todos le llaman pícaro, era verdad sabida en tiem-

po de Homero, porque está grabada en el corazon del hombre, animal perfecto, por otra parte; es verdad en una palabra, que tiene olvidada todo rico, y que todo pobre tiene presente. Pero manifestar lo ridículo de un ser racional y poético, como el hombre; de un ser espiritual, que se empeña en despojarse á sí mismo de su imaginacion para limitar el círculo de sus goces; que se vuelve máquina él mismo á fuerza de hacer máquinas, y que no sabe dejar de creer en una divinidad, en un cielo, en una vida de gloria y de idealismo, sino para creer en lo que toca; de un ser siempre estremado que no puede abarcar en uno la imaginacion y la habilidad; que ha de ser todo fanático en el siglo XIV, ó todo despreocupado, árido y desnudo en el siglo XIX; de unos hombres que, como los israelitas, no saben dejar de creer en un Dios, de que son hechura, sino para creer en un becerro de oro, hechura suya; eso es lo que no está dicho, ni está hecho; eso es lo que nos atrevimos á esperar de *Tanto vales cuanto tienes;* y eso, en fin, lo que queda por hacer, si es que hay un ingenio que se salve de la irrupcion de las artes y del martilleo de las fábricas.

Si el señor Saavedra habia asido una idea tan feliz, si queria hacer una comedia enteramente original que á nada anterior se pareciese, ¿por qué no lo ha hecho, teniendo sobre todo un talento distinguido para llevarlo á cabo?

Dirásenos ahora que hay cierta injusticia en juzgar á un autor, no por lo que ha hecho, sino por lo que uno cree que debia haber hecho. Esto es verdad hasta cierto punto.

El célebre ideólogo Destut-Tracy remitió en una ocasion á un príncipe aleman una obra suya consultándole sobre su desempeño. Respondióle el príncipe con un largo cartapacio en que á fuer de decirle lo que él hubiera dicho en tales y tales casos, y lo que en tales y tales otros hubiera dejado de decir, desbaratábale la obra, no perdonando en ella cosa que Destut-Tracy hubiese imaginado. – Decid al príncipe, respondió Destut-Tracy al que traía el mensage, que en ese caso no hubiera hecho yo mi obra, sino la suya.

Esto podria respondernos el señor Saavedra: juzguemos, pues, su obra tal cual es suya, y no tal cual nosotros la hemos imaginado, quién sabe si equivocadamente.

Doña Rufina, viuda de un marqués, que solo le dejó al morir una hija de ella de nupcias anteriores y su vanidad, vive en Sevilla míseramente. Tiene un hermano, cuya cualidad principal es un uniforme de comisario ordenador, y un primo militar, jugador y petardista. En indias existe un hermano suyo, riquísimo, merced á cuyos envíos pecuniarios suele reponer de cuando en cuando el mal estado de sus intereses. La hija es obsequiada por el hijo de un mercader rico. Al principiar la comedia se recibe una carta en que el indiano avisa como debe llegar en breve, y que piensa repartir con sus hermanos sus cuantiosos caudales. Con este motivo doña Rufina despide afrentosamente al novio de la niña, cuyo origen plebeyo no conviene ya á su futura posicion social, y la familia toda sobre la promesa de la carta se arroja en brazos del usu-

TAYLOR

rero don Simon, que al ciento por ciento les presta un poco de dinero. De allí á poco llega el indiano don Blas, y encuentra á la familia ocupada en preparar su recibimiento. Prodíganselo las finezas y los mas escrupulosos obsequios; pero don Blas parece haberse arruinado, gracias á ciertos piratas berberiscos: esta peripecia fatal atrae sobre la casa los insultos del usurero, y sobre el adulado indiano la execracion y los ultrages, rota ya la máscara del interes. Solo la niña procede generosa con el desgraciado. Sin embargo, don Blas tenia asegurados su caudales, y precisamente uno de los comerciantes de Cádiz, á quien arruina el reintegro de los bienes robados por los piratas, es el padre del amante de la hija de doña Rufina. Este viene á zanjar cuentas; al conocerse en la casa la fortuna renaciente, quieren comenzar de nuevo las adulaciones, pero ya es tarde. Don Blas indignado rompe con su hermana, con el comisario y con el primo militar, dota á la niña virtuosa, casándola con su amante, y da fin la comedia.

Si bien es cierto el principio sobre que gira esta composicion dramática, tambien es evidente que la educacion hace disimular en la sociedad generalmente el interes, que á todos domina mas ó menos, y que esas transiciones que por cambios de fortuna se advierten en el trato, pocas veces son tan bruscas, que puedan, sin faltar á la verosimilitud, encerrarse en una comedia arreglada á las unidades. Por esto era necesario que el autor escogiese una familia de mala educacion: doña Rufina, muger sumamente ordinaria, no puede ocultar sus sentimientos: esta ordinariez,

mirada de esta manera, no solo es muy disculpable, sino que viene á ser un mérito. El nudo es ingenioso; no necesita don Blas fingir su ruina, supuesto que es verdadera la noticia de su robo; y que es muy verosimil que ignorase la familia que estaban sus bienes asegurados. Este es el mérito principal de la comedia, pues produce un desenlace natural: igualmente ingenioso es el haber hecho al amante de la hija víctima del reintegro del indiano. El carácter del usurero está bien pintado: pero siendo episódico, ni merece tanta importancia como se le da, ni habria inconveniente para la comedia en reducir la escena largnísima en que hace el principal papel. Alguna languidez hemos creido notar en toda la comedia, que pudiera descargarse ventajosísimamente. No es natural que la niña, que tan generosamente se portó con su tio, sea menos generosa con su madre, y la vea salir de la casa del modo que la arroja su hermano, sin interceder por ella eficazmente. El argumento tiene el inconveniente de preveerse su fin desde el principio; pero esto es mas culpa del asunto que del autor. Para dar fin á nuestras observaciones, quisiéramos que el poeta eliminase algunas frases demasiado mal sonantes en el teatro, aun suponiéndolas naturales en boca de doña Rufina: y hubiéramos deseado que, aun dominados por el interes, sus interlocutores fuesen menos despreciables. Las debilidades humanas interesan; pero seres friamente malos, corrompidos y sin ninguna especie de sentimiento ni moralidad, solo pueden producir tedio ú horror.

El lenguaje es castizo y puro: la versifica-

cion generalmente buena, y aun tiene trozos de mucho mérito: hay gracias en el diálogo, que es bastante animado, y pinceladas verdaderamente cómicas en diversas ocasiones: citaremos en este género con placer el contraste que presenta la llegada del indiano, solo, y mal vestido, con los halagos de su hambrienta familia.

R. E.-Número 285.-31 *de Julio.*-1834.

CARTA DE FÍGARO

Á UN BACHILLER SU CORRESPONSAL.

Yo no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico de aquel Fígaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demas. Pero si puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado mas de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas á Madrid, al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos, durante tan largo silencio. Éste ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado, segun nos dice, en uno de los mas recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algun tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Fírmase el *bachiller*, y dirige al señor Fígaro esclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias; á las cuales contestariamos privadamente á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el pais, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha á que escribe, ni el modo de ponerle el so-

bre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo por otra parte demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gacetin estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal, se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á centraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalan, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta, cantidad que, si bien no era para perdida, debia considerarse como tal por la dificultad de hacer la remesa á tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto el aprovechado clérigo catalan. "Muy señor mio: con respecto á la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de esta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellan el cura de..."

Ahora bien; hé aqui nuestra contestacion al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de ese pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobre manera la falta que nota de

escritos mios en la Revista; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos en primer lugar no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputacion que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el gobierno con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien asi como él calla en puntos de mas prisa y trascendencia.

Ademas, aunque los partes oficiales, y los relatos de las sesiones, en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la Milicia Urbana, ó tomando providencias contra algun motin.

Por lo demas, aqui, segun usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hácia el fin para que aquel Señor la crió: que es

su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores Próceres, que es manto azul rastrero, segun las venerandas leyes del siglo XIV, esceptuado el terciopelo que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aqui entra el modificar aquellos venerandos usos segun las necesidades del dia; verdad igualmente aplicable al calzon de casimir, media de seda, hebilla y tabalí; de que nada dicen Pero Lopez de Ayala, ni Zurita, ni el Centon, pero que constituyen con la gola altibaja y demas, este nuevo anticomoderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro, y su enagüilla de glace. Dicen que cuesta mucho; pero mas ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas, podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales del procerazgo, ha de ser curioso el ver á esos señores, vestidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced como todas las vísperas de alboroto, que segun parece va á ser el pan nuestro de cada dia, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan vigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el orden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aqui no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aqui nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino

una enfermedad reinante y sospechosa; tanto que esas malditas sospechas han llevado á muchos al cementerio, en fuerza sin duda de lo cavilosos. Pero si dicen á vuesa merced que mueren tantas y cuántas gentes al dia, no lo crea; al dia no muere nadie, porque si asi fuese habria parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, y asi que, nadie lo sabe.

Tres cosas sin embargo van mejor todos los dias sin que se eche de ver, la libertad, la salud, y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de don Cárlos? Por acá todos convenimos en que está en Londres, en Francia, y en Elizondo á un mismo tiempo, asi como estan de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir á Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos estan los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles, y de métodos curativos. Volviendo á don Cárlos, dicen que el gobierno sabe de fijo dónde pára; pero, vaya usted á preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limon, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos á pedir de boca, basura en las calles á todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! se me olvidaba; el discurso de la coro-

na ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestacion; á lo menos hasta ahora nadie se la ha dado. Se asegura sin embargo que la estan pensando á toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced á Madrid. Si está pronto á presentar sus cuentas á Dios, venga cuanto antes. Si viene á pretender ó ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la Constitucion, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas y muchos encontrará en buenos destinos, que le favorezcan; preguntaráme tal vez sino los quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene á oir las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores; pues en el de Próceres han encaramado al público en un caramanchon estrecho y *cortilargucho*, segun dice la *Pata de Cabra*, como sino quisieran ser oidos. Se está alli tan mal como en el teatro de la Cruz ó en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo á los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo á que contestar; si asi fuese, en otra carta irá, pues á la hora que es, ando de prisa por tener que formar una lista de los señores Procuradores que no han llegado aun, y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se

estan destruyendo todos los dias completamente, no intercepten por esas *veredas* esta carta, y que la administracion de correos, tan bien montada en este pais, no la incomunique para diligencias propias ó no se la mande por América, asi como recibimos, por qué sé yo dónde, la corespondencia de Francia, merced á las victorias no interrumpidas que nos tienen espedita la carretera principal.

De vuesa merced, señor bachiller, atento servidor.

P. D. No se le importe á vuesa merced un bledo de las venidas de don Cárlos á este pais, pues que la cuadruple alianza está contratada para su conduccion fuera de la península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el testo y verá como nada hay tratado; ademas de que mal pudiera la cuadruple alianza sacarle de la península, si él no viniera.

R. E. – *Número* 298. – 13 *de Agosto.* – 1834.

SEGUNDA Y ÚLTIMA CARTA

DE FÍGARO

AL

BACHILLER SU CORRESPONSAL DESCONOCIDO.

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publicidad de ninguna manera he podido evitar en esta corte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced como una cosa se llama *regeneracion*, otra *reformas*, otra *estamentos*; aquella de mas allá *libertad*, esotra *representacion nacional?* ¿qué mas? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

¿Qué le costaba á vuesa merced ponerse un nombre, y mas que vuesa merced no sea nada en sustancia tampoco? Asi evitariamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni mas ni menos que si yo dijera todo lo que hay que decir, ó todo cuanto en el caso me ocurre.

Pero en esta carta, que será la última, yo le juro á vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (y es todo un juramento), que quiero que me hagan ministro, si me consiento á mí mismo la mas leve chanza sobre cosa de gobierno, ó que por lo menos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohíbame el escribir mas á mis amigos, que será arrancarme el alma, solo porque él reciba sueldo del gobierno é instrucciones, y yo del gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro; y préndanme bonitamente, y quédense con el *por qué* por allá y... No señor: si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas dígame quién es, y le escribiré en sesion secreta; todo lo mas que puede suceder es que abran la carta; pero entonces ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no encerrará reflexion ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto porque Dios sabe, y si no, lo sé yo, que no tengo para gracias el humor: en punto sobre todo á gobierno haré la del loco con el podenco. "Quita allá, que es gobierno." Hechos no mas en adelante; y si á los hechos lisa y llanamente contados les encuentran malicia, no estará en mí, sino en los hechos ó en el que los leyere; entonces malicia encontrarian hasta en una fusion cordial del Estamento y del ministerio.

Corren voces de que un ministro va á hacer dimision; pero no lo crea vuesa merced: esas son bromas: lo mismo estan diciendo hace dos meses de otro, y pasa un dia, y pasa otro dia, y en resumidas cuentas no pasan dias por él.

En el Estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestacion al discurso del trono fue cosa muy bien escrita; fue un modelo de lenguaje y de elegancia castellana; es uno de los trozos mas correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar á vuesa merced sino es que en este momento no es oportuno que use el hombre el don de la palabra con que le distinguió su divina Magestad de los demas animales. Lo que urge por ahora es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El don de la palabra es como todas las cosas; repetido diariamente cansa.

Los jurados no son para este momento; no hay cosa peor que jurar, y si es en vano peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos; y mas para que nos juzguen en regla.

Sabrá vuesa merced como se ha determinado que la legislacion nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los señores Procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban á Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar alli supieron lo del cólera por mas que aqui no se lo contamos á nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es mas facil que vaya la nacion toda á Martorell, que no que

venga todo Martorell á la nacion. ¡El uno, figúrese vuesa merced, que ya iba de aqui escamado de lo de Ballecas! Eso de representar ha de ser donde á uno le coja, porque andarse de ceca en meca para dar representaciones nacionales, eso fuera ser Procurador de la legua. Si la patria tiene urgencia que se la pase; mas vale un mal Procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un Procurador catalan, á imitacion de García del Castañar, no dará por todas las grandezas de la corte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa merced como estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandísima conspiracion que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado, uno á Badajoz, y otro á Zaragoza; parece que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Segun los estados sanitarios que ahora nos da la Gaceta médica, resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije á vuesa merced, han muerto de él unas 4000 personas y pico, sin que se pueda saber cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa mas mala del mundo. Por eso no se han usado. Pero á catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Asi es que en Segovia se separa al enfermo de su familia: se lleva á ésta á una barraca, se tapian las casas y las calles, se queman las ropas, ¡qué sé yo! ¡Hay enfermedad mas rara y mas variable! Parece un periódico.

¡Aqui epidémica! ¡Allá contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consulito de Bayona y las cartas de Londres! Ahora salimos con que es don Cárlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced despues de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Londres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministerial?... La Abeja. Aquella Abeja... En una palabra, la Abeja.

¿Sabe vuesa merced quién es el periódico de la oposicion? La Revista. Ello nos cuesta un ojo de la cara. El gobierno, de resultas, ha recogido cuantas suscriciones y auxilios prestaba; hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, porque la suscricion sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Asi es que lo llevamos con bastante resignacion.

Perdone vuesa merced, porque he oido llamar á mi puerta. Acaso vengan á prenderme ó á llevarme á Zaragoza. Asi como asi no debo de estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, felicidades, y póngase un nombre. Cuando la misma Revista se ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

P. D. ¿Ha leido vuesa merced el Pobrecito Hablador? Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Zea: ahora como ya tenemos libertad racional, probablemente no se podria publicar.

R. E. – *Número* 309. – 24 *de Agosto.* – 1834.

MODAS.

Deseamos con impaciencia que la absoluta desaparicion del cólera vuelva á traer al seno de esta capital las elegantes que el miedo nos ha robado, y que la animacion de una época mas feliz haga renacer la apagada coquetería de las bellas que permanecen todavía casi aisladas en medio de esta gran poblacion. Vacíos casi los teatros, desiertos los paseos, suspendidas las sociedades, ¿adónde iríamos á buscar la moda? – Solo podemos hacer algunas indicaciones generales acerca de los caprichos, mas ó menos fundados, de esa diosa del mundo, que asi avasalla los trages y peinados como los gustos y opiniones. – Es de moda, por ejemplo, en la ópera la señora Campos; asi es que apenas hay noche que no se la aplauda. No es menos de moda el sorbete de arroz, ni menos insípido tampoco. – Está decididamente en boga reirse todos los dias de los gestos espantables del señor Género, quejarse del gobierno, y asombrarse de la inaccion de los Estamentos. Estas tres modas durarán probablemente mas que el talle largo.

Hacen furor los oficios de Próceres y Procuradores imposibilitados: es por cierto cosa furibunda. Al cabo de algun tiempo sucederá con estas imposibilidades de asistir, lo que sucedia el invierno pasado con los capotes forrados de encarnado, que no habia barbero sin capote: á

este paso dentro de poco no habrá representante sin imposibilidad. Es de esperar, sin embargo, que esta moda de poco gusto y de menos patria se proscriba, como se proscribió para siempre el escote exagerado de las mugeres, al cual se parece demasiado en presentar desnudas cosas que deben siempre estar tapadas. – Empiezan á estilarse mucho los artículos de oposicion: se asegura que hacen bien á todos los cuerpos. Algunos se ven, sin embargo, que hacen tan mala cara al Estamento, como los ferronieres de metal á las señoras, que las desfiguran todas y hacen traicion á su hermosura; en este caso estan los de hechura llamada á lo sesion secreta. Lo mas raro es, que, segun parece, esos artículos salen fabricados del mismo Estamento, no porque sea la mejor fábrica, sino por estar alli las primeras materias y la mano de obra. Esa moda no nos gusta: se semeja un tanto cuanto á la falda corta en no ser la mas decorosa.

Los artículos ministeriales, que algunos seudo-elegantes quieren introducir, no se acreditan. Son como los peines altos, que solo sirven para que se vea venir desde lejos á quien los usa, y para dar una elevacion ridícula á la persona. Hay, sin embargo, un regular surtido al uso de los pretendientes, en la fábrica-colmena de la Abeja, imprenta de don Tomás Jordan. Aunque es moda nueva, se venden baratos, sin duda porque la gente de gusto no los gasta. Es moda anti-nacional como los sombreros de señora: asi es, que por mas flores que se les pongan, no se saben llevar, con paciencia, se entiende. Estas dos modas últimas, exageradas, como al-

gunos las llevan, no nos parecen del caso; los ministeriales no hacen buena figura, y los de oposicion pueden llegar á hacerla mucho peor. Con cierta medida todo es bueno.

Se siguen estilando las sesiones cortas, muy cortas, como si dijéramos, á media pierna: en esto se dan la mano con los vestidos de maja: asi es que se suelen dejar lo mejor en descubierto.

En punto á calzado, solo podemos decir que lo mas comun es andarse con pies de plomo. — Con respecto á talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho que apenas se pueda respirar; por ahora á lo menos este es el uso; podrá pasar pronto, sino nos ahogamos antes. — En punto á muebles, los hay nuevos todos los dias; pero allá se van con los antiguos. Por lo que hace á adornos de mesa, sabido es que en España no somos fuertes; bien que falta lo principal, que es que comer.

De colores, en fin, estamos poco mas ó menos como estábamos; si bien el blanco y negro son los fundamentales, aquel mas caido, éste mas subido, lo mas comun especialmente en personas de calidad, son los colores indecisos, tornasolados, partícipes de negro y blanco, como gris ó entre dos luces; en una palabra, colores que apenas son colores; es de esperar que pronto se habrán de admitir, sin embargo, de grado ó por fuerza, colores mas fuertes y decididos, puros y sin mezcla alguna. En el ínterin chocan tanto estos últimos, que hay personas nerviosas, que, solo al considerar que habrá que entrar en ellos, padecen y ofician, y guardan la cama.

R. E. – *Número* 321. – 5 *de Setiembre.* – 1834.

LA GRAN VERDAD DESCUBIERTA.

Dirán que los grandes trastornos políticos no sirven para nada. ¡Mentira! ¡atroz mentira! Del choque de las cosas y de las opiniones nace la verdad. De dos dias de discusion nace un principio nuevo y luminoso. ¿Saben ustedes lo que se ha descubierto en España, en Madrid, ahora, hace poco, hace dos dias no mas? Se ha descubierto, se ha decidido, se ha determinado que, *la ley protege y asegura la libertad individual.* Cosa recóndita, de nadie sabida, ni nunca sospechada. Han sido precisos todos los sucesos de la Granja, la caida de tres ministerios, una amnistía, la vuelta de todos los emigrados, la rebelion de un mal aconsejado príncipe, una cuadruple alianza, una guerra en Vizcaya, una jura, una proclamacion, un Estatuto, unas leyes fundamentales resucitadas en trage de Próceres, una representacion nacional, dos Estamentos, dos discusiones, una correccion ministerial, un empate y la reserva de un voto importante, que no hacia falta, para sacar del fondo del arca política la gran verdad de que la ley protege y asegura la libertad individual. Pero ahora ya lo sabemos. *Girolamo, lo sappiamo*, responderá alguno. *Sappete* un!!!! Ahora es, y no antes, cuando verdaderamente lo sabemos, y ya nunca se nos olvidará.

¡Que nos quiten esa ventaja! A un dos por tres descubrió Copérnico que la tierra es la que gira; en un abrir y cerrar de ojos descubrió Gassendi la gravedad de los cuerpos: Newton halló su prisma en un mal vidrio: Linneo encontró los sexos de las plantas entre rama y rama. Pero han sido necesarios siglos de opresion y una correccion ministerial para descubrir que la ley protege y asegura algo. Hé aqui la diferencia que hay de las verdades fisicas, á las verdades políticas: aquellas suelen encontrarse detras de una mata: estas estan siglos enteros agazapadas detras de una correccion ministerial. Ábrase la discusion, discútase el punto, pronúnciese la modificacion ministerial, *et voilà la verité*, que salta como un chorro, y salpica á los circunstantes. ¡Uff!!!! "*La ley protege y asegura la libertad individual.*" Luego que esto esté escrito y sancionado, ya quisiera yo saber quién es el que no anda derecho. ¿Qué ladron vuelve á robar, qué asesino mata, qué faccion vuelve á levantar cabeza, y qué carlista, en fin, no se apea de su destino? La discusion, la discusion; hé aqui el secreto. *La ley protege*, es decir, que la ley no es cosa mala, como se habia creido hasta ahora; la ley por último, hé aqui la gran verdad escondida. Loor á la revolucion, loor á las discusiones largas y peliagudas, loor á las correcciones ministeriales, y loor en fin para siempre, y mas loor á la gran verdad descubierta.

R. E.—Número 332.—16 *de Setiembre.*—1834.

EL MINISTERIAL.

¿Qué me importa á mí que Locke esprima su esquisito ingenio para defender que no hay ideas innatas, ni que sea la divisa de su escuela: *Nihil est intellectu quod prius non fuerit in sensu?* Nada. Locke pudiera muy bien ser un visionario, y en ese caso ni sería el primero, ni el último. En efecto, no debia de andar Locke muy derecho: ¡figúrese el lector que siempre ha sido autor prohibido en nuestra patria!... Y no se me diga que ha sido mal mirado, como cosa revolucionaria, porque sea dicho entre nosótros, ni fue nunca Locke emigrado, ni tuvo parte en la Constitucion del año 12, ni empleo el año 20, ni fue nunca periodista, ni tampoco urbano. Ni menos fue perseguido por liberal; porque en sus tiempos no se sabia lo que era haber en España ministros liberales. Sin embargo, por mas que él no escribiese de ideas para España, en lo cual anduvo acertado, y por mas que se le hubiese dado un bledo de que todos los padres censores de la Merced y de la Vitoria condenasen al fuego sus peregrinos silogismos, bien empleado le estuvo. Yo quisiera ver al señor Locke en Madrid en el dia, y entonces veríamos si seguia sosteniendo, que porque un hombre sea ciego y sordo desde que nació, no ha de tener por eso ideas de cosa alguna que á esos sentidos atañe

y pertenezca. Es cosa probada, que el que no ve ni oye claro á cierta edad, ni ha visto nunca, ni verá. Pues bien, hombres conozco yo en Madrid de cierta edad, y no uno ni dos, sino lo menos cinco, que asi ven y oyen claro como yo vuelo. Háblelos usted, sin embargo, de ideas; no solo las tienen, sino que ¡ojalá no las tuvieran! Y de que estas ideas son innatas, asi me queda la menor duda, como pienso en ser nunca ministerial; porque sino nacen precisamente con el hombre, nacen con el empleo, y sabido se está que el hombre, en tanto es hombre, en cuanto tiene empleo.

Podria haber algo de confusion en lo que llevo dicho, porque los ideólogos mas famosos, los Condillac y Destut-Tracy hablan solo del hombre, de ese animal privilegiado de la creacion, y yo me ciño á hablar del ministerial, ese ser privilegiado de la gobernacion. Saber ahora lo que va de ministerial á hombre, es cuestion para mas despacio, sobre todo, cuando creo ser el primer naturalista que se ocupa de este ente, en ninguna zoologia clasificado. Los antiguos por supuesto no le conocieron; asi es que ninguno de sus autores le mienta para nada entre las curiosidades del mundo antiguo, ni se ha descubierto ninguno en las escavaciones de Herculano, ni Colon encontró uno solo entre todos los indios que descubrió; y entre los modernos, ni Buffon le echó de ver entre los racionales, ni Valmont de Vaumare le reconoce; ni entre las plantas le coloca Jussieu, Tournefort, ni de Candolle, ni entre los fósiles le clasifica Cuvier; ni el Baron de Humbolt, en sus largos viajes, hace

la cita mas pequeña que pueda á su existencia referirse. Pues decir que no existe, sin embargo, sería negar la fé, y vive Dios que mejor quiero pasar que la fé y el ministerialismo sean cosas para renegadas que para negadas, por mas que pueda haber en el mundo mas de un ministerial completamente negado.

El ministerial podrá no ser hombre; pero se le parece mucho, por defuera sobre todo: la misma fachada, el esterior mismo. Por supuesto, no es planta, porque no se cria ni se coge, mas bien perteneceria al reino mineral, lo uno porque el ministerialismo tiene algo de mina, y lo otro porque se forma y crece por superposicion de capas: lo que son las diversas capas superpuestas en el reino mineral, son los empleos aglomerados en él: á fuerza de capas medra un mineral; á fuerza de empleos crece un ministerial, pero en rigor tampoco pertenece á este reino. Con respecto al reino animal, somos harto urbanos, sea dicho con terror suyo, para colocar al ministerial en él. En realidad, el ministerial mas tiene de artefacto que de otra cosa. No se cria, sino que se hace, se confecciona. La primera materia, la masa, es un hombre. Coja usted un hombre (si es usted ministro, se entiende, porque sino, no sale nada): sonríasele ustes un rato, y le verá usted ir tomando forma, como el pintor ve salir del lienzo la figura con una sola pincelada. Déle usted un toque de esperanzas, derecho al corazon, un ligero barniz de nombramiento, y un color pronunciado de empleo, y le ve usted irse doblando en la mano como una hoja sensitiva, encorvar la espalda, hacer atras un

pie, inclinar la frente, reir á todo lo que diga: y ya tiene usted hecho un ministerial. Por aqui se ve que la confeccion del ministerial tiene mucho de sublime, como lo entiende Longino. Dios dijo: *Fiat lux, et lux facta fuit.* Se sonrió un ministro, y quedó hecho un ministerial. Dios hizo al hombre á su semejanza, por mas que diga Voltaire que fue al reves: asi tambien un ministro hace un ministerial á imitacion suya. Una vez hecho, le sucede lo que al famoso escultor griego que se enamoró de su hechura, ó lo que al Supremo Hacedor, de quien dice la biblia á cada creacion concluida: *Et vidit Deus quod erat bonum.* Hizo el ministro su ministerial, y vió lo que era bueno.

Aqui entra el confesar que soy un si es no es materialista, sino tanto que no pueda pasar entre las gentes del dia, lo bastante para haber muerto emparedado en la difunta, que murió de hecho ha catorce años, y que mató no ha mucho de derecho el ministerio de Gracia y Justicia, que fue matarla muerta. Dígolo, porque soy de los que opinan en los ratos que estoy de opinar algo sobre algo, con muchos fisiólogos y con Gal, sobre todo, que el alma se adapta á la forma del cuerpo, y que la materia en forma de hombre da ideas y pasiones, asi como da naranjas en forma de naranjo.—La materia, que en forma solo de procurador producia un discurso racional, unas ideas intérpretes de su provincia, se seca, se adultera en forma ministerial: y aqui entran las ideas innatas, esto es, las que nacen con el empleo, que son las que yo sostengo, mal que les pase á los ideólogos. Aqui es donde em-

pieza el ministerial á participar de todos los reinos de la naturaleza. Es mona por una parte de suyo imitadora; vive de remedo. Mira al amo de hito en hito: ¿hace este un gesto? miradle reproducido como en un espejo en la fisonomía del ministerial. ¿Se levanta el amo? la mona al punto monta á caballo. ¿Se sienta el amo? abajo la mona. – Es papagayo por otra parte; palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida. Sucédele asi lo que á aquel loro, de quien cuenta Joui, que habiendo escapado con vida de una batalla naval, á que se halló casualmente, quedó para toda su vida repitiendo lleno de terror, el cañoneo que habia oido: ¡pum! ¡pum! ¡pum! sin nunca salir de esto. El ministerial no sabe mas que este cañoneo. *La España no está madura.* – *No es oportuno.* – *Pido la palabra en contra.* – *No se crea que al tomar la palabra lo hago para impugnar la peticion, sino solo si para hacer algunas observaciones &c. &c.* Y todo ¿por qué? porque le suena siempre en los oidos el cañoneo del año 23. No ve mas que el Zurriago, no oye mas que á Angulema.

Es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente: abeja en el chupar: reptil en el serpentear: mimbre en lo flexible: aire en el colarse: agua en seguir la corriente: espino en el agarrarse á todo: aguja imantada en girar siempre hácia su norte: girasol en mirar al que alumbra: muy buen cristiano en no votar: y semejase, en fin, por lo mismo al camello en poder pasar largos dias de abstinencia; asi es que en la votacion mas decidida álzase el ministerial y esclama: *Me abstengo:* pero, como

aquel animal, sin perjuicio de desquitarse de la larga abstinencia á la primera ocasion.

El ministerial anda á paso de reforma; es decir, que mas parece que se columpia, sin moverse de un sitio, que no que anda.

Es por último el ministerial de suyo tímido y miedoso. Su coco es el urbano: no se sabe porqué le ha tomado miedo; pero que se le tiene es evidente: semejante á aquel loco célebre que veía siempre la mosca en sus narices, tiene de contínuo entre ceja y ceja la anarquía: y asi la anda buscando por todas partes, como busca Guzman en la Pata de Cabra las fantasmas por entre las rendijas de las sillas. – El ministerial, para concluir, es ser que dará chasco á cualquiera, ni mas ni menos que su amo. Todas las esperanzas anteriores, sus antecedentes todos se estrellan al llegar al sillon; á cuyo propósito quiero contar un cuento á mis lectores.

Era año de calamidad para un pueblo de Castilla, cuyo nombre callaré; reunióse el ayuntamiento, y decidió recurrir á otro pueblo inmediato, en el cual se veneraba el cuerpo de un santo muy milagroso, segun las mas acordes tradiciones, en peticion de la sagrada reliquia y de algunas semillas de granos para la nueva cosecha. Hízose el pedido, que fue al punto mismo otorgado. Al año siguiente pasaba el alcalde del pueblo sano por el afligido: es de advertir, que contra todas las esperanzas, si bien la cosecha era abundante, el cielo, que oculta siempre al hombre débil sus altos fines, no habia querido terminar la plaga, sin duda porque al pueblo no le debia de convenir. – ¿Cómo ha ido por

ésta? le preguntaba el uno al otro alcalde.—Amigo, le respondió el preguntado, con espresion doliente y afligido, la semilla asombrosa... pero... no quisiera decírselo á usted.—¡Hombre! ¿qué?—Nada: la semilla, como digo, asombrosa, pero el santo salió flojillo.

Los ministeriales efectivamente, amigo lector, no quisiera decirlo, pero salieron tambien flojillos.

Observador. – *Núm.* 85. – *7 de Octubre.* – 1834.

SEGUNDA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACÁ

Á UN LIBERAL DE ALLÁ.

Sin duda será cosa que te asombre, querido Silva Carballo d'Alburquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se ve, acostumbrados ahí en Portugal á proceder lógicamente y empezar siempre por el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado, es pedir peras al olmo, ó, lo que es lo mismo, libertad á un ministerio; es buscar cotufas en el gollo; mas claro, por si no entiendes este refran, es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siempre por el principio: sobre ser esto cosa que á cualquiera le ocurriria, y aqui no somos cualquiera, el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que á tí no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luego. Las naciones se manejan como los sonetos; los cuales si han

de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Agrega á esto que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y asi lo que no va en el libro va en la fé de erratas. A cuyo propósito viene de perilla el recordarte el cuento de nuestro don Bartolomé, acerca del mal pintor que queria blanquear, y luego pintar su casa, y á quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaria para su gloria pintarla primero y despues blanquearla.—En segundo lugar has de saber que mi primera carta fue malamente interceptada: y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdone la censura. Pero es de advertir, amigo, que un periódico es en el dia en punto á interceptaciones una verdadera Vizcaya. Es mas facil casi llevar un pliego al general en gefe, aun que no se sepa dónde pára, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si hemos de hablar claro, es mas facil saber dónde está el público que dónde está Rodil; ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la ve.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupùloso, bien pudiera llamar segunda á la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J'appele un chat ux chat et Rolet un fripon.*

Y asi me dejáran, como llamaria otras muchas cosas por su nombre: que á creerme autorizado como el ministerio de lo Interior á mudar los nombres á las cosas, ya puedes imaginarte que no sería por mis cartas por donde empezaria.

Vamos á otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay pais mas raro? ¿Cómo podeis vivir sin facciosos? ¿De qué hablais pues? ¿á quién perseguis? ¿de qué llenais vuestra gaceta? ¿Vivis sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habian dicho que era Portugal, pero no tanto.

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro don Pedro, muy dolorosa, mas por aficion que le tenia, que por creer que os fuese necesario. Sin ir mas lejos, aqui no hemos tenido don Pedro, y nos hemos pasado sin él: verdad es que tambien nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en Portugal nadie tiene miedo á los liberales? ¡Lo que vá de un clima á otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de Tarento son ponzoñosas, y en paises mas frios no; por acá los liberales son tremendos; asi es que les tenemos, no diré un miedo cerval, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial: los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aqui, y los que no necesitan comer para vivir. Los demas llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal por el contrario, los temibles eran los miguelistas: aqui no: aqui los carlistas son como si dijéramos de casa... pero baste en este punto.

Por las gacetas, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien; yo lo creo: un señor Procurador bien informado ha dicho no ha mucho en el Estamento que el año pasado tenia la faccion unos dos mil hombres, y que en el dia cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la faccion parece deuda del Estado segun crece.

Preguntarásme de dineros: en eso sí que estamos bien: ya sabes por la mucha filosofia que has estudiado, que no es mas rico aquel que tiene mas dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nacion mas rica que la nuestra? Aqui nadie desea mas de lo que tenemos: ¡mira tú si nos contentamos con poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta mas que dinero. Pero esto se compondrá, Dios y un empréstito mediantes.

Por las discusiones del Estamento te enterarias de como la España no está bastante civilizada, en una palabra, bastante madura para instituciones mas anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las agenas está en toda su sazon. Se desgaja del arbol. En punto á deudas está al nivel de las naciones mas cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caida, convengamos en que nuestra patria está mas que madura; está pasada.

Con respecto á caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad, que el seguir los mas de ellos interceptados, incluso el

de las reformas. A bien que siempre nos queda espedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos á pasos agigantados con toda la paciencia de buenos cristianos: los demas en realidad mas son veredas, que caminos.

A propósito de veredas, ya sabrás que han nombrado á Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este gobierno. Un año ha tardado no mas en ser empleado. Otro año mas, y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de ayer una sesion: es probable que tenga otras. — Sabrás como ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se da un solo destino que no sea al mérito.

La Milicia Urbana ya se ha reunido, no solo una vez, sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que si dará ó no dará un poquito de servicio las tardes de los dias de fiesta en el teatro. Con esto ya verás qué paso lleva Zumalacarregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias mas estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seais tan libres y tan felices. Aqui es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva. = *El liberal de acá.*

PRIMERA CONTESTACION

DE UN LIBERAL DE ALLÁ

Á UN LIBERAL DE ACÁ.

Dices, querido liberal casteçao, que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como es estrella vuestra en todas ocasiones: á mí en hablándoseme de ese pais no me asombra nada. Hubiérame antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su orden. Ya por acá sabemos que en punto á *cartas* no jugais muy limpio.

Pero en fin, he recibido la segunda: á propósito de lo cual te diré que vengan ellas, y vengan cómo y cuando puedan, que yo luego las ordenaré, como Dios me diere á entender, á semejanza de aquel que no sabiendo mas de ortografia que muchos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la posdata gran número de comas y signos de puntuacion, añadiendo á su corresponsal: *por lo que hace á los puntos y las comas*, ahí van todos juntos para que usted se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de

ironía, capaz de dar vahídos al mas duro de cabeza, si se les diese á ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey don Sebastian te juro que no entiendo por qué os quejais tanto los liberales casteçaos. ¿Teneis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que no; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido mas, se les debia contar lo que de dos que habian reñido decia un chusco, al preguntarle quién de los dos habia podido mas.—*Claro está*, respondió, *que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima.*

Ellos han podido mas, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto por otra parte en que no hay vencedores ni vencidos, como dice vuestro ministerio; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada á los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos, y á los que ocupan en el dia sus sucesores: esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido, sino finura de Calomarde, que ha renunciado generosamente su sillon á los que mandan en el dia.

Convengamos en que es un gran consuelo para uno que lo pasa mal, decirle al oido: lo pasa uste mal, pero hágase usted cargo de que no hay vencedores ni vencidos. En no habiendo vencedores ni vencidos, que te roben al volver de una esquina, que te salga una lupia en medio de la frente, ó una joroba en medio de las espaldas, nada te debe importar: porque sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra, como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedo-

res y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos, pues, los liberales casteçaos á vencer á alguien, y si los carlistas no se dejan vencer, venceos por el pronto á vosotros mismos, que ese será el vencimiento que esos señores querrán dar á entender como necesario para que todo entre en caja, sobre ser esa clase de victoria la mas agradable á los ojos de Dios.

Y aunque no tuvierais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos, no veo yo la causa de tanta afliccion. Que está el pretendiente en Vizcaya... y bien: ¿y qué es el pretendiente? Segun una feliz espresion de un diputado francés, traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mio, nada: un faccioso mas.

Que se ha aumentado la faccion; que tenia dos mil hombres el año pasado, y que este tiene veinte mil, como me dices en tu segunda carta. Pero ¿qué es eso, amigo mio? Bien contado, nada: diez y ocho mil facciosos mas.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet: ¡ó almas apocadas! ¿Y qué es eso bien mirado? Nada: una sorpresa mas.

¡Ay amigo, las cosas son como se quieren ver! Filosofemos un momento. Quiero suponer que volvieramos al año 32, que es todo lo peor que os podria suceder. ¿Y bien? á los ojos de la poesía ¿qué sería esto? Nada: diez años mas de despotismo; y que te ahorcasen á tí, por ejemplo. ¿Y qué sería esto comparado con la inmensidad del universo? Nada: un ahorcado mas en el mundo.

Que no teneis dinero... ¿y qué es eso? Nada: una miseria mas. Que no teniendo un cuarto, habeis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda mas. Que teneis que recurrir á un empréstito. ¿Y qué es eso? ¡ó ánimas mezquinas! Nada: un empréstito mas. Que hay cólera, en fin, en varias provincias... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad mas.

Ya ves que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay por qué afligirse. A propósito de afligirse, ¿qué hay del ministerio del Interior? Despues de haber mudado los nombres á las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escríbeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de Milicia Urbana? Ya inspirará confianza á todo el mundo; ya estará toda organizada y armada; dóilo por supuesto.

Háceme reir por último en tu carta lo que del miedo que á los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto á eso, y en cuanto á los muchos que han andado de carcel en carcel, y de destierro en destierro por conspiradores, asi como á los que andan sin colocacion todavía por anarquistas, concluiré esta mi misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la chancillería de Valladolid. Dedia asi: "*Causa formada á las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar, y otros escesos.*"

Asi me parece á mí que son los escesos de esos pobres liberales de Castilla, como los

vuelos de las madres: con lo cual quedo á tus órdenes, esperando noticias de esa nacion privilegiada, la cual se me figura que andando siglos podrá llegar algun dia á remontarse á la altura de Portugal.

Ou senhor don Sebastian Carvalhao d' Alburquerque.

Observador. – *Núm.* 97. – 19 *de Octubre.* – 1834.

LA CUESTION TRANSPARENTE.

No ha dos dias que un señor orador apellidó en el Estamento de Procuradores á la cuestion de los empleos cuestion transparente, porque detras de ella, por mas que se quiera evitar, siempre se ven las personas. Nosotros pensamos lo mismo. Hay espresiones felices que nunca quedarán, en nuestro entender, bastante grabadas en la memoria. Cuánto sea el valor de estas espresiones dichas en tiempo y lugar, no necesitamos inculcárselo al lector. Felices son por lo bien ocurridas; felices por el apropósito; y felices, en fin, porque hacen fortuna. Estas espresiones, de tal suerte dispuestas y colocadas, suelen ser el cachetero de las discusiones, la última mano, la razon, en fin, sin réplica ni respuesta. Despues que un orador ha dicho en clara y distinta voz que el pretendiente es un faccioso mas, ya quisiera yo saber qué se le contesta. Cuando un orador suelta el *mal aconsejado*, el *inoportuno*, el *cimiento* y la *rama podrida*, ya quisiera yo que me dijeran hasta qué punto puede llevarse la cuestion en cuestion; y si hay oradores, si hay epítetos y adjetivos, si hay espresiones felices, hay cuestiones que no lo son menos. Una cuestion, cuando es una simple cuestion, es una cuestion y nada mas. Pero hay cuestiones de cuestiones. Las hay espesas y de suyo oscuras y enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve:

puédese escribir encima de ellos *non plus ultra;* nada hay mas allá: entre éstas pudiera muy bien clasificarse la de los *derechos sociales.* ¿Qué se ve al través de esta cuestion? Nada ciertamente: algun *visto*, algun *veremos*, ó por mejor decir algun *no veremos.* La de la *libertad de imprenta.* Hé aqui otra cuestion, oscura, negra como boca de lobo. Encima de ella ya se distinguen algunas prohibiciones, tal cual destierro; pero al trasluz ¿qué se ve detras? Absolutamente nada: como dice Guzman en la Pata de Cabra, solo se ve que no se ve nada. Lo de la Milicia Urbana: hé aqui una señora cuestion; esta es mas tupida que una manta. ¿Qué se ve detras? Es todo lo mas, si confusamente se divisa por encima un reglamento que se las puede apostar en enmiendas y fé de erratas al mismo diccionario geográfico. Es todo lo mas, si en la superficie se distinguen algunos miles de hombres sin fusiles, y multitud de fusiles sin hombres. Pero al trasluz nada. Semejante al retablo de maese Pedro, las pocas figuras que hay, todas estan delante. Detras ni aun Ginesillo de Parapilla y Pasamonte, que las mueve, se distingue.

Estas cuestiones, pues, oscuras y tupidas, no valen nada. Las grandes cuestiones son las *transparentes.* La de los empleos, por ejemplo: hé aqui una cuestion de pura gasa. Aqui es donde se ve claro: detras de ella, no se necesita lente para echar de ver los empleos, y no tamaños como avellanas; el mas pequeño aparece á guisa de prodigio microscópico, mas grande que nuestra misma libertad; y en punto á tamaños no hay mas que ponderar; pues aun se ve mas, porque de-

tras del empleo se ve á lo lejos (un poco mas ó pequeño, es verdad) al hombre: pero se ve. ¡Qué no se divisa detras de ciertos empleos! y no á ojos vistas precisamente, sino aun á cierra ojos. Se ven los empleados; verdad es que apenas se ven los de los tres; pero, en fin, se ve; en una palabra, se ve, que se ve algo; se ve que se verá mas; y se verá, digámoslo de una vez, lo que siempre se ha visto; los compromisos, los amigos, los parientes... es el gran punto de vista: todo se ve. ¡Fatalidad de las cosas humanas! En las otras cuestiones anhelariamos la tanspa-rencia. Y en esta en que se ve, nos hallamos precisados á esclamar: *¡Ojalá no se viera!*

Observador.-Núm. 110.-1.° *de Noviembre.*-1834.

¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?

Hénos aqui refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos.-Por otra parte no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, solo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos dias que la llegada inesperada á Madrid de un estrangero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligacion de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oir diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su estrañeza tan facilmente á nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el camino, que el hábito tenia cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer varias visitas: *¡un carruage!* dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será mas ligero: no bien lo habiamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que,

para calcular cómo sería el maldecido, no se necesitaba saber mas. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los dias y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debian de sacar en los dias de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entonces, no se podia dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion: que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviria dos minutos mas, eso era precisamente lo que no se podia menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierto ruido desapacible de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro como si dentro llevara medio Rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servia, y entre la vida del caballo y la suya no se podia atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellon: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creido cualquiera que eran gemelos, y que no solo habian nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya. Fue preciso conformarnos con este elegante mueble: subí,

pues, á él y tomé las riendas, despues de haberse sentado en él mi amigo el estrangero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fue á subir á la trasera: sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar; ¿mas cuál fue mi admiracion, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecia un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venia sin barriguera, y lo mismo fue poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit*.

Esto no es conmigo, esclamé; bajamos del birlocho, y á pie nos fuimos á quejar, y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aqui es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo asi, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: espúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí. – ¿Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho y á esa jaca sobre todo? me dijo echándome á la cara una interjeccion espresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar. – Véale usted despacio, le contesté sin embargo. – Pues no hay otro, siguió diciendo; y volviéndome la espalda: ¡A París por gangas! añadió. – Diga usted, señor groscro, le repuse, ya en el colmo de la

cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aqui para servir, ó para mandar al público? Pudiera usted tener mas respeto y crianza para los que son mas que él. – Aqui me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del pais. – Nadie es mas que yo, don caballero ó don lechuga; sino acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ¡ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno! – Y al decir esto, salió una muger y dos ó tres mozos de cuadra; y llegáronse á oir cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeuntes, y como el calesero hablaba en majo y respondia en desvergonzado, y fumaba y escupia por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudia y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, solo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se prepataba á hacernos pasar el concurso que alli se habia reunido.

– ¿Entre qué gentes estamos? me dijo el estrangero asombrado. ¡Qué modos tan raros se usan en este pais! – Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpacion, y seguimos nuestro camino. El dia habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal, acaban peor.

Tenia mi amigo que arreglar sus papeles, y

fue preciso acompañarle á una oficina de policía: ¡aqui verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura! La puerta estaba abierta, y naturalmente nos entrábamos; pero no habiamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos: – ¡Eh! ¡hombre! ¡adónde va usted! fuera. – Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno. – Vamos, adentro: ¿qué hacen ustedes ahí parados? dijo de alli á un rato para darnos á entender que ya podiamos entrar: entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debian contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicacion mia para que nos despachasen, en atencion á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios. – Tenga usted paciencia, respondió uno, que aqui no estamos para servir á usted. – A ver, añadió dentro de un rato, venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró. – ¿Y usted quién es? – Un amigo del señor. – ¿Y el señor? algun francés de estos que vienen á sacarnos los cuartos. – Tenga usted la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla. – Ya le he dicho á usted que no sea insolente sino quiere usted ir á la carcel.

Brincaba mi estrangero, y yo le veía dispuesto á hacer un disparate. – Amigo, aqui no hay mas remedio que tener paciencia. – ¿Y qué nos han de hacer? – Mucho y malo. – Será injusto. – ¡Buena cuenta! Logré por fin contenerle. – Pues ahora no se le despacha á usted: vuelva usted

mañana. – ¿Volver? – Vuelva usted, y calle usted. – Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevia á mirar á la cara á mi amigo. – ¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan... ¿Es algun príncipe? – Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personage de la nacion: como está empleado, se cree dispensado de tener crianza...

– Aqui tiene todo el mundo esos mismos modales segun voy viendo. – ¡Oh! no; es casualidad. *C'est drôle*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo queria hacerse un pantalon, y le llevé á casa de mi sastre. Esta era mas negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas ó tres, mas bien mas que menos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos; y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente: mi sastre se reia; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres, ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas

gentes. – Era por la mañana: la fatiga y el calor nos habian dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes. – ¡Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡Que si quieres! – ¡Bravo! dije para mí. ¿No presumia yo que el dia habia empezado bien? – Pues traiga usted dos vasos pequeños de limon... Vaya, ¡hombre! anímese usted; tómelos usted grandes, nos dijo entonces el mozo con singular franqueza; si tiene usted cara de sed. – Y usted tiene cara de morir de un silletazo, repuse yo ya incomodado: sirva usted con respeto; calle, y no se chancee con las personas que no conoce, y que estan muy lejos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un villar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al villar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de mas allá, y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿Entre qué gentes estamos? repetia yo con admiracion. *¡C'est dróle!* repetia el francés. – ¿Es posible que nadie sepa aqui ocupar su puesto? ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demas casos que de este género en aquel bendito dia nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de estos le suceden al dia y le estan sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya usted á comer á una fonda, y cuente usted con el mozo que ha

de servirle como pudiera usted contar con un comensal. Él le bordará á usted la comida con chanzas groseras; él le hará á usted preguntas fraternales y amistosas;... él... Vaya usted á una tienda á pedir algo. – ¿Tiene usted tál cosa? – No señor; aqui no hay. – ¿Y sabe usted dónde la encontraria? – ¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aqui no hay. – ¿Se puede ver al señor de tal? dice usted en una oficina. – Y aqui es peor, pues ni siquiera contestan *no*: ¿ha entrado usted? como si hubiera entrado un perro. – ¿Va usted á ver un establecimiento público? – Vea usted qué caras, qué voz, qué espresiones, qué respuestas, qué grosería. – Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se lo vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos, ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de usted, hablan cuando habla usted, y hablan ellos... ¡Señor! ¡señor! ¿Entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi francés habia hecho todas estas observaciones, pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro pais es el pais de las anomalías: asi que, al concluirse el dia, amigo, me dijo, yo he viajado mucho: ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hom-

bres; este es el pais adonde yo me vendria á vivir; aqui todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á públicar un opúsculo en que pruebe que la España es el pais mas dispuesto á recibir...

– Alto ahí, señor observador de un dia, dije á mi estrangero interrumpiéndole: adivino la idea de usted, las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas; la observacion general empero que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que solo se podrian esplicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el pais menos dispuesto á lo que usted cree, por mas que le parezcan á usted todos unos. No confunda usted la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad, las causas son no obstante diferentes; esa franqueza, esa aparente confusion y nivelamiento estraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar... – ¡Oh! sí, si entiendo. – ¡C'est drôle! ¡C'est drôle! repetia mi francés.

– Ahí verá usted, repetia yo, entre qué gentes estamos.

Observador.-Núm. 122.-13 *de Noviembre.*-1834.

DOS LIBERALES,

ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

PRIMER ARTÍCULO.

Entre las personas que me hacen demasiado favor, sin duda, en ocuparse en los articulejos que he solido dar á luz durante mi corta existencia periodística, algunos hay que me dirigen diariamente amistosas reconvenciones sobre lo perezosa que se ha hecho mi pluma de algun tiempo á esta parte. Esto es lo que llamaria yo de buena gana no saber de la misa la media, si no temiese ofender á los que con su aprecio me honran y distinguen: no entraré en aclaraciones acerca del particular, porque acaso no me bastára el querer satisfacerlas: solo les diré, que llamarme perezoso equivale á reconvenir á un cojo de ambas piernas, porque no ande. Si esto no basta, ya no sé qué decir: ¡ojalá no sobre! Les podré añadir, que por una rara combinacion de circunstancias que mis lectores no entenderán, y que yo entiendo demasiado, nunca escribo yo

mas artículos que cuando ellos no ven ninguno, de suerte que en vez de decir *Figaro no ha escrito este mes*, fuera mas arrimado á la verdad decir el mes en que no hubiesen visto un solo *Figaro* al pie de un artículo, *¡cuánto habrá escrito Figaro este mes!* Parece la cosa digna de esplicacion; pero, amigo lector, como de esas cosas suceden que no se esplican, y como de esas cosas se esplicarian que no se entenderian.

Sentadas estas bases, basta por toda satisfaccion saber que tengo un criado montañés, que á fuer de quererme, se toma conmigo raras libertades: lo mismo es ver que he escrito como cosa de un cuarto de hora, que es todo lo mas que él me permite, porque blasona de cuidarse mucho de mi bien estar, éntrase en mi cuarto gruñendo entre dientes, como criado viejo: tiende la vista descortesmente sobre mi papel, y mirándole solo con un ojo, á causa de no tener otro: ¡Hola! dice: ¡oposicioncita! ¿Eh? ¡Basta, señor, basta! y unas veces, derribando el tintero sobre el escrito, llénamelo de borrones; y otras, que son las mas, asiendo de un apagador, encájalo por montera sobre el candelero y apaga la luz. Yo no sé con quién diablos ha servido el tal montañés; pero él jura que esto me conviene; verdad es que me conoce, y sabe que sino me fuera á la mano estaria escribiendo todavía, porque como él dice, la materia no es corta, y la intencion no es buena. El montañés tiene ascendiente sobre mí, sin que yo lo pueda remediar; por consiguiente no hay echarle de casa: conténtome, pues, con decir, cada vez que me corta el hilo de mis eternos discursos,

Dios le dé salud,
Dios le dé salud,
á aquel montañés
que apagó la luz.

Cantaba yo por lo bajo este refran (porque por lo alto no me atrevo á cantar) esta mañana misma, contemplando con las lágrimas en los ojos y á oscuras el estrago que habia hecho en mi bufete la última visita de mi montañés, cuando vuelve éste á entrar con el correo en la mano: es de advertir que yo llamo correo á toda carta que recibo, por la simple razon de que segun está en el dia el servicio de correos, resulta ser igual enviar una carta por la valija pública, ó llevarla uno mismo; entro pues con mi correo de Madrid, y entre algunas apuntaciones que me envian mis corresponsales, las cuales asi me guardaré yo de publicarlas, como se guardará el censor de permitirlas, encuéntrome con dos cartas evidentemente de liberales, puesto que cada uno trae su hoja de servicios al margen: ambos de buena fé, amantes ambos del bien de su pais. Y como se reduzcan ellas á darme cuatro consejos que tengo bien merecidos por los muchos desmanes que he cometido en punto á escribir, y por los que pienso seguir cometiendo en cuanto pueda, trasladarélas al curioso lector, si es que ha quedado lector curioso en España despues de todo lo que se ha leido en la larga fecha que llevamos de completa libertad intelectual. (Sea dicho con licencia de Dios y de la conciencia.)

Dice el uno. = Señor Fígaro: gracias á Dios,

impertérrito escritor, que ha dado usted algun descanso á su pluma: no le negaré á usted que sus artículos me han solido hacer reir alguna vez; pero siempre tuve en medio de eso deseos vehementes de dar á usted un consejo. Yo, señor Fígaro, soy liberal desde chiquito, asi como hay otros chiquitos desde liberales; anduve en lo del año 12, asunto de grandes controversias; que salvé, pues, la patria de la dependencia francesa, no hay para qué decirlo; que vino el rey, todo el mundo lo sabe; ¡ojalá nadie lo supiera! y que fuí luego á Melilla, eso lo sé yo, y basta. Vino el año 20 y vine yo; es decir, que vinimos todos. Cómo se manejó aquello, pues la cosa fue sonada, ya habrá llegado á oidos de usted, porque le tengo por liberal de esta nueva cria. Fue el caso no habernos entendido, que á entendernos otro gallo nos cantára; pero ¿qué quiere usted? la inteligencia no fue el don de que anduvo mas pródigo el Ser Supremo: en cambio nos dió memoria de firme, para nuestra desdicha, y voluntad, la cual podemos tener todo lo mala posible. ¡Tal es el hombre! Pero si nosotros no nos entendimos parace que nos entendió Angulema, y aun nos tradujo y nos refundió de tal suerte, que quedamos peor parados que comedia antigua en manos de poeta moderno. ¿Y quién tuvo la culpa? La libertad de imprenta. Claro está. Y sino, lo probaré. Las naciones del Norte vieron que la chispa eléctrica corria demasiado, suscitaron aqui el partido descontento, y alzáronse las guerrillas. Ya ve usted que esto es claro, ¡la libertad de imprenta!

Dieron dinero y auxilios, y la faccion cre-

ció. Verdad es que la faccion no sabia leer. Pero sino hubiera sido por la libertad de imprenta la faccion no hubiera crecido.

Acaloráronse los ánimos, y de puro no saber leer, ni escribir, no nos pusimos de acuerdo. ¡Ya ve usted! La libertad de imprenta.

Entró Angulema, y ¿quién le dió sus bayonetas? La libertad de imprenta.

Hubo desgraciadamente defeccion, torpeza ó mala fé en nuestro ejército, y á Cádiz con la maleta. ¡La libertad de imprenta!

Acabóse todo, publicóse el gran manifiesto impreso. ¡La libertad de imprenta! y buenas noches.

Aqui entró la emigracion, y de la emigracion el escarmiento. Ya ve usted, pues, si unido de esta suerte á esta causa, puedo yo no ser liberal de veras.

Hoy es, y esta es la primera vez que hemos venido los emigrados, sin venir ningun año particular. Nacimos el año 12. Nos fuimos con el 14, volvimos con el 20, y escapamos con el 23. Ahora nos hemos venido sin fecha: como ratones arrojados de la despensa por el gato, hemos ido asomando el hocico poco á poco, los mas atrevidos antes, los mas desconfiados despues, hasta que hemos visto que el campo es nuestro.

No comprendiendo nosotros mismos nuestra venida, á cada paso creemos ver de nuevo el gato.

Ahora bien, nuestro gato es la anarquía, porque el otro que habia en la casa se escaldó para siempre. ¿Y le parece á usted justo, señor Fígaro, que yo y otros como yo, que hemos tenido la gloria y la fortuna de escapar de dos fechas en contra y de dos emigraciones, que he-

mos vuelto, y que á causa de nuestros antecedentes y de nuestros talentos (perdone usted el galicismo, que me lo traje de Francia) nos hemos encontrado al frente de las cosas con muy buenos destinos, vayamos á incurrir en los mismos tropiezos de antes? No señor: hemos hecho *amande honorable.* El andar de prisa los jóvenes, solo tendrá por resultado atropellarnos á los viejos: por consiguiente, queremos orden. Bien comprendo que querrán andar de prisa aquellos emigrados que no han encontrado destinos, porque, andando ellos los toparán. Lo mismo digo de los liberales que quedaron por aqui, y de los de la nueva cria. Estos al fin pueden decir: *Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.* Si no tienen otra cosa todavía, por fuerza han de tener prisa. Pero nosotros, señor Fígaro, los que hemos llegado á mesa puesta...

Nosotros no tenemos mas norte que lo pasado: nosotros vemos la anarquía, exista ó no: nosotros nos hemos enmendado; volvamos de nuestros errores y evitaremos á toda costa la libertad de imprenta y toda clase de libertad; la república nos acecha, el gorro nos amenaza, la guillotina nos amaga, y nuestro libro consultor es el año 23, y sobre todo el 92.

He dicho todo esto porque deseando el bien para mi patria, y que evitemos los escollos pasados, creo que debemos ir poco á poco y unirnos cordialmente los que tenemos los destinos, y los que no los tienen. Entendámonos por fin de esta manera. Ya ve usted que soy hombre que me pongo en todo: me he puesto en mi destino, y ahora me pongo en la razon.

Por lo tanto, los artículos de usted que tienden á una oposicion directa, los artículos de usted, que quieren poner en ridículo nuestra lentitud, solo pueden dar armas á nuestros enemigos. Aqui no hay mas divisa que Isabel II. Y en cuanto á escribir, escribir nuestros mismos defectos para que los corrijamos, es disparate, porque no por eso los hemos de corregir: debe alabarse todo lo que hagamos, siquiera para no dar que reir á nuestra costa á los carlistas; y le advierto caritativamente, que si persiste en el camino de esa oposicion que ha manifestado, haremos correr la voz de que todos los que hacen esa oposicion nos quieren precipitar de nuevo y quieren reproducir el año 23; hasta diremos que estan vendidos á don Cárlos, y no faltará quien lo crea, pues aqui para todo hay creyentes, y lo que aqui no se cree, ya es preciso que sea increible.

Con lo cual queda de usted su afectísimo liberal escarmentado, y con competente destino &c.

La siguiente carta del otro liberal, para el siguiente número.

DOS LIBERALES,

Ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

SEGUNDO ARTÍCULO.

Al sentar la pluma en el papel para este segundo artículo, que en nuestro número 122 del jueves dejamos prometido, mal pudiera dejar de recordar cierto lance ocurrido no ha muchos años á un buen cómico francés. Habia empezado su carrera dramática con no muy buenos auspicios; y esto en tales términos, que nunca le dejaba el público llegar al fin de la representacion. Escarmentado el hombre de estudiar papeles en valde, y deseoso de mudar públicos, tomó la rara resolucion de no dar en cada parte mas de una representacion, y de no estudiar nunca mas que el primer acto del papel que á su cargo tomaba. Transcurrió asi algun tiempo felizmente; pero hubo de llegar un dia á un pueblo, donde fuese por casualidad, fuese por alguna causa en él sobrenatural, no solo no le silbó el público desde los primeros versos, como le solia acontecer, sino que descendieron los aplausos sobre él, como el maná sobre los israelitas. Pero bajó el telon

acabado el primer acto, y nuestro cómico, no habiendo estudiado el segundo, se vió precisado á salir y decir: "Señores, no hallándome acostumbrado á la acogida benévola que este ilustrado público acaba de hacerme, me veo en la triste precision de anunciar el segundo acto para mañana, á causa de no haberlo estudiado." Con lo cual recibió la acostumbrada silba, entonces por haberlo hecho bien.

Los que hayan leido el principio de mi anterior artículo habrán comprendido ya el cuentecillo; á los que no, les diré francamente que al ver, por fin, impreso un artículo mio en el *Observador* del jueves, cosa á que no estaba ya acostumbrado, me hallé en el mismo, mismísimo caso que el cómico silbado. No presumiendo que habia de imprimirse nunca ni aun la primera parte de mi artículo, quedéme *in pectore* con la segunda.

Hé aqui la causa de su detencion en publicarse; supuesto sin embargo, que me he visto tan agradablemente sorprendido, vuelvo á hojear mi correo, encuentro la continuacion, y tal cual es allá sale la siguiente carta del otro liberal, si no lo han mis lectores por enojo.

"Yo, señor Fígaro, con permiso del gobierno, soy liberal de padre á hijo, porque en mi casa este fue mal de familia. Mala herencia me dejaron; pero sobre no haber otra, quien lo hereda no lo hurta. A saber yo hurtar otro gallo me cantara, y no tendria necesidad de ser hoy en el dia liberal, que antes pudiera ser lo que me diese la gana; y asi podria irme á Francia con el dinero y la maldicion del público, como

tomar á mi cargo un buen destino de donde pudiera seguir haciendo de las mias, que el dinero llama dinero.

El hecho es que no hay nada de esto, y que en mi casa no hay mas que dos cosas: mi opinion liberal, con la cual me doy á todos los diablos, y una silla en la cual me siento.

Yo fui de los primeros que tomaron las armas contra los franceses en tiempo de la independencia; á un mismo tiempo casi acabó la guerra y la Constitucion. Entonces no estrañé yo que no me diese premio el recien llegado; pero llegó el año 20, y por mas que peroré en todos los cafés de Madrid, por mas patriotismo que lucí en listas públicas y motines, no pude ser nunca mas que empleado en loterías. Yo fui Miliciano Nacional, yo pedí regencia... yo... qué sé yo lo que hice. Pero mi suerte era trabajar siempre para otros. En la guerra de la independencia trabajé, como todos, para S. M.; y dejemos este cuento, que es cuento de cuentos. En la Constitucion trabajé para que se hiciesen ministros unos cuantos, y para que se hiciesen ricos otros pocos. Esta es la suerte de los que vamos de buena fé. Hasta en mi empleo de loterías, al cabo, ¿qué hacia? Trabajar porque les cayese á otros. — El año 23 se fue á Cádiz la patria, y yo me fui con ella. Llegué roto y descalzo: hice prodigios en el Trocadero: la cosa se puso de pésima data, y cada pedazo de la patria tomó por donde pudo. Pedazo hubo que no paró hasta América. Solo yo, sin patria, que se me habia ido entre las manos, y sin empleo, que se encargó un realista de regentar en Madrid duran-

te mi ausencia: sin dinero, porque yo no habia hecho mas que motines mientras que otros habian hecho pacotilla; volvíme á Madrid, donde me pasé en la carcel muy buenos meses por haber sido liberal. — Los diez años, no hablemos de ellos. ¡Ojalá hubiera sido emigrado! Con solo este deseo se podrá formar idea de mi situacion.

Ocurre lo de la Granja, y viendo un resquicio por donde salvar la patria, hágome *cristino* de aquellos primeros que en secreto casi se armaron en Madrid. A poco el ministro famoso que no queria innovaciones peligrosas, debió encontrar malo que hiciéramos la innovacion de ser *cristinos*, y salimos desterrados yo y otros pocos.

Vuelvo del destierro á fuerza de empeños, y amanece el dia 27 de octubre. Los realistas amenazan á Madrid. Lleno de patriotismo salgo á salvar la patria en peligro, desarmo cuantos puedo, á riesgo de mi vida; pero pasa el peligro, ceden los rebeldes, y una autoridad á quien presento mis trofeos me prende porque la patria no necesita de mis servicios, y porque ando armado sin autorizacion. Hé aquí lo que es la suerte de los hombres. Si los realistas aprietan mas, soy un héroe aquel dia: cedieron pronto, y fui un desobediente, un perturbador. Si ellos hubieran vencido, me hubieran ahorcado. Mi partido fue mas generoso, se contentó con prenderme.

Salgo, por fin, de la carcel, y mi entusiasmo siempre en pie. Al fin los liberales, digo para mí, hemos de ser premiados algun dia. Me presento á alistarme en las filas de la Urbana, y me dicen que habiendo perdido mis pocos

bienes el año 23, no ofrezco garantías. ¡Qué bien hicieron los realistas en dejarnos sin camisa! Si nos dejan algo hubiéramos podido armarnos contra ellos. – En el ínterin nace el Estatuto y las leyes fundamentales. Me presento á reclamar mi destino; pero, amigo, las leyes fundamentales no dicen nada de loterías: llévese el diablo las invenciones modernas. Por mas que he registrado crónicas y partidas, nada he encontrado: me he convencido, pues, de que las loterías es una innovacion. Mi empleo, pues, nada tiene que ver con la monarquía: no apoyándose mi reclamacion en las leyes fundamentales, es considerada como sin fundamento.

Amplíase entre tanto la Milicia, y al fin entro en ella. Me ofrezco á la patria para lo de Vizcaya, creyendo hacer falta. ¡Error! Nadie hace falto alli. Aprendo el ejercicio, y como no nos reunimos, ¿querrá usted creer, señor Fígaro, que todavía no conozco la cara de mis compañeros?

Pero no importa; ocurren no sé qué conspiraciones, y préndenme por anarquista. Se indaga, se busca; lo único que se ha descubierto es que yo he estado en la carcel. El peligro, pues, no era para la patria, sino para mí.

Este es mi estado, señor Fígaro. Con todo sigo siendo liberal: asi es, que no me llega la camisa al cuerpo.

En atencion á estos datos, suplico á usted que se sirva no dejar dormir su pluma en ese camino de la oposicion, en que ha marchado con tanta gloria, en la inteligencia de que si usted afloja, yo y los mios haremos correr por to-

das partes la voz de que se ha vendido usted al ministerio.

Esto no marcha, y solo una oposicion sostenida puede salvarnos. A ellos, pues, señor Fígaro, y dóblelos usted á sátiras si quiere conservar el aprecio de su seguro servidor.

El liberal progresivo, y sin destino."

Esas son las dos cartas: las dos son liberales; las dos de hombres de buena fé, que solo desean el bien de la patria. = Si escribo en liberal, dirán unos que estoy vendido á don Cárlos. Si escribo en ministerial, dirán otros que estoy vendido al ministerio. ¡Si al menos se supiese quién paga mejor!

¡Gracias á Dios, por fin, que ya estamos de acuerdo; gracias á Dios que nos entendemos!!!

Observ. – *Núm.* 151. – 12 *de Diciembre.* – 1834.

LA VIDA DE MADRID.

Muchas cosas me admiran en este mundo: esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; solo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para éstas no hay cosa que valga nada. Colocada la mia á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiracion, y estoy tanto mas distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un dia de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditacion, me paro á considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dento de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin á este cuadro halagüeño, que segun todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de

errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda mas que una sola cosa á la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro mas que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida tan mala. Esto último bastaria á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento; porque solo un Dios y un Dios Todopoderoso podia hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los paises incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala mas alta ó mas baja; pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvage estará en los términos de su conversacion. Lord Wellington hablará de los wighs, el indio nomade hablará de las panteras; pero iguales penas le acarreará á aquel el concluir con los primeros, que á éste el dar caza á las segundas. La civilizacion le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, asi debajo del dorado arteson, como debajo de la rústica techumbre

de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, preciso es cerrar enteramente el entendimiento á toda reflexion para desearla.

El jóven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo mas doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosimil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame dias pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay mas que dos modos de pasear, ó solo ú acompañado. La conversacion de los jóvenes mas suele pecar de indiscreta que de reservada: asi fue, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacia yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: "Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demas lo que no creo. ¡Como solo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oir." A lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid? Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir... escribo... ayer escribí una esquela á Bor-

rel para que me enviase cuanto antes un pantalon de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demas le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugo; dias hay que á las diez ya estoy en pie. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el pais. Si á esas horas ha parecido ya algun periódico, me lo entra mi criado, despues de haberle ojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leido ya: todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edicion del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seriamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdria decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á quellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Gerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe, y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el dia? el capote de barragan: á casa de la marquesa hasta las dos: á casa de la condesa hasta las tres; á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma

conversacion: en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra adonde voy: esta es toda la conversacion de Madrid.

¿Está el dia regular? A la calle de la Montera. A ver á La Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, segun. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el dia? A caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pie. A comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las mas fuera de ella.

¿Acabé de comer? A Sólito. Alli dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edicion de la conservacion de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un pais donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

—¿Qué se da en el teatro? dice uno.

—Aqui, 1.°, sinfonía: 2.°, pieza del célebre Scribe: 3.°, sinfonía: 4.°, pieza nueva del fecundo Scribe: 5.°, sinfonía: 6.°, baile nacional: 7.°, la comedia nueva en dos actos, traducida tambien del ingenioso Scribe: 8.°, sinfonía: 9.°...

—Basta, basta; ¡santo Dios!

—Pero, chico, ¿qué lees ahí? si ese es el Diario de ayer.

—Hombre, parece el de todos los dias.

—Sí, aqui es *Guillermo* hoy.

—¿*Guillermo*? ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá?

—Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

—A mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

—Sí, sí, respondo á mi compañero de paseo; á mí tambien me suele tocar el turno.

—Pues bien: subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo al dueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme: gran tualeta. A casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lunes, y de... y las mismas de las visitas de la mañana, del Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

—¿Y qué hace usted en la sociedad?

—Nada; entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en la sala; vuelvo á salir al gabinete; vuelvo á entrar en el ecarté...

—¿Y luego?

—Luego á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Despues de leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie, y que á nadie retrato en ella, é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningun desafio, aunque necios conozco yo para todo, trasládola á la consideracion de los que tienen apego á la vida.

Observ. – *Núm.* 156. – 17 *de Diciembre.* – 1834.

BAILES DE MÁSCARAS.

BILLETES POR EMBARGO.

Desgraciadamente para la empresa de teatros, que no se cansa de hacer en obsequio del público todos los sacrificios que estan al alcance de una especulacion que con tantas dificultades tiene que luchar, el tiempo no ha favorecido la entrada del segundo. Solo á esta causa podemos achacar la poca concurrencia, si es que no se quiere seguir la opinion de los que aseguran que no es Madrid pueblo que pueda resistir tres meses de carnaval. Acaso han empezado los bailes demasiado pronto, si bien nosotros tenemos entendido que para embromarse y engañarse los hombres unos á otros todos los meses son buenos. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el teatro del Príncipe ha presentado, sobre todo en este segundo baile, en que se han procurado corregir los leves defectos notados en el primero, un aspecto de lujo y de hermosura poco comun en bailes de esta especie; y es de esperar que el sentido comun venza por fin la resistencia que ideas ridículas de intempestiva aristocracia parecen oponer todavía entre nosotros á la igualdad y publicidad que reina en esta diversion, aun en tiempos en que dicen que la libertad tiende sus alas protectoras sobre todas las clases indistintamente.

Solo una cosa encontramos notable y digna de ser al púpblico referida en estos bailes del teatro hasta ahora: cosa que contaremos, pero como es conocido el cuidado que siempre en nuestros artículos ponemos de huir de toda inculpacion de personalidad, y como por repetidas órdenes, instrucciones censoriales y reglamentos, todavía vigentes, no le es permitido á la libertad de imprenta decir todo lo que piensa, la contaremos sencillamente, y sin darle color, con la natural malignidad que suelen encontrar en nuestros escritos los benévolos lectores. Al referir un hecho, sucedido en Madrid, en estos tiempos y á vista de todo el que lo haya querido ver, no podemos hacernos culpables de nada: si la cosa hace reir por sí, no estará la malicia en nosotros, sino en la cosa.

Sabido es, y ojalá no lo fuera, que el excelentísimo ayuntamiento tiene en cada teatro de esta ilustrada capital de esta regenerada patria, un palco, palco que por mas señas vale por dos: localidad que en la contrata del gobierno con el empresario de teatros ha sido conservada para el uso de los señores capitulares.

Llegada sin embargo la época de los bailes de máscaras, parece que el señor corregidor de esta muy heróica villa pasó al empresario un bando, ó sea instruccion, relativa á varias medidas de policía interior de estas funciones, en la cual no dejó de tocarse la grave cuestion de si los señores capitulares, cuyo número parece montar á setenta y cinco, deberian ó no tener entrada á las funciones. Pareció indudable que tenian derecho á su palco, pero no tan indudable que lo

tuviesen igualmente á entrar en el salon y disfrutar en él y en las demas localidades dispuestas *ad hoc* por el empresario, á fuerza de dinero suyo. El empresario creyó cumplir con lo que la justicia exigia dando pase á los señores setenta y cinco para su palco; pero no satisfaciendo esto á dichos señores setenta y cinco, parece que se recrecieron disturbios y reyertas de graves consecuencias para la república. Nuestro corregidor, cuya ilustracion sería dificil poner en duda, ofició al empresario para que se diesen á los setenta y cinco señores otros tantos billetes, es decir, setenta y cinco. Pero montando setenta y cinco billetes, á razon de 25 reales por cada uno, á la cantidad de 1885 reales de vellon, desfalco notable en la entrada de cada noche, y pudiendo estos billetes ser luego regalados y no servir ni aun para su uso primitivo, dado caso que este fuese de justicia, el empresario no solo se negó á darlos, sino que elevó la cuestion al señor gobernador civil, y con ánimo, segun creemos, de seguirlo elevando en todo caso hasta la última potencia posible, y de no ceder de su derecho sino á la fuerza.

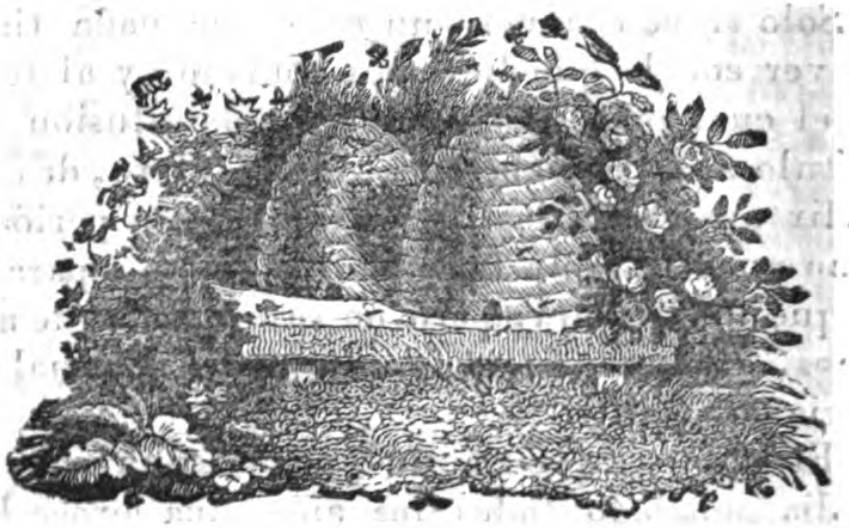
En tan apuradas circunstancias, yendo y viniendo dias, llegábase el dia del baile, y en el ínterin que se decidia si los señores setenta y cinco capitulares, por representar la villa de Madrid, la cual ha cedido en una contrata particular los teatros á una empresa, deben disfrutar ó no gratis de todas las funciones que en el tal local puede dar la empresa, incluso alumbrado, alfombra, mesas de juego, ambigú y demas; en el ínterin, repetimos, que esto se decidia, se

presentó en el despacho de los billetes el alguacil mayor, con su correspondiente escribano y demas alguaciles menores, y embargó dichos setenta y cinco billetes, para dichos setenta y cinco capitulares, prévia la competente protesta del despachador de ceder á la fuerza, y el competente recibo del competente escribano. Ignoramos cuáles puedan ser las decisiones ulteriores que sobre esta cuestion, que pudiéramos llamar de los setenta y cinco, recaigan, ni es esto de nuestra incumbencia, ni nos adelantaremos á dar nuestro voto en el particular, si bien nadie ha dicho que no le podamos tener como cada vecino de esta villa, á quien representan los setenta y cinco capitulares.

Solo sí contaremos un caso que nada tiene que ver con lo que llevamos contado, y al referir el cual protestamos contra toda alusion. Es capítulo aparte: táchesenos, si se quiere, de confundir unas materias con otras: en un periódico no pueden venir las materias muy separadas aunque uno quiera; pero no se nos tache de malignos, que esta fuera inculpacion á la cual no podriamos resistir.

El caso era que en un pueblo solia salir en un dia señalado todos los años una procesion, no sabemos á qué propósito, la cual tenia de costumbre inmemorial designada la carrera que debia seguir. Ocurrió un año, antes del tiempo de la procesion, tapiar é incomunicar cierta calleja, por la cual solia pasar aquella; y convertida ya la calleja en callejon sin salida, fue preciso variar la carrera que la solemnidad ambulante llevaba. Alborotóse empero el pueblo, y

sobre todo los vecinos de la calleja, que querian disfrutar del paso de la Vírgen; y tanta fue la grita y la zalagarda, que fue indispensable la intervencion del alcalde, el cual, oidas las partes, que fue cosa rara, decretó: "*En atencion á lo que se me ha dicho por una y otra parte, y á pesar de estar hecha la calleja callejon sin salida, mando y ordeno que se guarden los usos y costumbres, y que vaya la procesion por la calleja.*"



Inédito—Agosto.—1834.

LA CALAMIDAD EUROPEA (1).

Muchas y grandes han sido las calamidades con que la Providencia en sus secretos fines quiso afligir en distintas épocas al hombre. Ya desde un principio pudo conocer el mas lego la desgracia que presidia á la creacion de este mísero globo. El que vió en los primeros tiempos que fue preciso arrancar al hombre de su propia costilla la muger, ó habia de tener poco olfato, ó debia ya decir para su capote (permítaseme el anacronismo) que habia de venir presto abajo nuestra felicidad. Asi fue; habló una serpiente; la muger dió oidos al primer advenedizo, fragilidad que desgraciadamente se ha transmitido de siglo en siglo, cortóse la manzana del árbol del bien y del mal, que por lo visto solo tenia el mal para nosotros, hincóle el diente el crédulo esposo, y vínose abajo á renglon seguido todo el edificio del primaveral paraiso. Primera calamidad, y no la mas floja. Hénos aqui ya habitando la tierra, merced á la picia del primer hombre: nace el segundo mortal, y segunda picia: lo primero que hace es matar al tercero: hé aqui una

(1) Todo el mundo recuerda la espulsion del señor Burgos del Estamento de ilustres Próceres. Aquel acto, legal ó ilegal, y el párrafo del artículo citado mas abajo, y publicado en los periódicos de la época por el destituido, son datos mas que suficientes para la inteligencia de este escrito, que entonces no vió la luz por circunstancias independientes de la voluntad del autor.

raza maldecida, y la segunda calamidad. Con tan galanos principios no debió de ser dificil augurar los fines. El primer homicidio no debia de ser el último. Endurécese el hombre en el mal, sucédele un vicio á otro, un crimen abona el anterior, y pónese la cosa tan de mala data, que cansado y arrepentido el Hacedor, lluévele encima al hombre, y pónelo perdido. ¡Dia de agua! Ni sirven ramas, ni valen altos montes. Se abren las cataratas del cielo, derrámase el líquido abundante, ahógase todo bicho, y hé aqui la tercera calamidad.

Vuelve el hombre á poblar, y ya de aqui en adelante imposible fuera poner orden en las calamidades. No bien sale del reciente escarmiento, lánzase de nuevo al crimen: olvida su Dios y su religion; de nada ha servido el diluvio; el Criador lo conoce, y vista la ineficacia del agua, aqui prueba con Sodoma y Gomorra la virtud del fuego: igual resultado. Allá convierte en sal al curioso. Acá confunde en Babel las lenguas insolentes, y vuélvese la torre una cazuela de un teatro de Madrid. Tiempo perdido. Desde entonces todos hablan y ninguno se entiende; pero no por eso se ha mejorado nuestra condicion. Caiga agua, baje fuego, venga sal, lluevan lenguas sobre nosotros; el hombre insolente todo lo aprovecha. Inventa barcos, y anda sobre el agua; recoge la lumbre, y caliéntase á ella; toma la sal, y échala en el puchero; aprende las lenguas, y corre á enseñarlas por el equitativo estipendio de treinta reales al mes...

¿Quién tendria desde entonces el vano proyecto de seguir en su curso las calamidades del

hombre? Poco antes de llegar á la tierra de promision, adora el becerro de oro, figura simbólica del siglo XIX, que habia de adorar el oro, aunque fuese en un becerro; en Jericó hace añicos todo los cántaros de la provincia; en Egipto adora la cebolla, ídolo por cierto de muy mal tono; en el Indostan tributa honores al sol y al fuego; en la India occidental, que tenia mas de occidental que de India, adora la luna entera; mas económico en Asia, adora media luna no mas; en África reverencia á los bichos ponzoñosos; en Europa rinde culto á sus grandes ladrones y asesinos, y erige altares á sus tiranos; aqui se hunde la Atlántida, preparando á navegantes con su hundimiento descubrimientos fatales; ábrense volcanes por todas partes, vomitando lumbre sobre él; las tempestades aqui, la peste alli, la guerra de nacion en nacion, las preocupaciones do quiera, la muger en todas partes; todo es error y desgracia, todo crimen y confusion el mundo; todo es, en fin, calamidades.

Dejemos, pues, á un lado las del mundo para ocuparnos solo de las de Europa.

Nace apenas la sociedad europea, y surgiendo de ella Elena, lánzase aquella, contra el Asia, en mil frágiles barquillos á llevar á las playas troyanas el hierro y la destruccion. *Nótese que la primera calamidad europea emanó de la importancia dada á la fidelidad de una muger.*

El adulterio, el asesinato y el incesto reciben á su vuelta á los vencedores argivos. Cien repúblicas en seguida, ansiosas de libertad, se aherrojan mutuamente, y un ejército de persas viene hasta Maraton á sembrar el luto en la so-

ciedad europea. *Nótese que la segunda calamidad es una intervencion estrangera.*

Dos bandoleros famosos, Remo y Rómulo, echan los cimientos de la ciudad universal, que con las armas en la mano avasalla despues y esclaviza á la Europa entera. *Nótese que el principio de la tercera calamidad fueron dos ladrones públicos.*

El Norte vomita sobre el Mediodia hordas innumerables de vándalos y godos, que mudan á sangre y fuego la faz de la malhadada Europa. *Nótese que la cuarta calamidad vínole á Europa del Norte.*

El hijo de Dios habia descendido ya á morir en la tierra por los hombres; una religion nueva alzaba sus bienhechoras cruces por todas partes; mas de cien hijos espúreos, saliendo del rio principal, como sangrías de licor ponzoñoso, inundan el mundo de sectas parciales: los hijos de un innovador atrevido se arrojan de Asia á Europa con el alfange en la una mano y el Koran en la otra: numerosas cruzadas se levantan por la religion, y encienden la guerra general: nuevas sectas derraman luego la sangre alemana, y poco despues la inglesa y la francesa. La reaccion, sangrienta, como la accion, establece tribunales horribles, y cada pueblo, durante siglos enteros, aqui por la guerra civil, alli por la conquista de otro hemisferio, es una ara inmensa cubierta de mártires; los hombres son mitad víctimas, mitad sacrificadores. *Obsérvese que la quinta calamidad le vino al hombre de la preocupacion religiosa, de la supersticion, del fanatismo.*

Sobre la sangre humeante de los *autos de fé*

nace la política, y con ella el soñado equilibrio de los reinos; guerras de sucesion, guerras de familia suceden á las guerras religiosas; pueblos enteros perecen víctimas de güerras personales de sus reyes, y de etiquetas palaciegas. *Adviértase que la sesta calamidad le vino á la Europa de la importancia dada al apellido de sus pretendidos dueños absolutos.*

Vencedores éstos contemplan como instrumentos á sus súbditos; pero cansados al fin los pueblos, caen en la cuenta de sus derechos, y un grito unánime de libertad resuena en el universo. La Europa le acoge, y responde á él; se abre una lucha sangrienta de principios; una revolucion espantosa traspasa todos los límites posibles; un coloso nace de ella á detenerla; vencido empero el coloso, la libertad vuelve á desplegar sus alas: desde entonces los hombres siguen vertiendo anchos rios de sangre para reconquistar de la rutina el derecho mas sencillo y claro de todos; su propia voluntad. *Nótese que la séptima colamidad nos viene de haber conferido nuestros poderes sin restriccion, sin prenda, sin garantía; de haber dejado prescribir un derecho.*

Hemos llegado á la octava calamidad europea. ¿Pues cuál otra horrible calamidad nos amenaza? ¿Otro cólera? Si el hombre nació para morir, la peste es una muerte cualquiera. Mayor es la calamidad que nos amaga: mas terrible la prueba á que nos sujeta la Providencia. ¿Algun reglamento? Eso sería una gota mas en el mar. ¿Algun empréstito? El deber es calamidad solo para quien ha de pagar, ó para quien presta.

¿Otra invasion de rusos? Mas todavía. ¿Qué sería una invasion de rusos? algunos años de despotismo. Para pueblos tan acostumbrados, para pueblos donde hay aun quien pelee por él, nada. Es volver la tortilla. No faltaria quien la comiera.

La gran calamidad europea, la calamidad de las calamidades, hé aqui como la hallamos consignada en un comunicado que en un periódico leemos.

"Que conmigo se haga una injusticia (nos dice un personage, un tanto cuanto atropellado en las formas), puede ser un triunfo para mis enemigos; pero en el caso presente, la violencia usada hácia mí es un desastre para todos, es una brecha abierta en el corazon de nuestras instituciones, es una calamidad nacional; ¿y quién sabe sino podrá hacerse una calamidad europea? Los trastornos que podrian resultar de tan evidente violacion de los principios conservadores de nuestro régimen, podrian ir mas allá de los Pirineos."

Hé aqui bien clara la gran calamidad, que entre tanto que lo es para la Europa, lo es indudablemente para el que escribe. La cosa en verdad no es insignificante como muchos creen; bien pudiera ser trascendental; pero lo que ni nosotros habiamos presumido, ni nuestros lectores tampoco, es que esto podria trastornar el mundo. Curiosos por demas de lo que nos podria acontecer, hemos recorrido, como ha visto el lector, la historia del mundo y de sus calamidades. Hemos temblado por nosotros y por la Europa. ¿Obrará este accidente como el robo de

Elena? ¿Será Troya nuestra patria? ¿Tendrá los resultados del levantamiento de Remo y Rómulo? ¿Será la voz del destituido el grito de Lutero? ¿Imperará á los mares como el *quos ego* de Virgilio? ¿Será su desgracia, justa ó injusta, legal ó ilegalmente llevada á cabo, el Waterloo de nuestra pequeña libertad? ¿Qué parte del mundo se hundirá? ¿Obrará como un diluvio, como un castigo del cielo, ó como una calamidad puramente humana?

¡Ah! ¡plegue al cielo apartar de nosotros tan terribles infortunios! *¡Lejos, pobre España, lejos de nosotros el profeta y la profecía!!!* (1)

(1) Poco despues despareció efectivamente el profeta, y la profecía todavía no ha parecido.

Inédito.—Setiembre.—1834.

TERCERA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACÁ

Á UN LIBERAL DE ALLÁ.

Dos cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra en que nos haces á los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestacion, ó al menos á mí no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénela sí la segunda, y larga; tanto que pudiera ocupar con ella mas pliegos que ocupó la memoria de marina presentada en las Cortes, mas tiempo que dura una faccion, y mas terreno que el que reconoce cuándo y como quiere Zumalacarregui, sin darte por eso mas fruto ni mas sustancia que el que pueden dar de sí todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aqui representativo. Cada liberal es una pura y viva representacion de los trabajos y pasion de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algun quejoso: hay por otra parte muchos que estan representando á cada paso sobre lo

mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida mas de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son ó no son representaciones? Cada español por otra parte representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está á dos dedos de representar el cuadro del hambre... Todo es, pues, pura representacion; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos ó no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle á un borracho si bebe vino. Desengáñate de un vez, y acaba de creer á pies juntillas, no solo que vivimos bajo un régimen representativo, aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es mas que una pura representacion, á la cual, para ser de todo punto igual á una del teatro, no le faltan mas que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales anteriores, no deben andar muy lejos ni de hacerse esperar mucho, segun la mareta sorda que se empieza ya á sentir.

Añades que no somos libres. Menos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la mas ámplia libertad posible; y en esto te juro que hemos llegado á tal altura de tolerancia y despreocupacion, que ninguna nacion culta ni inculta rayó jamas tan alto. Y voy á darte la prueba. Suponte por un momento, aunque te pese hasta el figurártelo, que eres español. No te aflijas, que esto no es mas que una suposicion. Que eres español, y que dices para tu capote, por ejemplo: "*yo quiero ser carlista.*" Enhorabuena: coges tu fusil y tu canana, y ancha Castilla; nadie te

lo estorba; que te cansas de la faccion y que te vas á tu casa; nadie te dice una palabra, con tal que tantas cuantas veces lo hagas, uses de la fórmula de decir que te acoges á algun indulto de los últimos que hayan salido, ó de los primeros que vayan á salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un dia de mal humor, y que conspiras como carlista, ó que te defiendes en tu cuartel á balazos ó con cualquiera otro medio inocente: vas á Filipinas y ves tierras, y siempre aprendes geografia.

Verdad es, que si como te habia de dar por conspirar en favor de los diez años, te da por conspirar en favor de los tres, hay una diferencia, y que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen á prender á tu misma casa, que es gran comodidad; pero, amigo, no se cogen truchas á bragas enjutas, y algo le ha de costar á uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade á eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Asi es, que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales á banderas desplegadas y salir diciendo por las calles *viva la libertad*, ú otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco sería justo, porque yo no creo que porque los haya empleado éste ú aquel dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos! Nada de eso: quiero decir, que podemos gritar en dias solem-

nes *¡Viva el Estatuto!* y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar á todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquela de convite; mas, una esquela de muerte; mas todavía, una targeta con todo tu nombre y tu apellido, bien especificado: nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís, y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta, y que llega un dia de S. M. y haces una oda: alli puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos ó malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y tambien puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido comun, y nadie se mete contigo. Que quieres publicar un periódico, nada mas facil. Vas, y ¿qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ello, y sino lo encuentras á la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas veinte mil reales en depósito: que no los tienes; tambien los encuentras al momento. Aqui todo el mundo te convida con una talega á primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como lo de Gremios &c. &c. El dia de mañana, ó al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luego tu licencia, que te la niegan, ó que no tienes las cualidades necesarias... no publicas tu periódico. Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, ó no eres mayo-

razgo de seis mil reales de renta, ó no eres abogado del colegio, que es lo que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico sino tonterías y oscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces ó tu patriotismo, sino por tus reales ó tus pedimentos del colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia; te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por su puesto, y lluévete suscripcion encima, porque eso sí, el pais es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto á España, y cree no solo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres mas que ninguna nacion del mundo; y que tenemos ámplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, tratará de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada á Portugal, = *El liberal de acá.*

P. D. La cuadrupla alianza sigue produciendo saludables efectos.

Inédito.—Octubre.— 1834.

LO QUE NO SE PUEDE DECIR,

NO SE DEBE DECIR.

Hay verdades de verdades, y á imitacion del *diplomático* de Scribe podriamos clasificarlas con mucha razon en dos: la verdad que no es verdad, y... Dejando á un lado las muchas de esa especie que en todos los ángulos del mundo pasan convencionalmente por lo que no son, vamos á la verdad verdadera, que es indudablemente la contenida en el epígrafe de este capítulo.

Una cosa aborrezco, pero de ganas, á saber; esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposicion; á quienes ningun gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el dia; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno, sobre todo desde que se ha convencido con ellos en que Calomarde era el peor de todos; esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean Milicianos Urbanos... Vaya usted á saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror?

Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso; y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar á los que le gobiernan? ¿No es

esto la débil y mezquina criatura pidiendo cuentas á su Criador?

La ley, señor, la ley. Clara está y terminante: impresa y todo: no es decir que se la dan á uno de tapadillo. Ese es mi norte. Cójame Zumalacarregui, si se me ve jamas separarme un ápice de la ley.

Quiero hacer un artículo, por ejemplo: no quiero que me lo prohiban, aunque no sea mas que por no hacer dos en vez de uno. ¿Y qué hace usted? me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan, ¿qué hace usted para que no se lo prohiban?

¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada: lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo, para que me sirva de eterno recuerdo: "Lo que no se puede decir, no se debe decir." Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura: no me pongo á criticarlo: ¡nada de eso! no me compete. Sea reglamento ó no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo, que es mas. Y continúo:

Artículo 12. *No permitirán los censores que se inserten en los periódicos*:

Primero: artículos en que viertan máximas ó doctrinas que conspiren á destruir ó alterar la religion, el respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto Real, y demas leyes fundamentales de la monarquía.

Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso

que me ocurra una idea que conspira á destruir la religion. La callo, no la escribo, me la como. Este es el modo.

No digo nada del respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto &c. &c. ¿Si les parecerá á esos hombres de oposicion que no me ocurre nada sobre esto? Pues se equivocan; ni cómo he de impedir yo que me ocurran los mayores disparates del mundo. Ya se ve que me ocurriria entrar en el examen de ese respeto, y que me ocurriria investigar los fundamentos de todas las cosas mas fundamentales. Pero me llamo aparte, y digo para mí: ¿No está clara la ley? Pues punto en boca. Es verdad que me ocurrió, pero la ley no condena ocurrencia alguna. Ahora, en cuanto á escribirlo, ¿no fuera una necedad? No pasaria. Callo, pues; no lo pongo, y no me lo prohiben. Hé aqui el medio sencillo, sencillísimo. Los escritores, por otra parte, debemos dar el ejemplo de la sumision. O es ley, ó no es ley. Mal haya los descontentadizos. ¡Mal haya esa funesta oposicion! ¿No es buena manía la de oponerse á todo, la de querer escribirlo todo?

Que no pasan las *sátiras* é *invectivas* contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras ni invectivas. Que las prohiben, aunque se *disfracen* con *alusiones* ó *alegorías*. Pues no se disfrazan. Asi como asi ¡no parece sino que es cosa facil inventar las tales alusiones y alegorías!

Los *escritos injuriosos* estan en el mismo caso, aun cuando vayan con *anagramas* ó en otra cualquiera forma, *siempre que los censores se convenzan de que se alude á personas determinadas.*

En buen hora; voy á escribir ya; pero llego á este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no pongo anagrama. No importa: puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Cómo haré, pues, que el censor no se convenza? Gran trabajo: no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el gobierno: que encuentre alusiones en lo que no escribo. Hé aqui, hé aqui el sistema. Hé aqui la gran dificultad por tierra. Desengañémonos: nada mas facil que obedecer. Pues entonces, ¿en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!

Los *escritos licenciosos*, por ejemplo. ¿Y qué son escritos licenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurro, y á mi primera resolucion; nada escribo: mas facil es no escribir nada, que ir á averiguarlo.

Buenas ganas se me pasan de injuriar á *algunos soberanos y gobiernos estrangeros*. ¿Pero no lo prohibe la ley? Pues chiton.

Hecho mi examen de la ley, voy á ver mi artículo: con el reglamento de censura á la vista, con la intencion que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examino mi papel: no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema: buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre diciendo:

Lo que no se puede decir, no se debe decir.

Inédito.

REVISTA DEL AÑO 1834.

No sé por qué capricho estraordinario, y en oposicion con mis hábitos antiguos, el 31 de este diciembre que espira hubo de asaltarme el sueño mucho mas pronto de lo que acostumbra: no diré si fue porque leí ese dia mas artículos de periódico de los que puede resistir mi débil naturaleza, ó si fui á alguna representacion nueva, de esas en que el autor y los actores hacen todo lo que pueden, y en que suele uno no poder con lo que hacen. Lo único que puedo asegurar, juzgando por los resultados, es que reclinado en una poltrona moderna me entregué á Morfeo con la misma seguridad y descuido que un juez en la audiencia, ó que una autoridad no responsable en dias de calamidad. No sé el tiempo que habria transcurrido desde el momento que hice tan completa abnegacion de mí mismo, cuando se me antojó ver un anciano venerable, que por su reló de arena y su luz hube de reconocer por el tiempo: envuelto en una nube, cómo pudiera un majo en su capa, porque es sabido que esta clase de visiones siempre aparecen entre nubes, aparecia indicarme con el dedo dos puertas, una enfrente de otra, en la una de las cuales se leía *pasado*, y en la otra *futuro*. Parecióme entonces que salia de su seno un ser mas jóven que él en verdad; pero semejante á aque-

llos hombres, que todos conocemos, en quienes la decrepitud y la muerte ha seguido muy de cerca á su nacimiento. En su frente se leía en letras gruesas 1834. Seguíanle, y fueron pasando ante mis ojos deslumbrados, doce mancebos, en cada uno de los cuales se veían sobre sus diversos atributos el nombre de un mes. Al pasar cada uno de ellos ante el primer venerable personage, que iba á acabar con su existencia, hacíanle profundo acatamiento, lo cual me recordó á los hombres que siempre estan mas comedidos con quien peor los trata. Figuróseme que le daban cuenta exacta de su corta y efímera vida, y el anciano iba reasumiendo los datos en un gran libro lleno de borrones y de enmiendas. Segun las mentiras que en ese libro se aciertan de lejos á divisar, dije para mí, debe de ser el libro de la *historia*. Asi era efectivamente.

Pasados en revista los doce mancebos, y oidas sus revelaciones, á tiempo que iba á poner el último el pie en el lintel de una de las dos puertas, fue preciso escuchar la relacion que, en descargo sin duda de su conciencia, hizo al tiempo el segundo personage, y de la cual, si mal no me acuerdo, hube de recoger los siguientes fragmentos.

"Al nacer, comenzó el buen viejo, que se veía morir, despues de tan corta vida, encontré al mundo poco mas ó menos como mis predecesores: reyes por todas partes mandando pueblos, pueblos por todas partes dejándose mandar por reyes. Engaños y falsedades, donde quiera, charlatanismo en todas partes, crédulos é ignorantes siempre erigiendo el edificio de su poder...

Encontré á España empezando á despertar de un sueño como el de Endimion, aparte la diferencia del número de los años. En política un manifiesto; barrera entre el despotismo y la libertad, existia oponiendo diques á todas las corrientes; yo le desbaraté, y la corriente de la libertad, sin verse espedita aun, halló rendijas y aberturas por donde penetrar é ir poco á poco fertilizando los campos. En mis primeros momentos de vida, en tiempo de máscaras por mas señas, llamé al poder á un hombre todo esperanzas, de estos de quienes se dice simplemente que prometen; pero no me estaba reservado ver en mi corta vida realizadas las promesas, y dudo que las vean mis sucesores cumplidas. Durante mi tiempo ha nacido un monstruo, el *miedo á la anarquía;* monstruo, como el terror, pánico; él ha perseguido á mis hijos predilectos; él ha alargado la vida á los hijos de mis diez antepasados...

Sin embargo, una representacion nacional ha venido á sentarse en los escaños públicos de dos Estamentos, que he venerado, y en cuya naturaleza antico-moderna no he hecho alto. Lo he tomado como me lo han dado. La posteridad no dirá que no he sido filósofo: todo lo contrario: he tomado las cosas conforme han venido: he visto abolido el voto de Santiago, pequeño paso, y como éste otros tan menudos que ni los recuerdo. Grande, nada he visto sino la paciencia. He visto celebrarse un gran tratado diplomático: no he visto sus resultados.

Encontré á mi advenimiento algunos facciosos: al morir me hallo en el apuro del que mue-

re muy rico, en este particular; no sé los que dejo.

He mirado estrellarse en las provincias reputaciones antiguas, como la espuma del mar en las rocas.

Una calamidad tan espantosa como esa, ha hecho y hará por mucho tiempo memorable mi existencia: un azote del cielo ha debastado el suelo. El cólera morbo se ha llevado lo que ha perdonado la guerra civil.

En punto á ciencias no he visto nada: en literatura, he visto una ó dos producciones nuevas; he visto dos dramas históricos, de que no sé si hablarán tanto como yo mis sucesores.

En artes, tampoco he visto gran cosa. El año 34 será célebre por sus calamidades; nadie empero le verá jamas en el libro de los adelantos humanos para España; es de temer que no sea yo el último á quien se haga ese reproche.

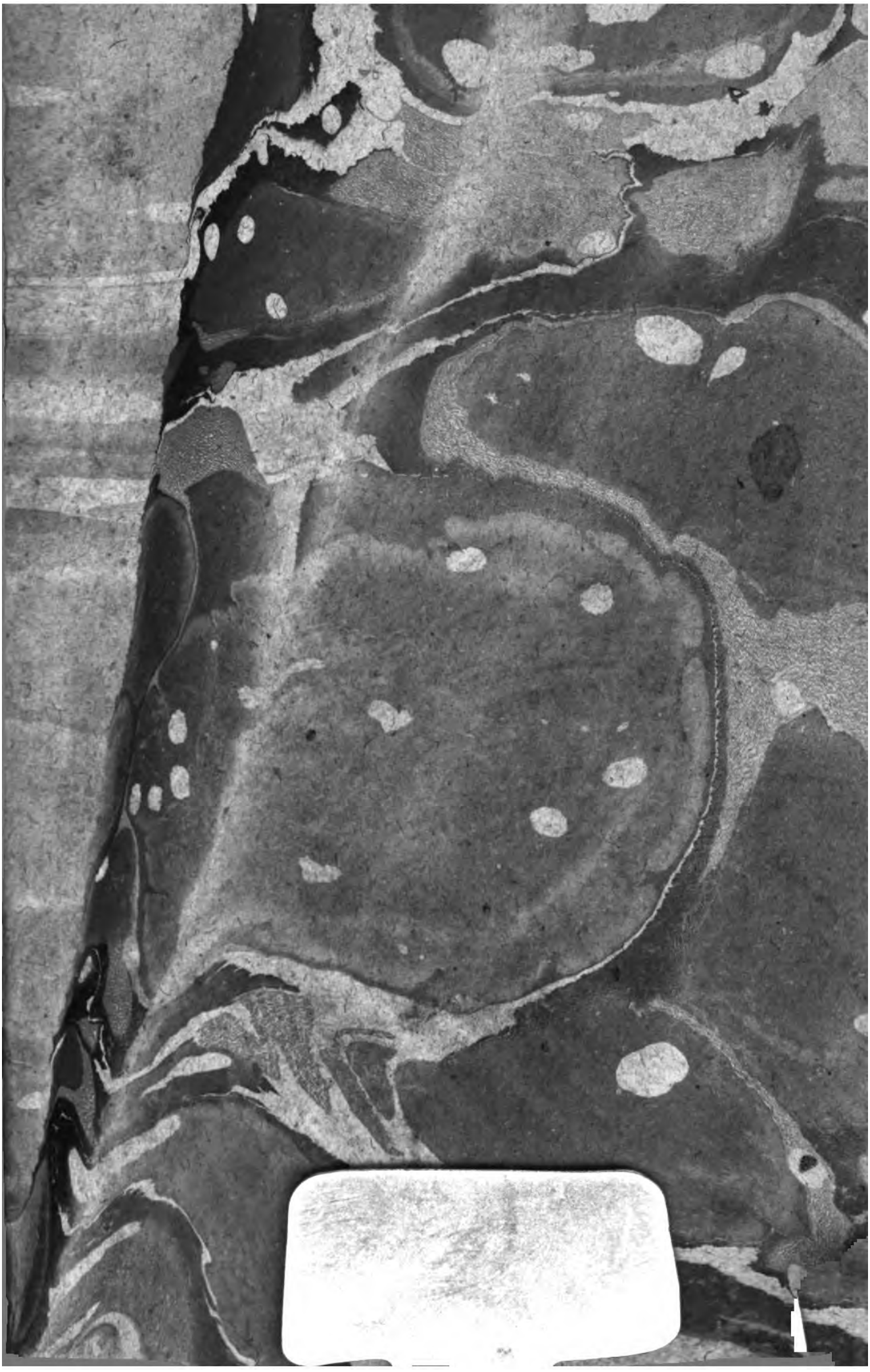
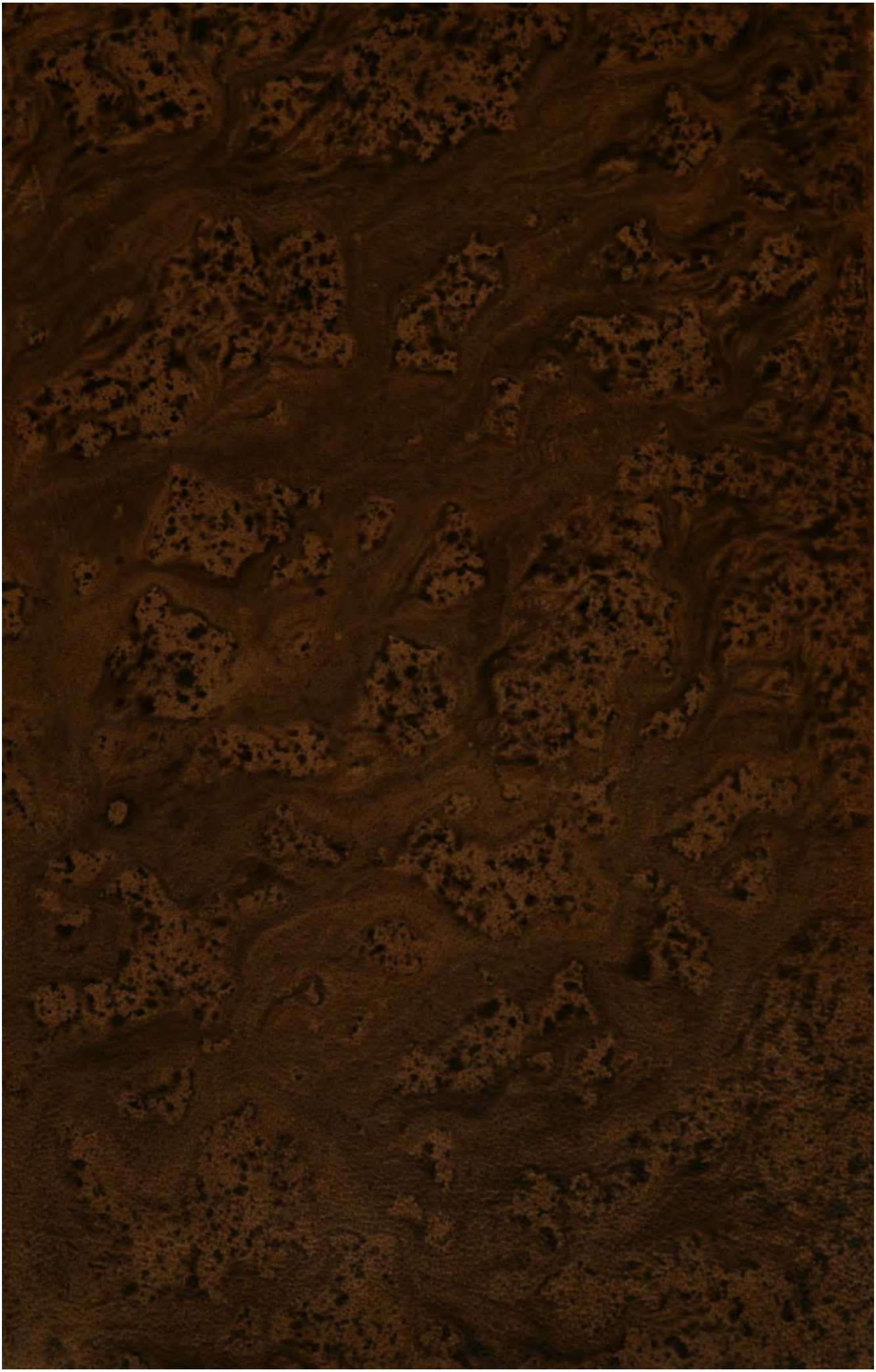
Al dejar mi corto reinado, déjolo peor que lo encontré, y ojalá que el remedio estuviera tan cerca como mi fin. Debo advertir que he vivido amordazado, y que muero todavía sin voz. Por esto me fuera imposible decir cuanto he visto; pero solo declararé que me hubiera estado mejor haber nacido ciego.

Mi fin se acerca por momentos. ¡Ojalá que mis sucesores puedan dar mejor cuenta de sus dias, ojalá que no vean tantos como yo perdidos, ó manchados!"

Al decir estas últimas palabras, abriéronse de repente entrambas puertas con nunca oido estrépito. El tiempo estendió su hoz destructora sobre las trece cabezas, y se hundieron rápida-

mente en el interior del *pasado*, que volvió á cerrarse en el mismo instante. La puerta de lo *futuro* se abrió entonces... un velo denso me impidió ver su interior distintamente... en aquel punto doce terribles campanadas me indicaron las doce de la noche, desperté, y aun vi dos cosas entre sueños: un enorme letrero en la puerta de lo *futuro*, que empezaba á desaparecer á mis ojos despiertos, el cual decia: *año* 1835. La cosa segunda que vi fue que al hacer este sueño no habia hecho mas que un plagio impudente á un escritor de mas mérito que yo. Di las gracias á Jony, me acabé de despertar, y me preparé á ver en el próximo y naciente 1835 una segunda edicion de los errores de 1834. Ojalá que la esperiencia desmienta mi funesto pronóstico.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

883864

Judith Hodgson
29. 5. 1989